

B. J.

CARMELA EULATE SANJURJO

E 4 ENCL. BUL



Marqués y Marquesa

NOVELA



PRESENTACIÓN

FOR

DON MANUEL FERNÁNDEZ JUNCOS

PRÓLOGO

FOR

DON BENITO PÉREZ ARMAS



Tip. A. J. BENÍTEZ, Tenerife

1911

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

BIBLIOTECA

D

VI-37

A la Biblioteca Universitaria
oferta gratuita de
CARMELA EULATE SANJURJO

La Legua, 4 enero 62



4 ENE. 1962

Marqués y Marquesa

NOVELA



PRESENTACIÓN

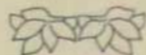
POR

DON MANUEL FERNÁNDEZ JUNCOS

PRÓLOGO

POR

DON BENITO PÉREZ ARMAS



Tip. A. J. BENÍTEZ, Tenerife

1911

Es propiedad de la autora.



PRESENTACIÓN

Carmela Eulate Sanjurjo

*Nació para estudiar, su blanca frente
Donde Psiquis alada se recrea,
Nido generador es de la idea,
Que brilla en su mirada inteligente.*

*Corazón de mujer, que anhela y siente,
Cerebro varonil, que lucha y crea,
Y cual ama la flor, la luz febea,
Busca del Genio el rayo refulgente.*

*Emula de las aves y las flores,
Sigue de Euterpe el melodioso rito
Y el arte del pincel y los colores.*

*Siente la inmensa sed de lo infinito
Y tiene, a falta de uno dos amores:
El Libro bueno y el Hogar bendito.*

Manuel Fernández Juncos.

PRÓLOGO

He de explicar al lector porque encuentra mi modesto nombre en las primeras páginas de **Marqués y Marquesa**. Rigurosamente hablando yo no intento escribir un prólogo, ni siquiera presentar á Carmela Eulate, joven escritora ya conocida de los amantes de las buenas letras, que no ha menester, por lo tanto, de introductores, sobre todo si son, como yo, de menguada autoridad y escasos méritos.

La explicación es muy breve. Carmela Eulate se resistía á publicar **Marqués y Marquesa**, empleando, en la argumentación, todos los recursos que la dialéctica pone al servicio de los espíritus sinceramente modestos, acostumbrados á la vida interior, dulce y resignada, sin arcos ni ventanas al arroyo de las vanidades humanas...

Cierta tarde, ya un poco vencida, me dijo Carmela:

—Bueno; accedo, siempre que Vd. me haga el prólogo.

—Conforme — respondí. — Téngalo Vd. por escrito.

De ese modo, ahogando en mí temores muy justificados de prologuista, vencí los pueriles de Carmela; de esa suerte, las áridas cuartillas que voy trazando, tienen el indiscutible mérito de ser algo así como el picaporte que abre las puertas de la publicidad, á la interesante novela **Marqués y Marquesa...**

La señorita Eulate es un espíritu culto, observador, intenso, dotado de eminentes facultades analíticas. Que una mujer domine varios idiomas; tenga múltiples conocimientos; sea intuitiva, luminosa, con grandes lumbraradas fascinadoras, nada tiene de anormal. Esas son, precisamente, las características del alma y del entendimiento de la mujer: ser pasivo, fácilmente recoge, retiene; ser para el amor creado, fácilmente llega, de un solo vuelo, sintéticamente, como por adivinación, á las alturas... Lo extraño es hallar una mujer que metódica y reflexivamente, por análisis, con *paso de hombre* —permítaseme el decir—ascienda hasta la síntesis, segura de poder, nuevamente, retornar al punto de partida.

La autora de **Marqués y Marquesa** parece profesar la teoría de Taine: «la obra de arte tiene por objeto manifestar algún carácter esencial ó saliente, de un modo más completo y más claro de como lo hacen los objetos reales». En todas sus novelas, en todos sus trabajos la Srta. Carmela Eulate busca uno ó dos caracteres, y sin preocuparse gran cosa de la intriga, que relega á segundo término, los analiza, los estudia, conforme á *su idea*, á su modo de ver y de sentir. Es naturalista en cuanto toma de la Vida, de las

cosas, é idealista en cuanto eso que ha tomado, lo *traduce* lo transforma, según sus especiales puntos de partida, su manera de pensar y de sentir, dentro del medio, con sujeción á los mandatos de la lógica. Pocos espíritus femeninos pueden hacer labor de esa clase: ella exige algo más que fantasía, poder reproductivo, perfecciones de estilo, exaltación amorosa...

Marqués y Marquesa, confirma lo que dejo dicho. En un breve lienzo—quizá demasiado corto—aparecen las figuras de Luis Felipe, Inés, la Marquesa Luisa, y Filita, constantemente en acción, dándonos cada uno sus valores morales, sus prejuicios, sus modalidades, dentro del medio social en que se mueven. Nótase que Carmela Eulate, está dominada, casi de un modo exclusivo, por la idea de desenvolver todo lo más íntegramente posible, tal y como ella los ha concebido, los distintos caracteres de sus personajes. Está poseída de esa fiebre, va de prisa, no quiere perder momento, sacrifica detalles, elimina escenas, incurre en excesos de sobriedad de estilo, como si la inquietara el temor de dejar en sombras las almas de sus creaciones.

El carácter predominante es el de Luis Felipe, joven aristócrata que abandonó el hogar, derramando las «últimas lágrimas que se vieron en sus ojos» cuando se convenció de que su madre contraía segundas nupcias. Desde niño, en aquel primer choque con la Vida, se revela el temple de su alma, altiva, dominante, orgullosa, sin grandeza moral, como la de la marquesa Luisa, cuya existencia es un desastre mal

encubierto por exterioridades de blasones, oro, actitudes y altiveces de la alta comedia social.

Luis Felipe es tipo de raza, procede del bloque de su madre. El medio, la soledad en que se educa, vagando por países extranjeros, sin el amor de nadie, le endurecen más todavía. Su corazón es recinto cerrado en el que ni la marquesa Luisa supo penetrar en los años venturosos de la niñez, cuando se fijan los perfiles hondos, perdurables, de la fisonomía moral. No aprendió su alma á balbucear siquiera el idioma del amor, y, claro es, fué muda para siempre... Vivía en sí, para sí, altiva, solitaria, atenta únicamente á relaciones de mero contacto: «el que dirán», constituía su único acicate de seguros efectos.

Luis Felipe se casó con Inés como pudo hacerlo con otra cualquiera. Aquel acto fué para él función de rito social, de acople de linajes, de rentas en el que su madre llevó las negociaciones, hizo el convenio, con más libertad que si se tratara de la adquisición de un automóvil ó de un caballo...

Inés llegó al tálamo en parecidas condiciones. Su alma apenas sintió por Luis Felipe esas afinidades que engendran la buena educación, la elegancia, la gallardía, en una mujer frívola llegada á las plenitudes de los treinta años... El orgullo, las conveniencias sociales, la sensualidad, iban á ser satisfechos, ¿podía pedirse más? ¿Existe otra cosa digna de un alma aristocrática, pulida y deslustrada, como un cristal que no fué nunca penetrado por los rayos solares?

A los pocos días de casada, Inés sintió el soplo de la pasión, se enamoró locamente de Luis Felipe, porque en su alma había fuego oculto, escondido, bajo las groseras estractificaciones acumuladas por los egoísmos y las mentiras del medio social en que se desenvolviera. ¡Pobre Inés! Era tarde, estaba unida para siempre á un hombre que cumplía exactamente *su contrato*, sus compromisos, con honradez jurídica y social, pero que no sabía, ni quería saber de otra cosa.

Esa es la novela. En ella no hay más que un rayo de luz: Filita.

La señorita Eulate la ha desarrollado con gran fortuna, sin oropeles ni falsedades, en estilo fluído, sencillo, de amena conversación, entre personas capacitadas para interesarse por esta clase de estudios en que se remueven las entrañas de la naturaleza moral en relación con las fuerzas externas que la fecundan ó las desvirtúan.

Profeso admiración á Carmela Eulate, con esto lo digo todo, pues no siendo autoridad para juzgar obras como **Marqués y Marquesa**, debo limitarme á expresar sencillamente mis impresiones, y añadir:

—Ya está el prólogo. Impriman la obra; la crítica y el público tienen la palabra...

B. Pérez Armas.

Agosto 10 de 1911.

PRELUDIO CON *LEITMOTIV* (1)

AQUELLA tarde había más concurrencia que de costumbre en el mirador de la marquesa Luisa, situado frente al paseo de carruajes. La VILLA rodeada de árboles frondosos, escogidos con arte para que no se despojasen todos de hojas en las mismas estaciones, alzábase elegante y solitaria á 200 metros de la entrada principal, y la marquesa ya instalada en ella, hizo construir en un ángulo del jardín un pequeño pabellón con dos torrecillas diminutas de puro estilo árabe, para disfrutar, cuando quisiera, del espléndido desfile de carruajes.

La marquesa, por su escudo blasonado, por sus pingües rentas, y por su majestuosa y altiva figura unida á un carácter dominante y exclusivista, ejercía un imperio indiscutible en la sociedad aristocrática de la población. Era mujer de sesenta

(1) *Leitmotiv* es palabra alemana, generalizada hoy en la música, y significa motivo conductor ó característico, que se repite frecuentemente en una partitura, asociado con una idea ó un personaje (*Diccionario de Larousse*).

años, pero conservaba restos de una hermosura que debió ser notable. Muy alta, gruesa, con el pelo teñido de negro, los ojos hundidos entre los repliegues de la superficie carnosa de las mejillas, severa, imponente, hubiérasele creído una Juno tallada en piedra.

El alma de la marquesa era aún más dura que su aspecto. Un alma sostenida por el orgullo y que el dolor había mordido sin lograr hacerle mella. Casada en segunda nupcias con un hombre dos lustros más joven que ella, y poco tiempo después del matrimonio abandonada por su marido, lejos de retirarse del mundo ó parecer abatida por esta catástrofe doméstica, se refugió en su soberbia, y á fuerza de desdén impuso al mundo el respeto á sus desventuras. El arma del ridículo con que la sociedad implacable remata sus víctimas, se embotó ante el nombre de la marquesa, y ésta continuó ostentando sus joyas y preseas, reinando en Hispalis sin que á su paso se oyese la más pequeña burla.

En aquel matrimonio realizado bajo el influjo de una pasión extemporánea, habían naufragado todas las alegrías de la marquesa. Al abandono del esposo infiel se juntó la partida de su hijo único, Luis Felipe, entonces un adolescente de trece años, á quien ella en su vanidad de mujer hermosa, trataba aún *en enfant* teniéndole con el cabello rubio en largos bucles sobre los hombros.

A la amenaza de la entrada del intruso en su casa, para ocupar el lugar de un padre querido, Luis Felipe se sintió hombre y luchó con energía contra aquella pasión erótica, pero todo fué inútil. Consejos de los amigos íntimos, reflexiones de los

parientes del marqués difunto, súplicas desesperadas de su hijo, nada contuvo á Luisa. El niño derramó entonces las últimas lágrimas que se vieron en sus ojos, se negó á asistir á la boda, y partió por su propia voluntad á terminar sus estudios como interno en un colegio del extranjero.

Sobrevino luego la separación de los esposos. La marquesa herida en su dignidad por aquel hombre venal que no le guardó ni aún las menores consideraciones, exigió por la vía judicial una providencia que pudiese poner á salvo su fortuna personal, y el esposo tomó pretexto de esta acción para irse á vivir fuera de España con la pensión que le señaló la ley. Removido el obstáculo, terminado aquel episodio de su vida, que era para la marquesa como una horrible pesadilla, intentó hacer volver á su lado al joven, pero Luis Felipe se negó á salir del colegio. No quería volver á aquella VILLA, llena para él de recuerdos, y Luisa respetó su decisión. Le veía todos los años en sus viajes á Inglaterra, le sacaba á pasar con ella las vacaciones en París, é iba de año en año notando la influencia del medio ambiente en su hijo, siempre respetuoso, pero cada vez más reservado. Llegó á su mayor edad, y habituado á la vida en el extranjero, tampoco consiguió su madre el hacerle venir á España. No era pues extraño el que aquella tarde, se reuniese mayor número de amigas en torno de la marquesa para darle la enhorabuena por la llegada de su hijo á la VILLA, después de veinte años de ausencia.

Entre el número de personas á quienes Luisa honraba con su amistad, distinguía preferentemente á la condesa viuda de Infantes Educadas

en el mismo colegio y contemporáneas, la condesa formaba un vivo contraste con la dueña de la casa. Bajita, delgada, con el pelo teñido y la frente cubierta de ricillos postizos, todo lo que le faltaba de altivez lo suplía con su ingénita bondad y su dulzura. Hija de un general de la Armada, se casó muy jóven con un noble arruinado. Debía á Luisa, numerosos favores hechos en forma indirecta que no lastimó nunca su dignidad. Ella como todos reconocía los defectos salientes del carácter de la marquesa, pero como le merecía mayores testimonios de afecto y generosidad que los otros, era con ella en extremo indulgente, y su discreción y reserva probadas, permitían á Luisa expansiones que no tenía con nadie. Sin padres, sin hermanos, sin marido, ausente el hijo único, Clara era para Luisa una hermana de elección, una válvula por la cual se desahogaba á veces su alma demasiado llena.

La condesa había saludado la primera á Luis Felipe, felicitando á su amiga por el buen aspecto exterior del jóven, cuya arrogante y vigorosa figura, contrastaba con la imagen risueña del niño de los rizos de oro. El marqués tuvo frases atentas para la mejor amiga de su madre, que muchas veces le había cubierto de besos cuando era pequeño. Con un ademán lleno de distinción le presentó á su mujer, que estaba asomada en aquel momento al mirador hablando con otra jóven. Clara sabía por referencias las condiciones sociales de la jóven recién casada, y aunque no muy bella le pareció distinguida y simpática.

—Sí, estoy muy contenta, dijo Luisa respondiendo á las congratulaciones de la condesa, al fin

tengo á mi hijo á mi lado, y aunque no sea más que por dos meses me llena de alegría el verle en la VILLA. Me ha traído á Inés, como era natural, y espero que entre ella, á quien ha gustado mucho Hispalis, y yo, consigamos decidirle á pasar todos los años una temporada aquí.

—Ese matrimonio ha sido completamente á tu satisfacción, añadió Clara.

—Completamente, y te confieso que ya empezaba á preocuparme el asunto. Luis Felipe educado en el extranjero, emancipado de mi autoridad desde muy niño (la voz de la marquesa se hizo opaca en esta frase, pero se repuso en seguida) estaba más expuesto que otro alguno á dejarse arrastrar por una pasión irrefrenable á una més-alliance (1) con la que yo no hubiese jamás transigido, y que hubiera aumentado las distancias entre nosotros. Pero no, ha sido en este asunto muy razonable, atendiendo á mis indicaciones, y el día de su matrimonio fué uno de los más dichosos de mi vida.

—Su mujer es de muy buena familia.

—Tan antigua como la nuestra, su escudo tiene cuatro cuarteles y su padre es grande de España. Esto fué lo que primeramente fijó mi elección. Además es hija única, y tiene renta propia hoy, por herencia de su tío materno el marqués de Covadonga, muerto sin hijos. Está educada también fuera de España, habituada á la vida que lleva mi hijo, comparte sus aficiones, y me satisface por completo. Se han casado en Roma dónde su padre está de embajador cerca del Vaticano, pero se conocieron en Baden.

(1) Un mal casamiento por inferioridad genealógica ó social.

—Desde luego harías tú mucho para facilitar la boda.

—Todo Luis Felipe tiene un carácter frío, no piensa más que en caballos, en excursiones de caza, en automóviles, y al principio no se ocupó nada de Inés. Ella había despreciado antes muy buenos partidos, tiene ya treinta años, y apesar de sus grandes aspiraciones, mi hijo le agradó desde el primer momento. Están tan proporcionados los dos! La embajadora me hizo la primera una indicación embozada, comprendiendo como yo que aquel enlace era una consecuencia lógica de nuestro encuentro allí. Si su hija quería casarse, con nadie mejor que con Luis Felipe, y yo deseosa de asegurar el porvenir de mi hijo, consideré á Inés digna de llevar nuestro nombre y de sucederme en mi rango social.

Luisa tuvo que interrumpirse para saludar á unas amigas recién llegadas, y considerando que había dicho demasiado cambió el tema de su conversación. Las damas que acababan de llegar eran las de Hilares, madre é hija, esta última una rubia preciosa que se colocó por derecho propio en el primer término del balcón del mirador á donde la condujo el joven marqués.

Felisa Hilares, á quien sus amigos llamaban Filita, sentía una infantil curiosidad por conocer al hijo de la dueña de la casa. Había visto en el gabinete de la marquesa su retrato al óleo que le recordaba los grabados del Delfín, y oyó contar á su madre la historia de la salida del hijo de la marquesa de su casa. Todos los inviernos y todas las primaveras se le aguardaba en la población, y Filita al vestirse de largo soñó, como otras muchas,

con la conquista posible del marqués, rico, joven, arrogante paseando en sus automóviles por las orillas del Sena, y ganando premios con sus caballos en las carreras.

La noticia cundió rápidamente: el marqués había llegado! Ciertamente ya se sabía que le acompañaba su esposa, pero esto no importó nada a Filita. Ya ella no pensaba en el partido probable, pues había dado su corazón á un gallardo oficial de artillería, sin más fortuna que su uniforme, pero que acertó á decir la palabra mágica, el SESAMO con que se abría el corazón de la adorable muñeca. Por allí pasaba en aquel momento, galopando con los ojos fijos en el mirador para recoger las sonrisas de su amada, indiferente al desdén airado de la señora de Hilares para quien todo hombre sin fortuna era un hombre de raza inferior, y que reputaba como insigne locura la preferencia de su hija.

En los intervalos en que el apuesto jinete no estaba al alcance de sus ojos Filita charlaba con el marqués, y le miraba con curiosidad no exenta ya de simpatía. Encarnaba tan bien aquel hombre en el ideal de una mujer del gran mundo! Alto, bien formado, con ámplio desarrollo torácico, debido á la gimnasia y á todos los ejercicios físicos violentos, sus miembros tenían la elasticidad de los de un atleta. Su mano, ancha de palma, manejaba diariamente el florete, jugaba al law-tennis, conservando su blancura aristocrática, siempre protegida por el guante de gamuza. De los rubios rizos no quedaba nada: el cabello cortado á la inglesa y liso, encuadraba una frente alta y estrecha, de la que partía en la conjunción de las

cejas, la nariz de aletas delgadas y móviles que se estremecían á la menor emoción. Los ojos del marqués habían parecido azules á Filita, pero al segundo exámen vió que eran grises, con reflejos de acero al sol. Acostumbrados á mirar á largas distancias, con la fijeza y la precisión del que marcha frecuentemente á velocidad de 100 kilómetros por hora por caminos y carreteras, tenían mucho de enigmáticos. El cabello era castaño, y el bigote, que apenas sombreaba su labio superior, de un tinte rubio ceniciento.

En toda su figura de *sportman* y de *gentleman* marcada con el sello indeleble de la distinción de la raza, faltaba sin embargo dulzura y simpatía. El marqués resultaba siempre un extraño para todos, aún para su madre. El hábito de pensar solo, de vivir solo y de sentir solo, había congelado su exterior, cubriéndole como con una capa de hielo. Filita lo encontraba reservado y frío, aunque esto era porque le veía por primera vez y no conocía su carácter, pero para la marquesa Luisa y para Inés aparecía más comunicativo que de costumbre.

Mientras la señorita de Hilares hablaba con otra jóven, se volvía frecuentemete hacia el marqués obligándole á tomar parte en el diálogo, y designándole las personas que él por su larga ausencia de la población desconocía. A veces, sin embargo, por el escudo blasonado de la portezuela del carruaje, el jóven, que era muy conocedor en heráldica, identificaba las familias. Su ciencia se extendía á los caballos, y apreciaba el valor de un caballo de silla ó de un tronco de raza extranjera cruzada, con la misma exactitud que un profesional. Filita observó sonriendo que lo mismo le ocu-

ría á ella con los sombreros y las telas, cuando iba á escoger una *toilette* en los almacenes de modas. Algunas veces pagaba más caro que el valor del objeto, pero era en las confecciones, la novedad de la estación, las cosas *chic* que no tienen precio. Y con su vocecita infantil iba nombrando las personas.

Aquellas señoras, madre é hijas que iban en un *landeau* tirado por dos percherones, eran las de Serrano, y su edad era inapreciable pues hacía tres lustros que concurrían al paseo, y en el momento actual representaban entre treinta y cuarenta años. Luego pasó en un milord la bellísima señorita de Torcacino, muy rubia, muy pequeña, esbeltísima, y que usaba además del elevado tacón á lo Luis XV, otro interior de corcho, que la hacía andar como de puntillas. Todas las tardes llevaba una *toilette* nueva, y Filita aseguraba que la fortuna de su padre no permitía tanto lujo. Era un anzuelo para ver si pescaba un marido rico. Seguían en otro *landeau* las dos hijas bellísimas de un industrial enriquecido en diez años, con negocios no muy lícitos, casada la mayor con un noble, cuya familia no la trataba, y pretendida la menor por muchos jóvenes de la aristocracia y por militares de los cuerpos facultativos. Filita no sabía solamente los nombres, sino que de muchos contaba graciosas anécdotas. Aquel caballero compró fuera de España un tronco de caballos en 3.000 duros, pero al traerlos á Hispalis se enfermó uno de ellos por el cambio de clima, y desde la muerte de su padre no se había visto al señor con una cara tan triste como la que puso al comunicarle el veterinario el fallecimiento del animal. Tuvo que

vender el compañero, en la imposibilidad de hallarle pareja, y comprar otro tronco para su carruaje. El otro señor, muy acicalado, pero ya viejo, que pasó solo, era un viudo rico, á quien su mujer dejó la fortuna en usufructo con la condición de no volverse á casar. Hacía ya de esto mucho tiempo, había mariposeado en torno de solteras y viudas jóvenes y bellas, pero sin llegar por aquella causa á decidirse por ninguna.

Aquel otro señor, el del escudo coronado por un casco de plumas, era muy avaro, pero tenía un hijo que gastaba sin tasa y tomaba dinero con usura para satisfacer sus vicios. Era aquel jóven grueso, que pasó guiando un faetón tirado por una yegua alazana, á quien todos saludaban, y que repartía en los toros á sus numerosos amigos los cigarros habanos á puñados. Pues aquellas señoras cuyos sombreros exagerados llamaban la atención en el paseo? Eran dos viudas jóvenes, y no mal parecidas, en particular la que ocupaba el asiento de la derecha, alta, rubia, de muy buen cuerpo. Decidida á casarse y viendo que el tiempo se pasaba dirigiendo sus tiros con preferencia á los señores algo maduros, pareciéndole más fácil pescar entre ellos un marido. Llevaban sombreros enormes con grandes plumas sobre el lado izquierdo que recordaban, la negra, los adornos de los caballos de la Funeraria, y la blanca, los cascos de los oficiales de lanceros.

A todos los muchachos los conocían perfectamente Filita y su amiga y no dejaron de hablar de ellos con viveza y gracia. Aquel delgado, moreno, que guiaba una *charrette* é iba siempre al galope, se llamaba Julio César, era famoso por sus caballos y sus *juergas*. Bebía el champagne

en jarros, y más de una vez fué detenido por los policías por atropellar la gente en la vía pública. Aunque muy joven había tenido varias novias, entre ellas una cubana muy rica y la hija de un marqués. Su reputación de elegante estaba tan bien sentada que Filita consideraba como un honor el que la hubiese pretendido á ella también. Aquel otro joven era muy bueno, pero se decía que su familia estaba arruinada, y él no tenía carrera. El otro rubio, que montaba un caballo árabe, era tan loco que pretendía á dos ó tres muchachas á la vez. Cómo creerle?

El marqués preguntó quienes eran los que ocupaban un magnífico automóvil pintado de encarnado. También los conocía Filita, y explicó que era una señora francesa muy elegante casada con un escocés, Mac Clean. La acompañaba su hijo Edward, aquel jóven tan demacrado, atacado como sus hermanos de la enfermedad del pecho. Mrs. Mac Clean era patrocinadora en todas las fiestas benéficas, y no ocupaba lugar más preeminente en sociedad porque la marquesa Luisa, á quien no era simpática, se abstenía de tratarla, cerrándole así el círculo aristocrático, la *ultra classe* como se llamaban entre sí los intransigentes del blasón.

Por último, aquellos dos extranjeros que paseaban juntos en un carruaje tirado por dos yeguas blancas, eran ingenieros de minas. El uno, de puro tipo asiático, muy pequeño, muy delgado, de movimientos vivos anti-ritmicos, decían que era de Hong-Kong, y que hizo sus estudios en la escuela de Dresde, en Alemania. El otro era de la Ilyria ó de Dalmacia (Filita no lo sabía á ciencia cierta). Era un hombre misterioso, que hablaba á

la perfección todas las lenguas de Europa, vivía en el mejor hotel, gastaba como un nabab, repartía habanos entre sus amigos, y no se le conocía fortuna para tanto, ni el negocio producía tan pingües beneficios. Era jóven, pero el vicio y la disipación habían dejado sus huellas sobre su rostro palidísimo y completamente afeitado.

El desfile, aquella tarde, por ser domingo, era más brillante que de costumbre, y como en Hispalia no había más distracción que el paseo y para éste era imprescindible el carruaje, el que podía y el que no podía asistirán á él, algunos á costa de dolorosos sacrificios. Para las familias que habían venido á menos, constituía «el carruaje» la más pesada carga, pero era forzoso sostenerle si se quería casar á las niñas y presentarlas conforme á su rango social. Filita y su amiga señalaban con inconsciente crueldad, las personas que quizás pronto por el mal estado de sus negocios tendrían que prescindir de aquel lujo, y por lo tanto que privarse del paseo.

Aquella charla descosida y juvenil parecía distraer al marqués. Preguntaba muy poco, pero sus ojos iban siguiendo todas las figuras que describía la jóven, al pasar como en un cinematógrafo por delante del mirador. Entre ellas se veía continuamente Contreras, el novio de la jóven, y el marqués, advirtiendo el manejo, miró sonriendo á la señorita de Hilares que se puso encarnada.

—Y de este ginete, no nos cuenta usted nada?

Filita vaciló un instante antes de responder, pero triunfó su carácter expansivo, y además del placer que le proporcionaba el hablar de Alberto, ya se había familiarizado con Luis Felipe y su

sonrisa era benévola. Su confianza fué completa, ingénuo, casi infantil, y como el joven estaba casado, le inspiraba más confianza.

—Cómo ¡una señorita tan elegante como usted se ha fijado en un oficial sin fortuna! Qué hermoso es el amor á los pocos años... Cree usted que va á pasear con él en carruaje, á viajar en automóvil, á lucir alhajas y reinar en el mundo con el cetro de la hermosura y de la riqueza?

—Eso mismo me dice mi mamá. . pero, yo le respondo ..

—Acabe V. la frase. Qué responde V?

—Que no seré con él rica, ni me envidiarán mis amigas, pero que seré feliz. . porque le quiero mucho.

El marqués cerró los ojos, movimiento que le era habitual, é inveterada costumbre que tomó desde niño para evitar que se leyese en su mirada su pensamiento.

Alejóse de Filita y sin afectación se acercó á su mujer, recibiendo con ella las congratulaciones que á ambos dirigían los amigos. La señorita de Hilares había reparado muy poco al principio en la joven marquesa, pero al verla al lado de su marido no pudo menos de preguntarse:—Cómo se ha enamorado este hombre de esta mujer? La marquesa Inés era alta, esbeltísima, muy elegante. Llevaba un vestido casi blanco, lleno de aplicaciones, de última moda, y en la garganta un collar de dos hilos de perlas, bastante gruesas, que no se quitaba nunca para conservarles con el uso la pureza de su oriente. En el lóbulo de sus orejas lucían también perlas rodeadas de brillantes y sus manos cubiertas con ricos mitones de seda calada,

que llegaban hasta el codo, estaban cuajadas de sortijas con piedras preciosas. Todo este fausto era natural en una recién casada muy rica á quien gusta ostentar sus preseas, pero contrastando con estas galas parecían aún más pálidas sus mejillas, más hundidos sus ojos y más delgados sus brazos. El cabello negro y no muy abundante avanzaba en forma de punta hasta cubrir una frente muy ancha, y los ojos muy pequeños y sin luz, y los labios finísimos y sin frescura, completaban un conjunto que, aunque simpático y distinguido, carecía del brillo de la juventud y de los encantos de la belleza. La opinión general que nadie expresaba *alli* por respeto, pero que estaba en la mente de todos, era que la marquesa estaba *fanée* muy *fanée*. Esto fué también lo que expresó Filita al oído de su amiga en uno de sus arranques *d'enfant terrible*.

—Me gusta él muchísimo más que ella!

—Te quieres callar! le dijo la otra, asustada de que pudieran oírlas. Es muy elegante y muy aristocrática. Ya nos refirió la marquesa Luisa la otra noche á qué familia pertenecía su nuera y donde se habían conocido. La verdad es que aquí (añadió con el despecho de mujer soltera que vé escapársele un partido) pudo encontrar el marqués algo mejor sin ir hasta Baden para casarse.



II

AL AIRE LIBRE

Dos semanas habían transcurrido desde la llegada de los jóvenes marqueses á Hispalis, y Filita no había tenido tiempo de rectificar ó afirmar la impresión que le produjeron cuando les conoció. Había ido en ese intervalo con su madre tres veces de visita á la VILLA, y ninguna de ellas encontró á Luis Felipe. El marqués salía frecuentemente á caballo, gustándole en extremo recorrer los pintorescos alrededores de la ciudad, y encontrando en la equitación uno de sus placeres favoritos. Por lo regular salía solo, y se alejaba cuatro ó cinco kilómetros, prefiriendo para sus excursiones seguir la orilla del río, bordada de naranjos, que al reflejarse en el agua, parecían por un fenómeno de visualidad siempre repetido, teñir la linfa de color de esmeralda. Allá, más lejos, en la llanura estaba el pueblecillo de A.... y la vista alcanzaba las masas verdinegras de los olivares, principal riqueza de la provincia. Solía detenerse á descansar en un recodo del camino cerca de una venta, casi primitiva, situada junto á

las ruinas de antiguo castillo moruno. Por las mañanas, eran los paseos más agradables. La primavera, exuberante en el Mediodía, no sólo aumentaba la vegetación ya rica de la tierra, sino que parecía excitar por todos los medios la vida animal. A las orillas del río, cantaban los ruiseñores y las alondras, y gorriones y zorzales volaban en el aire cálido, ó jugueteaban formando sus nidos.

El marqués era poco sensible á los encantos de la naturaleza, jamás le ocurrió detenerse más de dos minutos en la contemplación de un paisaje; pero le agradaban en extremo los ejercicios físicos, la temperatura convidaba á buscar el aire libre, y sobre todo, le gustaba estar muchos ratos solo. En sociedad era indudable que se observaba mucho, y ni en su casa, ni entre amigos, se oyeron en sus labios expansiones de las que pudiera decirse que «pensaba alto». Luego, había nacido en aquella provincia, en la misma VILLA: y por mucho que el hombre se aleje de su región, y adquiera una nueva naturaleza por el medio ambiente en que se desarrolle, siempre queda unido, por lazos impalpables al terruño.

Aquellos paisajes le eran familiares, aquellos árboles, cuajados de azahar, le traían á la memoria sensaciones agradables, ya otra vez sentidas, evocadas por la retentiva del olfato, que como la visión, conserva también la reminiscencia de las emociones experimentadas. Aquellos pájaros parecían entonar un ritornelo otra vez ya oído. Sus pensamientos le traían involuntariamente, nada más que por la contemplación del mundo externo, ideas ya antiguas, y sus ojos, y todos sus sentidos, renovaban las emociones de la infancia lejana. Allá en el fondo

de su ser, el marqués escuchaba aquellas voces, y no quería definir las, ni abandonarse á la poesía de los recuerdos: cuando salió de allí, veinte años antes, había roto con su pasado. El hombre intelectual se emancipó completamente de la dependencia que las circunstancias le impusieron, y buscó en Inglaterra nuevas fuentes en que beber la ciencia, pero el hombre animal, si se creyó por mucho tiempo libre en absoluto de la sugestión del medio ambiente, y pensó no volver á España, y que lejos de la tierra en que nació, ya no la amaba, comprendió, á su contacto amoroso, que el cielo de la Patria, la lengua propia, y el paisaje, visto en la infancia, tenían, aun para él que se dejaba influir muy poco por el mundo externo, verdaderos encantos. Aquel baño en el paisaje hispalense, aquella infusión que toda la naturaleza insurgía en su sangre, le producían como la emoción que se experimenta, al reclinarnos por primera vez después de una ausencia larga en el seno de la nodriza que nos amamantó.

El joven, viniendo del extranjero, notaba comparándolo con el cuidado con que en Suiza y Escocia se atiende á los caminos, el descuido de las carreteras que recorría á caballo, y á veces en su magnífico automóvil. Recordaba aquellos países montañosos, en que son tan difíciles los accidentes, sufría con la incuria de las casas de campo y cortijos, sembrados en la pintoresca campiña, tan distintas del atildado esmero de los «cottages» escoceses y de los chalets helvéticos, le molestaba la incultura de nuestros campesinos, que una vez apedrearían su automóvil. Echaba de menos la educación de ciudadanos, de que carece el pueblo hispalense, el respeto al extranjero, que constituye uno de los atrac-

tivos de la vida en esos grandes centros europeos. Pero, en cambio, aun reconociendo la incuria y torpeza de la anciana nodriza, si una vez tomamos la leche de sus pechos, y la amamos, no analizamos los defectos que pueda tener, y gozamos en sentarnos á su lado.

Nunca el marqués, al regresar de sus largos paseos, manifestó que hubiese evocado recuerdos, ni sentido la dulce poesía de la vuelta á la Patria, después de una larga ausencia. Allá, en el fondo de su cerebro, renacían y se borraban las imágenes, revivía el pasado, sin que jamás sus labios, por una frase, ó una exclamación, diesen á la imagen forma externa. Llegaba impasible, entregaba las riendas del caballo al *groom* que le aguardaba, y pasaba á mudarse de ropa, y refrescar el rostro con el agua fría. Exactamente igual que si volviese del Casino, ó de jugar al *lawn-tennis* con ingleses y escoceses. Pero, indudablemente, cuando repetía las excursiones, era que debía hallar en ellas algún placer, aunque no lo manifestase. Pensaba, sentía, sacudía sus músculos, y en aquellas horas en que estaba solo, en contacto con la naturaleza, templaba su alma para la vida social, cuya disciplina observaba con inquebrantable constancia.

Una tarde, al regresar del paseo, vió que estaban en el jardín, por rara coincidencia, Inés, la marquesa madre, y la condesa de Infantes. La señora de Hilarés y Filita, llegaban en el carruaje, en el momento en que el marqués desmontaba, y el criado, aunque tenía orden de no recibir á nadie, no se atrevió á negarles la entrada. El marqués, con su fría galantería, las acompañó, ya en pié, hasta el cenador del jardín, cubierto de una tupida enredadera de madre-

selvas, donde sabía que estaban su madre é Inés. Aquella noche esperaban invitados á comer, y tenía que ponerse el frac; así pues, para no hacerse una segunda *toilette*, y no alejarse, lo que sería ridículo, después de haberlas saludado, conservó el traje que traía puesto, pidiendo perdón á las señoras, por esta infracción de la etiqueta. Su rostro tenía un color un poco más subido que de ordinario, había corrido un kilómetro al galope, y estaba fatigado y excitado. La señorita de Hilares quedó inmediata á él, y con su habitual volubilidad comenzó á dirigirle la palabra, mientras su madre se disculpaba de haber pasado adelante, cediendo, añadía, «nada más que á la atenta invitación del marqués.»

Filita observaba el traje del joven, sus espuelas, el corte de su *jaquette*, el color del pantalón de punto, que terminaba en la bota alta de piel fina, bien ceñida al pie. El marqués conservaba por distracción la fusta en la mano, y ella reparaba en que aquella mano no ostentaba más alhaja que el anillo nupcial, liso, muy ancho sin un brillante en el centro. Porque no llevaría el joven ninguna alhaja? No sería esto *chic*? Pensó un momento en preguntárselo, pero renunció á satisfacer su curiosidad, dejándolo para más adelante, si la oportunidad se presentaba.

La conversación la sostenían principalmente Luisa y la señora de Hilares, pues Inés estaba un poco nerviosa, y la condesa de Infantes, le había aconsejado ya que tomase algún *cachet de migraine* para combatir el dolor de cabeza, de que sin duda provenía su malestar. La joven había hecho aquella tarde la proposición á su marido de que fuesen á ver á una antigua amiga de colegio de ella, que casualmente estaba en Hispalis y el marqués.

tenía formado un plan anterior para el siguiente día, y no quiso modificarle. Era una tontería, una insignificancia, pero á ella le hubiese satisfecho mucho, el que él se esforzase por complacerla.

A una pregunta directa que hizo á Luis Felipe, la condesa de Infantes, para incitarle á tomar parte en la conversación, el jóven refirió, que en efecto, le agradaba mucho más el automóvil que el caballo, pero que en Hispalis, por las condiciones de las carreteras, y por las cortas distancias, prefería la equitación. En el extranjero era distinto, añadió, respondiendo á una interrogación de Filita, allí, el *sport* automovilista tiene un verdadero objeto, y como le practican muchos, más alicientes. Llegó á referir, animándose al ver el interés que demostraba la señorita de Hilares, que él también, aunque sin haber corrido nunca ninguna de esas COPAS, que forman el objeto de una carrera internacional, y ocupan luego á la prensa del mundo, á veces solamente para acreditar una marca, tuvo más de una ocasión de probar la resistencia de su PANHARD, y experimentar las emociones de una carrera vertiginosa. Concretando con una anécdota personal las observaciones que los otros hacían, sobre sí en efecto la emoción de la marcha llegaba á hacer perder la noción del peligro y de la velocidad, el joven refirió lo siguiente. Araujo, que estaba de *attaché* á la embajada de España en París, y él, hicieron una apuesta con dos *sportmen* franceses, debiendo guiar ellos mismos, no *chauffeurs* profesionales. Los franceses salieron en un Fiat, Araujo y él, en su Panhard, á velocidad de más de 90 kilómetros. Apenas se habían preparado, con la inspección de una carta automovilista adquirida la noche antes en una

librería del boulevard, ninguno de ellos (los franceses tampoco), conocía el país por haberlo visitado antes. El punto de cita era una capilla bretona, a orillas de La Loire, que frecuentaban mucho los aldeanos en sus peregrinaciones de la Virgen de Septiembre. Los árboles pasaban como arrastrados por un viento ciclónico, y el polvo del camino les cegaba. Ciudades, puentes sobre el río, aldeas y casitas blancas, pasaban ante sus ojos y apenas se distinguían las siluetas, y ya estaban perdidas en la lontananza. Llegaron ellos con 5 minutos de ventaja sobre los franceses, y allí celebraron alegremente su victoria con champagne. Fué una temeridad, una locura, y no solo Araujo, que era muy nervioso, y se excitaba fácilmente, sino él mismo, que aún en las carreras rápidas, tenía cuidado de compulsar el aparato regulador de velocidades, perdieron la cabeza. Pero les dominó la emoción, el vértigo que se apodera á veces aún de los más serenos, y rompe el equilibrio de su ecuanimidad. A sangre fría, comprendía que fué una locura exponerse sin objeto á estrellarse por aquellas carreteras, tomando las curvas casi sin moderar la velocidad, oyendo á su espalda la bocina del enemigo, que podía alcanzarles de un momento á otro. Fué un desatino, pero en aquellos momentos, había estado tan nervioso como Araujo, y había puesto la velocidad máxima sin pensar en la posible catástrofe.

Filita le había escuchado encantada, sin pestañear.

—Ésto es hermosísimo, marqués, eso es un paseo en automóvil! Porqué iba á ocurrir á ustedes ningún accidente? Yo quisiera conocer esas carreras vertiginosas, experimentar esas emociones que usted pinta tan bien, pero, aquí, en Hispalis es imposible.

—Hay automóviles en Hispalis, dijo Inés, sonriendo.

—Sí, marquesa, y mi hermano mismo tiene uno, respondió no sin cierto orgullo la señora de Hilares.

—El automóvil de mi tío, añadió Filita, con infantil petulancia, es peor que un coche, el *chauffeur* siempre nos lleva muy despacio, temiendo atropellar la gente ó estrellarnos. Es orden que tiene de mi tío; por eso digo, que aunque he paseado algunas veces en él, es muy distinto de lo que acaba de referir el marqués. Eso es un paseo automóvil, los nuestros no: solamente tenemos el placer de que nos vean en ese coche, que tan elegante resulta para el paseo.

El marqués se echó á reír, y añadió, mirando á la señorita de Hilares:

—Pero, usted como todas las mujeres, será nerviosa, en cuanto se aumentase la velocidad, ya estaría usted gritando. Una cosa es hablar aquí, en el jardín, y otra correr por las carreteras á 80 kilómetros. Inés, que es de las más valientes, en cuanto aumento la velocidad más de 60, ya me está diciendo que modere. Usted, que no tiene por lo visto práctica, se asustaría con mucho menos, y á la primera curva, ya querría bajarse. Tendría usted miedo.

—Miedo yo? Usted no me conoce. Lo que experimentarí sería un placer grandísimo, como no lo he tenido nunca. Si pudiera hacerse la prueba, ya vería usted como yo no tendría miedo.

—Y porqué no hemos de poder hacer la prueba? Aquí está mi automóvil, y guiaré yo mismo, para que no desconfie usted de la habilidad del *chauffeur*, y tendrá usted un *chauffeur*, que estará completamente á sus órdenes

—Y cuando será eso? preguntó Filita, con ímpetu. Mañana?

El marqués vaciló un momento.

—Mañana?... para mañana tenía yo un compromiso, pero en fin, ya le he dicho que el *chauffeur* estaba á sus órdenes, iremos mañana. Qué hora le conviene á usted?

—Yendo con ustedes, cualquier hora, marqués, respondió la señora de Hilares, halagadísima con aquella invitación.

—Entonces, si le parece bien iremos á buscarla á las 12, comerá con nosotros, llegaremos hasta B... y por la noche se la entregaremos á usted. Estamos de acuerdo, Inés?

La marquesa se había puesto un poco pálida; se conocía que la aceptación de su marido de la fecha marcada por la joven para la excursión la había contrariado. Respondió brevemente.

—Yo, hago siempre lo que tú quieres, pero habiendo el compromiso anterior con Enrique y Castillo....

—Ya he dicho á esta señorita que saldremos mañana, y creo que á tí también te parecerá mejor. Escribiré á Enrique, aplazando nuestro almuerzo en el Club, y Castillo podrá venir á la excursión, con nosotros, si quiere: hay sitio para él.

Inés se mordió los labios. Antes le había rogado que la acompañase á ver á una amiga, y él había rehusado, por no cambiar sus planes, y ahora, á la menor indicación de aquella chiquilla, que apenas conocía, los modificaba por complacerla. Era imposible, y contraproducente, oponer reparos para la excursión proyectada, y su contrariedad, debía cubrirse con el velo hipócrita con que se tapan casi siempre los verdaderos sentimientos cuando se está en sociedad. La condesa de Infantes acudió á cam-

biar el tema de la conversación, y el marqués, pres-tándose á ello con facilidad, reanudó su diálogo con la señorita de Hilares, no ya sobre automóviles, sino sobre Hispalis, y la sociedad de Hispalis, tema en que la jóven era inagotable, y que le había proporcionado un rato de placer la tarde en que la conoció. Por haber estado un rato callada, la volubilidad de la señorita de Hilares era aún mayor, y el marqués no podía menos de reirse, con sus chispeantes ocurrencias de niña mimada y hispalense neta. Ya no estaba contrariado, porque ellas le hubiesen detenido al llegar á la VILLA: por el contrario, el azar, que le hizo acortar el paseo de aquella tarde, le parecía una feliz casualidad.

Inés continuaba silenciosa. La señora de Hilares esperaba la llegada del carruaje que se había detenido por conducir á su esposo al círculo, y se retrasaba más de lo que ella calculó. El crepúsculo, envolvía en medias tintas el jardín y la puesta de sol, iluminaba con sus tonos anaranjados y rojos el horizonte, fácilmente descubrible desde aquel extremo. Hispalis está situada en una inmensa llanura, no árida como la de la Mancha, sino fértil, regada por un caudaloso río que muere amorosamente en el inmenso mar azul, allá, á pocas leguas de la capital hispalense, después de traerle en la corriente de sus aguas semisalobres, la riqueza de su comercio. La atmósfera por su diafanidad permitía abarcar con la vista una gran extensión, recrearse en las copudas arboledas del paseo de carruajes, en la serena plácidez de la llanura que esmaltaban las chimeneas de las Fábricas, y más lejos, en la cinta de luces, que el amplio boulevard de los ensanches, ceñía á la bella metrópoli. Detrás de los árboles, á

pocos kilómetros, se distinguía la silueta del pueblecillo de San Pedro, asentado á la falda de una colina, copiándose en las aguas del río, y tomando su nueva vida, comercial y fabril, de la compra de un viejo y enorme convento, en que una empresa inglesa instaló, hacía 20 años, una gran fábrica de cerámica. Las modestas casuchas de los obreros y agricultores, estaban dominadas por las cuatro elevadísimas chimeneas, por cuyos respiraderos humeantes, alentaba en realidad el porvenir de cientos de personas. Y allá, más lejos, siempre bella, consagrada por una celebridad mundial, la Torre alicatada como la obra de un orfebre, mostrando sus líneas de purísimo dibujo arquitectónico, sobre la inmensa lámina azul del cielo, entonces teñido con todos los colores del iris.

La tristeza del anochecer embargaba el alma de Inés, y la sumía en una inconsciente *rêverie*. A pocos pasos estaba Luis Felipe, muy correcto, sin duda, pero ocupado exclusivamente de la señorita de Hilarres, y entretenido con su charla insustancial. Inés, como mujer, apreciaba en aquel instante la belleza de la jóven, y su distinguida apariencia, y mejor que ella sin duda, lo notaría y comprendería el marqués. Su actitud no tenía nada que permitiese suponer, ni por las palabras, ni por las miradas, que se tratase de un *flirt* y sin embargo, á Inés, le lastimaba, le hería, el verle próximo á la encantadora joven. Prestando celosa atención al diálogo, que era en voz alta, le seguía perfectamente, y cogió en el aire estas palabras, que el marqués, con acento ligeramente insinuante, pronunciaba:

—Espero, que no será esta la última vez que tendremos ocasión de hablar. Es usted un *cicerone*

inapreciable para darse cuenta de lo que es Hispalis, ó mejor aún, la sociedad de Hispalis.

Los ojos de Inés se llenaron de lágrimas, y la condesa de Infantes, que le hablaba entonces y hacia un rato que se apercibía de que la marquesa apenas le prestaba atención, no pudo menos que exclamar:

—Está usted mala, marquesa. Es mejor que nos retiremos y que descanse usted un poco. La encuentro á usted muy pálida.

—Dispéñseme, marquesa, dijo la señora de Hilarres, muy cortada. Nos hemos detenido, esperando el carruaje más de lo que era nuestro propósito, pero afortunadamente, ya le siento llegar.

Filita se había aproximado á la joven, y le hacia aire con su abanico.

—Está usted pálida, blanca como mi pañuelo, pero eso pasará.

En el centro del grupo de las señoras, la joven marquesa, apenas podía contestar. Qué sentía? qué embargaba su ánimo? porque se habían llenado sus ojos de lágrimas?

Cuando quedaron solos, y antes de penetrar en la VILLA, la marquesa madre, se dirigió á Inés.

—Vamos, tranquilízate, eres muy nerviosa, has debido retirarte antes, si te dolía la cabeza. Como ves, la casualidad de encontrarse Luis Felipe con esas señoras, nos ha obligado á recibirlas, no estando tú del todo bien, desde esta mañana.

Inés levantó la cabeza, miró á su marido que permanecía inmóvil y silencioso, y rompió á llorar con sollozos entrecortados. Luisa la miró sorprendida.

—Pero, Inés!... qué significa esto? qué ha pasado aquí?

Separó la vista de la joven y la clavó en su hijo, que estaba á pocos pasos, ligeramente apoyado en uno de los bancos, y batiendo marcha con los dedos de la mano derecha sobre una de las mesitas que habían servido para el té. Los ojos de la marquesa madre formularon una interrogación.

— Pero no vé usted á Luis Felipe! exclamó Inés, á quien la actitud de su marido exasperaba. Cree usted que á él le importa que yo llore? Se ha ocupado siquiera de acercarse á mí, y preguntarme el porqué?

El marqués la miró, cerró los ojos, los volvió á abrir, sus labios se movieron como para hablar, pero permaneció silencioso: solo sus dedos aumentaron la digitación sobre el ángulo de la mesita.

La marquesa madre tuvo un momento la idea de dirigirle la palabra, de hacerle una pregunta, de llamarle para que consolase el dolor más ó menos motivado de Inés, pero le vió tan impasible, que consideró que cualquier indicación sería inoportuna.

—Vamos, dijo besando á la joven, no te ocupes de tonterías. Arréglate para comer. Esta noche hay invitados, y en último caso, podrías quedarte en tu cuarto, si persiste la jaqueca, pero lo sentiría, pues viene por primera vez la marquesa de San Felices.

—Creo que podré asistir á la comida, dijo Inés, dulcemente, clavando sus ojos en su marido, como si ya estuviese arrepentida de las palabras anteriores en que iba envuelto un reproche, y apoyándose en el brazo de Luisa salió del jardín.

—Luis Felipe, dijo la madre, volviéndose hacia él, que permanecía impasible, como si no entendiese lo que allí se hablaba.

—Ya sabes que á las ocho se come. Tienes que mudarte de ropa, no nos hagas esperar.

—Sería contra mi costumbre. A la hora indicada estaré en el comedor.

A lo lejos, oíase aún el ruido de los carruajes. Terminado el paseo, volvían á las calles de Hispalis, haciendo peligrosísimo el llamado desfile, cuando penetraban en la plaza de la Catedral, sitio estrecho, pero muy céntrico, y en la que desembocaban varias de las principales arterias. La costumbre hacia, que una vez iniciada la retirada de los carruajes, se produjese una verdadera desbandada, como si hubiese empezado de súbito á caer el granizo. Corrían los caballos á verdadero galope, se tenía á gala, como si fuese en una carrera, el pasar al que se encontraba en el camino, y el número exorbitante de vehículos, y la estrechez de las vías urbanas, debían producir verdaderos choques y catástrofes diarias, si la habilidad imponderable de los aurigas de Hispalis no realizase proezas increíbles. Complicábase á menudo el desfile, con la avalancha de los tranvías, que retornaban, llenos de gente, muchos de los que fueron á pié al paseo de carruajes (pobres vezgonzantes, como decía Filita) Otros, más prácticos, tomaron *la carroza de tutti* para trasladarse á alguno de los paseos solitarios de Hispalis alejados del centro principal, ó á los pintorescos pueblecillos, (cuatro casas agrupadas alrededor de una venta ó de una fábrica) y disfrutaron allí los placeres de una tarde en el campo. Por la ropa se conocía fácilmente el punto de su procedencia: los pedestres del paseo de carruajes iban cubiertos con trajes de calle, flamantes, la señoras con enormes sombreros, que casi no les permitían penetrar por la estrecha portezuela; los que llegaban del campo con los pulmones oxigenados vestían muy sencillos, traían

los trajes llenos de polvo y las mujeres llevaban en la cabeza la típica mantilla andaluza, si llena de esplendores cuando es blanca, y se apoya en rica peineta goyesca, y se luce entre claveles en la Feria y en los toros, llena también de inenarrable poesía cuando se usa modestamente para las salidas de mañana, y hace destacar, por la negrura de su encaje, los rostros pálidos de las andaluzas, no siempre bellos, pero siempre llenos de dulzura ó chispeantes de gracia maliciosa. La vuelta del «tranvía del paseo» era uno de los espectáculos más característicos de Hispalis, y daba una verdadera impresión de su vida social. Allí iba la clase media, estúpidamente empeñada en rivalizar con la aristocracia y la clase media, sanamente puesta en contacto con la clase popular, y compartiendo los placeres de los que carecen de fortuna.





III

PERLAS, AZAHARES Y LÁGRIMAS

El amplio gabinete, lujosamente amueblado, estaba á media luz. La doncella Ketty, por órden de la jóven marquesa, después de quitarle el traje que llevó á la comida, le había puesto una bata japonesa de seda pálida con largas y anchísimas mangas. Antes de retirarse apagó la luz de las diferentes lámparas que alumbraban la estancia, dejando solamente encendidas las bombillas que, en dos artísticas figuras, estaban colocadas á los lados del tocador.

La habitación estaba puesta con tanto lujo como gusto. La había mandado amueblar recientemente Luisa para la mujer de su hijo, así como la alcoba, los cuartos de baño y el de vestir del marqués, situados todos en un extremo de la VILLA, y completamente independientes de las habitaciones de recibir, y de las particulares de la marquesa madre.

Los muebles del gabinete eran de estilo modernista, pintados de laca verde pálido con filetes

dorados, muy pequeños, muy bajos, anchísimos, convidando al reposo, al amor y á las confidencias. Las paredes pintadas al óleo del mismo color, estaban cubiertas por lindas acuarelas de flores, y en las *étagères* de cristal, se veían *bibelots* de *Saxe* y objetos preciosos de *vermeille*.

El estilo era de la época de Luis XV, y armonizaba con las telas de los cortinajes de seda con dibujos de flores pálidas sobre el tono verde musgo de la tapicería. Pequeños objetos de plata del uso personal de Inés, timbrados con su inicial y la corona, completaban el adorno del tocador, muy bajo, cuadrado, soportando un gran espejo, con marco de cristal azogado también, y de más de un metro de altura.

Algunas plantas de sombra que la marquesa prefería y que cuidaba Ketty con solicitud, formaban también el adorno de la habitación. Allá, en el fondo, detrás de un pequeño biombo de bambú dorado, pintado al óleo con las imágenes de dos enamorados pastorcillos al lado de una fuente, se distinguía, ocupando el centro de la alcoba conyugal, el lecho con dosel que terminaba en la corona de marqués.

Sobre el rostro pálido de la joven marquesa se habían secado las lágrimas. Sentada en un silloncito bajo, apoyada la cabeza en el respaldo, con los ojos entornados, se hubiera creído que dormía si la contracción de la comisura de sus labios no acusara un intenso sufrimiento interior. Durante la comida en el espléndido comedor de la VILLA, adornado con tapices representando escenas de caza, y enormes espejos, que se enviaban los unos á los otros las mismas figuras reflejadas, le fué pre-

ciso mostrar un rostro afable y sonriente, y lo mostró.

Había cuatro personas invitadas, según la costumbre de la marquesa Luisa de tener siempre un pequeño círculo de amigos, para que la acompañasen á la mesa, escogido con escrupulosa selección. Los espléndidos menús, los ricos vinos extranjeros, el *savoir faire* de aquella casa, hacían en extremo apetecibles las invitaciones. Luisa se descotaba, lucía su espléndido busto de matrona, disimulando las arrugas, que á pesar de su grosura marcaban su garganta, con un magnífico collar *chien*. Conservaba siempre pretensiones de beldad antigua y acudía á defender ese punto débil de las morbideces femeninas, el que resiste menos á los embates de la edad, y que conocen tan bien las mujeres de los diplomáticos, obligadas aún las que no son jóvenes ni bellas, á descubrir en las comidas de etiqueta de las embajadas y legaciones, el pecho y los brazos.

Los hombres asistían de frac á las comidas que se daban en la VILLA; pero las señoras (al fin la ciudad no era más que una capital de provincia) llevaban solamente manga al codo, guante largo que se arrollaba á la muñeca, y descubierta la garganta.

La condesa de San Felices ocupaba aquella noche la derecha de Luis Felipe, Rosales la de Inés, y al lado de Luisa estaba colocado un señor de más de sesenta años, pulcrísimo, con un aspecto irreprochable, libre de *embonpoint* y cuya silueta esbelta y distinguida parecía la de un joven. Se llamaba D. Juan Bautista de Figueroa, había sido diplomático, y era antiguo admirador de la

marquesa Luisa. Veinte años antes, cuando ella estaba viuda, la pretendió, y aunque desairado por quien valía menos que él, guardó siempre á la dama un culto platónico y caballeresco. Era hermano de un literato de nota, muy ilustrado él también, y su conversación discreta y animada era un modelo de amenidad. Pasaba los otoños en Madrid, los veranos en el extranjero, generalmente en Biarritz, las primaveras en Hispalis, y el resto del año en la casa solariega donde su hermano residía y fechaba sus conocidas novelas. Los otros dos comensales eran el conde de San Felices y un joven amigo de Luis Felipe

Inés había hablado muy poco durante la comida, y pretextando su indisposición, no bien se sirvió el café, que lo tomaron todos en la *serre* se retiró. Su marido la acompañó hasta la puerta de sus habitaciones, encargó á Ketty que tuviese cuidado con la señora marquesa y volvió al salón.

Inés abrió los ojos, vió que estaba sola, y se aproximó instintivamente al espejo. Qué delgada parecía su figura envuelta entre los pliegues flotantes de su traje! Sus brazos salían de las amplísimas mangas tan sin morbidez como los de una de aquellas estatuas de bronce que sostenían las lámparas, *efebo* griego que el escultor modeló conforme al ideal de la escuela pre-rafaelista. Sus ojos febriles, su rostro muy pálido llevaban aún la huella candente de las lágrimas vertidas. Ocho meses antes al ver por primera vez á Luis Felipe, ella se consideraba aún bella, y oía resonar en sus oídos las lisonjas, y á los hombres disputársela para bailar los cotillones. Su viveza, su elegancia y su distinción eran proverbiales, y recorría el mundo

con una alfombra de flores á sus pies. ¡Cuanto pretendiente había desairado en su soberbia, ansiando siempre un marido que la encumbrase aun mas, que ciñera á sus sienes una corona, colocándola como casada aun más alta que la fortuna de su padre y su nacimiento la habían puesto en el mundo! Vinieron nobles arruinados, títulos pontificios, hijos de la alta clase media enriquecidos en negocios, diputados á Cortes de brillante porvenir político, pero Inés y sus padres aguardaban siempre el ideal que acariciaban para ella.

Al conocer á la marquesa Luisa y á su hijo en la gran sala del Casino de Baden, antes que en el mérito personal del joven, se fijaron la embajadora é Inés en su elevada posición social, gran fortuna y título propio ya heredado.

Al principio el marqués no reparó en ellas, entregado á sus aficiones *sportivas*, pero tan pronto como la embajadora hizo á Luisa la primera indicación, muy bien acogida por la marquesa, Luis Felipe se aproximó á Inés, y á la tercera noche que valsó con ella le dirigió una breve declaración de amor. Ni el marqués pretendió fingirse enamorado ni ellas le habrían creído, pero como era un asunto tratado de antemano por las dos madres, un matrimonio socialmente muy igual, las relaciones fueron brevísimas. A la segunda semana de conocerse, Luis Felipe y su madre partían para París á hacer sus preparativos de boda y comprar los regalos, y la embajadora é Inés regresaban apresuradamente á Roma con el mismo objeto.

Inés se complacía ahora en evocar aquellos recuerdos. En Baden había tratado apenas á su novio, y la reserva de su carácter le parecía de suma

distinción, fruto de su larga estancia en Inglaterra. Luego en la capital, entregada vertiginosamente á la fiebre de las compras, apenas si reparaba en la vulgaridad de las cartas que tres veces por semana le dirigía el marqués. Las suyas no eran tampoco más expresivas, y marchaba conducida por la vanidad hacia el matrimonio, que le prometía la realización de todas sus ambiciones.

La corona marcada en toda su ropa blanca la entusiasmaba, y aquel nombre de marquesa que oía ya resonar en sus oídos, la colmaba de anticipado placer. Su abuela fué marquesa de Covadonga, pero el título á la muerte de su tío fué á parar á otros parientes, por exigirlo así la ley de sucesión. Su padre aunque de noble estirpe y con título no podía trasmitírselo, pues estaba vinculado en la línea masculina y pertenecería á un pariente lejano. Así pues su boda la clasificaría definitivamente entre la aristocracia española.

Para la vida de una señorita del gran mundo educada como lo estaba Inés, el matrimonio en la forma en que iba á realizarlo constituía una sucesión de problemas, que embargaron toda su atención durante los dos meses que precedieron á la boda. A las ricas alhajas que regaló el novio y la familia de ambos, se unieron las perlas antiguas heredadas que se mandaron á engarzar. Estas perlas eran un tesoro de familia, venían algunas de cuatro generaciones anteriores, y montadas en brazaletes y broches, adornarían su figura. Su madre le entregó como regalo el precioso collar que siempre llevaba puesto, no de tanto precio por su tamaño, cuanto por la redondez y sólida blancura de las perlas. Luego se separaron los modelos para los vestidos, la lujosa

ropa blanca, los abanicos antiguos de nácar con paisajes de *Watteau* pintados sobre cabritilla, los antiguos encajes de Bruselas y de Inglaterra, que debían figurar en su *trousseau*, y todo aquello escogido é inspeccionado por dos mujeres elegantes y ansiosas de lucir, ocupaba el tiempo que las visitas les dejaban libre.

Una semana antes de la fecha fijada para la boda llegó Luis Felipe á Roma, y fué presentado á la colonia rica española y á la sociedad romana que frecuentaba los salones de la embajada. Apenas si el marqués tuvo tiempo para cambiar una docena de palabras aparte con su prometida, y ésta que le hallaba amable y distinguido, pensaba mucho más que en el marido en los accesorios de fortuna y nobleza que le hacían tan seductor. El último detalle, el que debía dar á su enlace un tinte marcadísimo de distinción, era que se prestó á bendecirles en la capilla del palacio de la embajada uno de los cardenales españoles; y cuando ella apoyada en el brazo de su marido, atravesó por entre la escogida concurrencia, la vanidad satisfecha y la dicha irradiaban en su rostro.

Inés tocaba ya á los recuerdos dolorosos, á la herida profunda y siempre manando sangre que la indiferencia de su marido había abierto en su corazón. Se casó, halagada, interesada ligeramente por Luis Felipe, y á los pocos días estaba ya loca, ciegamente enamorada de él. La frialdad del marqués, que se ponía de relieve á cada momento en la intimidad, exasperaba á Inés. Era como un dique que contenía sus arranques apasionados, y como todos los diques hacia refluir las aguas con más violencia. Ella creyó que al poco tiempo desapare-

cería aquella reserva, y que estrechándola contra su pecho, su marido llegaría á abrir para ella el santuario de su corazón, pero aguardaba en vano. El carácter del marqués era impasible, de una igualdad inalterable en su trato íntimo, sin que jamás mostrase la más pequeña expansión afectuosa, y seguía tratándola con irreprochable corrección, pero sin permitirle ni un instante penetrar en sus pensamientos. Ella comprendía que no la amaba, pero aparte de aquella frialdad no podía formular una queja contra él. Quizás si ella no le amase con aquella pasión no sentiría tanto la reserva con que su marido se retraía. ¿Quién hubiera podido pensar que aquella mujer delgada, palidísima, de labios exangües fuera capaz de tal intensidad de amor?

En vano intentó desde los primeros días conquistar la confianza de su marido, vivir su vida, sentir al unísono con él. Luis Felipe contestaba vagamente á sus preguntas sobre el pasado, y se manifestó una vez sorprendido por una curiosidad inoportuna (Inés había deslizado una alusión á su ausencia de España durante veinte años), y ella un poco confusa no se atrevió á insistir. Jamás se oyeron en los labios del marqués recuerdos de su infancia, suaves evocaciones de su adolescencia, anécdotas de su vida de hombre. Eran narraciones impersonales como la que hizo de su excursión á la capilla bretona, pero nada en que tomase parte su corazón ó su cerebro.

Aquello era un martirio lento para una mujer verdaderamente enamorada. Tenerle tan cerca y sentirle tan lejos de ella! Poder estrecharle entre sus brazos, y verle con la mirada vaga, pensando en otras cosas, lejos muy lejos de ella! El alma de

Inés, dulce y sensible, no estaba templada para las luchas de la pasión, su existencia de muñeca no la había permitido robustecer los resortes de su carácter, prepararse para aquella prueba que le ofrecía su destino, sufrir con dignidad y en silencio. El dolor la había alcanzado en una encrucijada de su camino, cubierto de rosas, y ella se encontraba allí indefensa. Qué hacer? como resistir sin lágrimas?

Del pasado de su marido sabía muy poco. Algo muy someramente que le refirió la marquesa Luisa en Baden, y lo que de él conocía el mundo Jamás había tenido novia para casarse, y sus amores fueron ó mujeres del teatro ó damas del gran mundo cuya moralidad no tenía que echar nada en cara á la de las otras, pero nunca el escándalo había tocado con sus cascabeles al nombre del marqués. Este, que ocultaba aún á su madre y á su esposa el fondo de sus pensamientos, no era capaz de descubrir el secreto de sus aventuras, y para más de una dama constituía este defecto de Luis Felipe, su más preciosa cualidad.

Desde temprano habían comenzado á correr las lágrimas de Inés. Ella, en aquel examen doloroso que bajo la presión de las últimas penas hacía aquella noche, veía que desde los primeros instantes se había iniciado aquella situación insostenible. Ni aun al abandonar la ciudad Eterna, arrastrados por el *express*, oyó de los labios de su marido ninguna de esas tonterías que hacen tan ridículos durante las primeras semanas á los seres á quienes el amor acaba de unir. El camarero del hotel del Lungarno, en Florencia, quedó sorprendido cuando supo por Ketty que hacia cuarenta horas que se

habían casado en Roma. Allí derramó Inés sus primeras lágrimas, cuando su marido que se encontró con un amigo en la legación de Francia, la dejó abandonada en el hotel al cuidado de su doncella y salió con él en automóvil para recorrer la espléndida llanura que en todo el litoral separa del mar Tirreno, la ciudad de los Médicis. Volvió ya de noche, y ni él habló del viaje ni ella se atrevió á interrogarle.

Los recuerdos que conservaba de los días de Venecia eran menos amargos. Se detuvieron en el *Gran Hotel Manin*, cerca de la *Piazza San Marco*, y una noche se empeñó ella en dar un paseo, en góndola. Salieron de la *Riva degli Schiavoni*, y se internaron por los sombríos canales yendo á la voluntad del gondolero. La luna copiaba las fachadas de los palacios, reflejándolas en las aguas dormidas, el rumor de la ciudad solitaria en aquellos sitios era como un eco de otros tiempos, y ella gozaba extraordinariamente. Iban en silencio, y se aventuró á coger una mano de Luis Felipe estrechándola entre las suyas. De pronto, la góndola volvió la esquina de un canal, la luz del farol se reflejó en las facciones del marqués, y ella le vió con tal expresión de aburrimiento, que quiso desembarcar en seguida, y terminaron la noche en el teatro.

Hicieron la excursión obligada de los turistas al famoso *Lido*, la ascensión al *Campanile*, desde donde en tiempos remotos anunciaba el vigia la llegada de los buques que venían á la Reina del Adriático, y se detuvieron algunas horas, entre los muros del *Palazzo Ducale*, cuyo espléndido *Cortile* fotografió el marqués con su Kodak

Luego emplearon media hora en recorrer los Arcos de la *Piazza* deteniéndose frente á las joyerías, é hicieron algunas compras de encajes en la célebre tienda *Scuola di Merletti de Murano*, y un magnífico Album de Vistas en casa de Ongania. Inés se hubiera detenido más tiempo en la *Accademia*, contemplando los cuadros de Tiziano, y Paolo Cagliari el *Veronés*, pero su marido después de haber admirado unos instantes el famoso lienzo de La Presentación de la Virgen en el Templo, pareció cansado y salieron, tomando la góndola, y yendo á terminar la tarde en la *Isola de San Giorgio Maggiore*. En todas estas excursiones, el marqués hablaba muy poco, y ella llevaba el peso de la conversación.

De Venecia pasaron á Milán, y de allí por la línea del Saint-Gothard, á Lucerna continuando luego hasta París, dónde se instalaron provisionalmente en un lujoso departamento amueblado del *boulevard des Capucines*.

Más tarde se haría la instalación definitiva en un hotel propio.

Los dos meses que pasaron en París no hicieron más que afirmar las primeras impresiones de Inés. Los días trascurrieron monótonos, repartidos entre los paseos, las visitas y los teatros; pero en vano trató de romper el hielo que los separaba. Una ó dos veces, desesperada, subieron á sus labios frases de amor, pero los ojos de Luis Felipe expresaron tal sorpresa, su mirada se hizo tan enigmática, que ella calló confusa y no se atrevió á terminar la frase.

El marqués le hacia desde por la mañana el plan para todo el día, y se reservaba sus horas. Muchas noches salía con sus amigos dejándola á

ella acompañada por otras señoras. Adónde iba? Al teatro? No se atrevía á creer que hubiese vuelto tan pronto á sus costumbres de soltero, pero sin que sus celos se extraviasen, pensando en posibles entrevistas con otras mujeres ya amadas, ó en nuevas aventuras amorosas, era un hecho que su marido se aburría á su lado, pasándolo mejor en cualquier otra parte.

La carta de la marquesa Luisa invitándoles á ir por una temporada á la VILLA, inspiró á Inés alguna confianza. Quizás, en su patria, al lado de su madre, haciendo vida de familia, pudiera fundirse aquella reserva y producirse un cambio favorable. A las primeras palabras que le dijo, sobre la vuelta á España, le pareció que no acogía él bien la idea. Hubo una pequeña discusión muy mesurada por parte del marqués, y ella, que deseaba mucho el viaje, lanzó en el diálogo una frase feliz.

—Luis Felipe, no podrá menos de extrañar á todo el mundo el que no llesves á tu mujer, siquiera un par de meses al lado de tu madre.

—Es verdad. Debo á mi madre esa demostración pública de mi respeto. Cuando tú quieras salimos para Hispalis.

A fuerza de observarle, Inés había llegado á comprender que el temor al que dirán era lo único que tenía poder para cambiar sus decisiones.

Cuando este recuerdo pasó por la mente de la joven fué para ella un nuevo dolor. Se dejó caer en el sofá cruzando los brazos sobre las rodillas. ¿Cómo no había pensado en ello, al dejarse llevar de su despecho en el mirador? Aquella explosión de pena debió contrariar á Luis Felipe, más que nada, por ser en público ¡Se acordaba de sus frases

cuando ella lloró por primera vez delante de él, en el carruaje que les conducía al bosque de Bolonia! El motivo no valía la pena, pero él, en vez de consolarla con palabras cariñosas, le dijo con frialdad: —Serénate, afortunadamente estamos solos, nadie te ha visto Oh! cómo trayendo á la memoria aquellas frases, comprendía ella ahora en el silencio del gabinete la mirada de sus ojos llena de reproches! Se había dejado llevar de sus nervios como una chiquilla loca, hasta prorrumpir en llanto delante de todos! Que pensaría Luisa? que pensaba Luis Felipe!....

Inés volvió á llorar. Luis Felipe tenía razón. Sí, ella no podía pensar seriamente en tener celos de aquella señorita aristocrática, muy alta para que la alcanzara una sospecha, ni en acusar de deslealtad al marqués. Era demasiado correcto, demasiado noble para iniciar ante sus ojos una *flirtation* que pudiese empañar el buen nombre de una niña acabada de vestir de largo... imposible! Le había ofendido, le había herido, mas ¿cómo pedirle perdón sin volver sobre aquel desdichado asunto? ¿Cómo explicarle que no eran celos personales provocados por los encantos juveniles de Filita, sino celos generales, dolor y amargura al ver que todas tenían para él más atractivos que ella, celos de amor no correspondido que desgarraban su alma!

Unos golpes dados en el dintel de la puerta y la voz del marqués, pidiendo permiso para pasar adelante, sacaron á la joven de su ensimismamiento doloroso, y su corazón empezó á latir con violencia.

—Dos palabras antes de salir, Inés, dijo Luis Felipe con calma. No he querido decírtelas en el

mirador porque estaba mamá presente. ¿Puedes oírlas ahora? Si estás aún excitada, si hay temor de que vuelvas á llorar, lo dejaré para mañana ó para otro día. No corre prisa, lo mismo puedo decírtelas hoy que la semana que viene.

Estaba de pié delante de ella, serio y frío. Inés se levantó de su asiento, y quiso ponerle la mano en el hombro; pero él retrocedió dos pasos sin afectación y sin violencia. Ella se sentó entonces en el canapé y le hizo sitio á su lado.

—Es inútil, seré muy breve. Espero que tu indisposición nerviosa habrá pasado ya, y siento decirte que me ha disgustado esta escena de muy mal tono delante de extraños. Cada uno la interpretará á su manera, y las salpicaduras de la murmuración pueden alcanzarme tanto como á tí. En fin, no insisto. Tú estas bastante bien educada para que, ya serena, comprendas tan bien como yo lo censurable de tu conducta. Espero que no se repetirá.

—No se repetirá, Luis Felipe, yo te lo prometo. Me perdonas? (la marquesa se puso de pié y volvió acercarse á él por impulso irresistible) Dime que me perdonas .. Yo no he querido ofenderte, no dudo de tí. Ha sido algo que sentí allá muy hondo en mi pecho y que se desbordó en lágrimas. Te repito que no pensé un momento en ofenderte.

—Ofenderme? Tus pensamientos se han extrañado ya más de una vez en erróneas suposiciones. Si quiero conservar mi libertad de hombre y no cerrar en absoluto mi corazón á toda clase de afectaciones, me respeto demasiado á mi mismo, sé muy bien lo que debo á la que lleva mi nombre, y al mundo para mostrar ante sus ojos debilidades que

aún el menos caballero ocultaría. Como tú no te empeñes en descender á bajos espionajes, indignos de tu nacimiento, puedes atravesar con el rostro sereno por el mundo, sin temor de hallarte cara á cara con una rival.

Inés se puso lívida

— Luis Felipe, por Dios! mira que es horrible lo que has dicho y el espantoso porvenir que me anuncias! Hace tan poco tiempo que nos hemos casado, y ya hablas de rivales posibles ...

El marqués sonrió, no sin cierta amargura.

— Es una hipótesis nada más.

Hubo una pequeña pausa. Inés aguardaba una frase de cariño que terminase la dolorosa entrevista.

— Está noche, dijo el marqués, voy con dos amigos á ver el último acto de la ópera, y luego cenaremos en el restaurant del Casino. No sé á la hora que volveré. No me aguardes.

— Estoy bien. Puedo esperar hasta las dos ó las tres, hasta que vuelvas.

— Es inútil que te canses, estás mala y necesitas reposo. Cuando vuelva, para no molestarte, me quedaré en el pequeño pabellón del jardín. Hasta mañana, pues.

Bajo el tono cortés de la frase, su voz y su mirada tenían toda la energía del que da una orden. Inés comprendió que era inútil insistir.

Sin decir una palabra volvió á sentarse y permaneció inmóvil, mientras él dejaba caer la cortina y se oyeron sus pasos por el corredor. La fisonomía de Inés estaba tan descompuesta, que parecía que iba á desmayarse, y todo daba vueltas á su redor. Por un momento dudó en extender el brazo y tocar el timbre para que acudiese Ketty, y le prepa-

rased la bebida antiespasmódica que para aquellos fenómenos nerviosos le había recetado el médico en París, pero se contuvo.

Para sus nervios, para calmar aquella angustia que oprimía su pecho, no bastaban los recursos de la ciencia, y hubiera bastado un poco de ternura. Aquella era la vida que le aguardaba, y los días debían sucederse iguales, sin que trajese ninguno un poco de alegría á su corazón lacerado. Hacía dos semanas que había llegado llena de esperanzas á la VILLA, y ya las lágrimas volvían á inundar su rostro. ¿A quien quejarse? ¿cómo formular una queja, no ya á su madre ausente, cuyo corazón desgarraría con su confidencia, pero ni aun á Luisa? Ésta era incapaz de comprenderla. El aspecto duro de la marquesa madre, su carácter tan semejante en sus defectos al de Luis Felipe, aquella misma preocupación del mundo, que en él era temor del que dirán y en ella afán de imponerse, intimidaban á Inés. Le parecía que iba á hablarle en un idioma extranjero, y que Luisa podría decirle que estaba loca. No le quedaba más que resignarse, y hasta muy tarde estuvo derramando lágrimas, con el rostro oculto entre sus manos.

Loca! sí, loca estuvo cuando no comprendió al verle por primera vez, que iba á amarle con toda su alma, á amarle por él, sin que ni su título ni su fortuna representasen más que un accesorio insignificante.

La doncella, que había visto salir al marqués, y que estando al servicio de la marquesa desde antes de su matrimonio conocía ya aquellas crisis, iniciadas desde los primeros días en Florencia,

se aventuró á presentarse en la puerta del gabinete, fingiendo ser llamada. Inés se había arrojado sobre el canapé, con el rostro oculto en los almohadones de seda, y lloraba con sollozos que parecían rugidos.




IV

JUGANDO AL AMOR

LA intimidad con los marqueses convenía mucho á Filita, é iniciada la tarde en que se concertó la excursión en automóvil, creció con rapidez. La linda joven era ya una de las favoritas de la marquesa madre, que profesaba á aquella familia aristocrática todo el afecto de que ella era capaz. A Luisa le halagaba el rodearse de aquellas flores primaverales, las presentaba en público á su lado, y sin hijas solteras, eran para ella una compañía en el carruaje y un pretexto más para que se acercasen los hombres y dar amenidad á sus tertulias, íntimas y selectas. Algunas veces traía jóvenes de otras capitales de provincias unidas con ellas por lazos de parentesco, y le era en extremo grato el verlas solicitadas en matrimonio, como ya había ocurrido más de una vez. La hermosura era el mejor título para obtener la preferencia de la marquesa, siempre que fuese unida á un carácter dócil, pues Luisa era en extremo dominante y las jóvenes representaban á su lado el papel de *demi-*

selles d'honneur cerca de una gran duquesa alemana. Inútil es decir que, como en la corte, en el «círculo» de la marquesa era cualidad, *sine qua non*, el brillo no empañado de la estirpe.

Cuando se reunían estas condiciones de nacimiento, juventud y hermosura en una persona que la casualidad ponía en el camino de la marquesa, escogía á la joven como favorita y la llevaba á todas partes. Entre todas las señoritas de clase elevada que se pusieron de largo el año anterior en Hispali, ninguna tan celebrada y bella como Filita.

Rubia, sin necesidad de apelar al agua oxigenada, sus cabellos avanzaban sobre su frente y llegaban á sombrear, por la exageración de la moda, sus cejas. Los ojos pardos, vivos y penetrantes, el cutis aún con el *velouté* de la adolescencia, los labios rojos y el sonrosado color de las mejillas la hacían parecerse á una muñeca de porcelana.

A todos los encantos que debía á la naturaleza, juntaba otros más, propios de su clase elevada. Como otras saben tocar el piano ó pintar á la acuarela, Filita sabía vestir, y para este arte supremo de la mujer, contaba, además de con su buen gusto innato, con el bolsillo de su padre, siempre pródigo para ella. Era un modelo de señoritas modernas, de esas que arrancan lágrimas de rabia á los ojos de las provincianas cuando las contemplan en teatros y paseos. Como hay profesionales en todas las artes, pudiera decirse que era una profesional de la elegancia, y lo mismo que se reconoce á un primer premio del Conservatorio desde que ejecuta los primeros compases, y se dispone el ánimo para el aplauso, Filita nada más que al

presentarse arrancaba murmullos de admiración. Las modas más extravagantes, los sombreros que en los escaparates parecían desafiar á quien se atreviera á usarlos, en el esbelto cuerpo de Filita, sobre sus rubios cabellos, resultaban esquisitas creaciones del buen gusto.

En vano las rivales clavaban sus ojos de Argos aguzados por la envidia, en la señorita de Hilares; ni un detalle ni el más pequeño descuido se prestaban á la crítica. Su *toilette* era siempre irreprochable. Su espléndido guarda-ropa encerraba vestidos de teatro, vestidos de mañana, vestidos de comida, vestidos de baile, deliciosos *tea-gowns* traídos de Londres, abrigos de piel de nutria, y una docena de sombreros para cada estación. La ingénita elegancia combinaba todo este arsenal de confecciones, armonizando desde el calzado hasta el guante. El más exigente, contemplando aquella figura modernista, no podía menos de exclamar: -- Imposible ir más allá! Sin embargo la vista se detenía en la superficie visible, y sólo las amigas íntimas conocían las camisas adornadas con ricos encajes *valenciennes*, los corsés de raso, las faldas de seda de todos colores que completaban el atavío de Filita.

La operación de vestirse, aun para visitas ó paseo, era larga y exigía mucha tiempo y atención, pero una vez terminada, quedaba la figura tan concluída como un retrato de Madrazo. Las tenacillas volvían á ondular los cabellos cada vez que la joven variaba de peinado, y como saliese á la calle, era por lo menos dos veces. Cómo admitir que los bucles arreglados con arte para el sombrero pudiesen servir para un peinado de comida? Si por casua-

lidad tenía que asistir á un baile ó al teatro, Filita renunciaba al paseo de la tarde, porque le faltaba tiempo material para llevar á cabo sus dos *toilettes*, además de la que se hacía por la mañana.

Junto con el placer, natural en sus pocos años, de mirarse al espejo, y contemplar su figura embellecida con todos los encantos del lujo, había una especie de fetichismo en su religión de la moda. Habituada á las cosas ricas, respirando aquella atmósfera de opulencia desde niña, en plena posesión de su arte, una falta de indumentaria lastimaba su vista, como una falta de perspectiva los ojos del pintor, ó una desafinación el oído del músico. Era ya estó en ella una segunda naturaleza, pero el sentimiento de esta ciencia que tan á fondo poseía, el concepto de su superioridad social, lejos de hacerla soberbia y desdeñosa para sus amigas menos favorecidas por la suerte, la hacía por el contrario amable é indulgente.

Se contaba de ella, que sus amigas podían enviar á buscar á su casa sus magníficos vestidos traídos de París, ó sus sombreros, que costaban cientos de francos, para copiarlos, sin que la joven opusiera á ello la menor objeción. Pero esto era con sus amigas, pues una vez que en la tienda le copiaron en otro color uno de sus modelos, encargado expresamente para ella, para otra señorita á quien ella no consideraba de su mismo rango social, «para una cursi», guardó el costoso artefacto en su caja y no volvió á usarle jamás.

Era natural que tanta belleza, tanta distinción y la fortuna paterna, atrajesen sobre Filita una nube de pretendientes. Sin embargo muchos, atraídos por sus encantos, se retraían por su fama de

frívola. Reconocían su mérito indiscutible, pero añadiendo:—Deliciosa! hechicera, pero es mujer para un millonario. Además, Filita no les hacía caso. En su juvenil aturdimiento, todo hombre que tuviese más de treinta años le parecía un viejo, y prefería los muy jóvenes, las mariposas que revoloteaban á su alrededor.

En el fondo no había más que una infantil coquetería, un afán de jugar á los novios como se juega á las muñecas, por distraerse, por matar el tiempo, que no bastaban á ocupar los cuidados de la *toilette*, ni las diversiones que en Hispalis, pasada la temporada de primavera, eran muy escasas. Tuvo antes dos ó tres caprichos brevísimos, contrariados ambos por su madre. Entonces se hallaba frente á un sentimiento que á ella le parecía el amor, y era solo un capricho más grande. La oposición de la madre creció en proporción del interés de ella, el interés de ella, á la par de la resistencia encontrada, y sin motivo para llamarse desgraciada, sus contrariedades le parecían una gran desventura.

Después de la excursión en automóvil que se realizó el día y en la forma en que Luis Felipe lo había propuesto, Inés se había interesado mucho por la señorita de Hilaes. Al principio fueron sus atenciones para con ella deseo de mostrar al marqués que había olvidado sus estúpidos celos, luego afán de hacerle agradable su compañía, y como él parecía hallar un inocente placer en la charla de Filita, proporcionarle así ocasiones de distraerse, sin salir de la VILLA y alejarse de su lado.

No tardó el encanto verdadero que emanaba de Filita. el atractivo virginal de su alma ingénu,

en ganar el corazón de la marquesa. Le parecía una hija muy crecida ó una hermana menor, y que revivían en la figura y carácter alegre y espontáneo de la linda señorita de Hilares, los primeros años de su juventud. Nada ni en la conducta de Luis Felipe, ni en sus miradas cuando sus ojos se fijaban en Filita, podía hacer suponer que viese en ella otra cosa que una niña adorable, é Inés no tenía el más pequeño motivo de duda.

Filita había repetido su confidencia al marqués de la primera tarde que le conoció, hablándole de su amor por Alberto, y él se había reído sin parecer contrariado.

La señorita de Hilares trataba al marqués con la confianza y el afecto con que trataría á un hermano mayor, sin observarle, sin comprender su carácter, sin que su reserva retrajese las confidencias de sus labios juveniles, con aquel aturdimiento con que hacía ella todas sus cosas. Le era muy simpático, pero aun quería más á Inés. Había olvidado por completo la mala impresión que le produjo al verla por primera vez, y ahora cuando hablaba de ella con sus amigas decía que la marquesa «tenía una figura ideal», que era imposible soñar nada más elegante ni más distinguido que Inés. Cuando se quedaba sola en el gabinete de laca verde, y aun muchas veces estando presente Luis Felipe, la señorita de Hilares se complacía en revisar el guarda-ropa de la marquesa en escogerle el vestido que debía ponerse aquella tarde, en lucir sus numerosos conocimientos en el arte de vestir. Las joyas sobre todo la encantaban, y ensayando algunas veces los collares de perlas y los broches de diamantes de la marquesa, hubiérase dicho la repro-

ducción de la escena inmortal del Fausto, sin música de Gounod.

Una noche entró Filita de improviso, y halló á la marquesa ya ataviada por su doncella, para ir al teatro. Sin poder contenerse, sabiendo que Inés se lo agradecería, exclamó:

—Me permite V?

Y sus dedos de hada aristocrática ahuecaron la cabeza, deshicieron el lazo, y prendieron con gracia incomparable la flor en el corpiño. Y luego, volviéndose á Luis Felipe, que aguardaba á pocos pasos, añadió:

—¿No está así mejor, mucho más linda?... Se viste muy de prisa, no da todo el valor que tiene al detalle y nunca una doncella puede arreglarnos también como nosotras mismas. Yo conozco mi cara perfectamente por lo mucho que me miro al espejo, y por eso sé mejor que nadie cuando un peinado ó un adorno me favorecen.

Aquella noche era el debut de la Barrientos con «Sonnámbula», y sabiendo que estaban vendidas de antemano todas las localidades principales, se empeñó Filita con Inés, para que luciera su corona de perlas. Ella misma la volvió á peinar, con auxilio de una docena de bucles postizos, y resultó la cabeza una verdadera obra de arte. La doncella Kitty estaba estupefacta al ver la destreza de aquellos deditos, y ella se reía como una loca.

—Pero qué bien está usted. Esa *toilette*, ese peinado, las perlas resultan ideales. No habrá nadie esta noche en el teatro, es seguro, que pueda compararse con usted. No dice usted nada, marqués?

—Está muy bien.

—Está encantadora, ya lo vé usted, y lo sabe

aunque no lo dice. A ver! vuelva V. la cabeza, Inés, así... no así, la corona no acaba de resultarme bien colocada.

La quitó de los cabellos de Inés, volvió á ponerla, pareció vacilar, y al fin dijo:

—Póngasela usted marqués.

Luis Felipe sonrió.

—Yo? pero Filita, qué entiendo yo de eso?

—Y es natural que esté yo trabajando y usted cruzado de brazos? Usted la ha hecho marquesa, á usted le toca ponerle la corona. Obedézcame

La infantil exigencia de Filita, el tono de autoridad cómica en que se había expresado, hicieron mucha gracia al joven. Se quitó el guante que tenía puesto, y sonriendo se inclinó sobre Inés con la alhaja en la mano.

—La obedeceré.

Sus dedos rozaron la frente de Inés, que se estremeció al contacto y elevó la vista para clavarla en el rostro de su marido, pareciéndole que en aquel momento brillaba en sus ojos una mirada serena. Filita, terminada la operación, afianzó entre los bucles la corona con diversas horquillas, para evitar que un movimiento pudiera cambiar su posición.

—Qué criatura tan mona y tan simpática eres! exclamó Inés besando con transporte á la joven.

Era un modo de darle gracias por la atención de su marido que había colmado su alma de dulce placer.

—Ahora, dijo Filita, poniéndose encarnada, quisiera pedir á ustedes un favor antes de salir para el teatro. Pero si van á enfadarse, renunciaré á él.

—Concedido! dijo Inés alegremente. Sepamos lo que deseas

—Usted, sí... es tan buena, pero...

—Y yo? no soy bueno yo? preguntó el marqués aproximándose.

—Claro que sí, pero ella es más buena todavía.

—Ahora mismo voy á convencerla de que soy tan bueno como Inés. Concedido, y eso que no sé lo que usted va á pedir.

—Pues vamos allá. No me mire usted. Yo hablo con Inés, y usted se limita á escuchar. Mi novio Alberto, pues el joven oficial de artillería á quien ustedes conocen por verle detrás de mí en paseos, desea que me lo presenten, para poder acercarse á mí en público y no halla ocasión, mejor dicho, como saben que mamá se opone, ninguno se atreve á presentármelo. El es de muy buena familia... muy guapo .. ó á mi me lo parece.. me quiere mucho...

—Y tú á él, interrumpió Inés.

—Y yo á él, no lo negaré tampoco. Pero no tiene dinero, y para mamá cuando un pretendiente no tiene dinero, es como si fuese un judío.

—Bien, y que quiere usted que yo haga? . . porque en el fondo soy casi, casi, de la opinión de su mamá.

—Eso que usted acaba de decir, yo no quiero oirlo, porque reñiríamos. Hemos formado el plan de que González, que es amigo de mi novio y de usted, le presente á Alberto esta noche en el teatro, él entra á saludarnos en el palco, y usted me lo presenta á mí. Comprende? Así, cuando mamá vea que se me acerca en público y me pregunte:—Quién te lo ha presentado? yo le contestaré con naturalidad:—El marqués, y como gustarle .. ya sé yo que no le gusta, pero no se atre-

verá á hacer la menor objeción. En mi casa se les respeta á ustedes mucho.

Inés temió que su marido fuera á oponerse á aquella pequeña comedia, y sentía en el alma contrariar á Filita, pero se equivocó. ¿Qué le importaba al marqués la señora de Hilares?

—No está mal pensado, aunque abusa usted un poco de mi crédito cerca de su mamá. Ahora, permítame una pregunta. Ha dado usted al capitán Alberto mi aceptación por anticipado?

—No me atreví á tanto. Con la de Inés me parecía que podía contar, pero con respecto á la de usted tenía mis dudas.

—Y como va usted á comunicarle que puede serme presentado en esta noche?

—De esta manera.

Filita sacó una cinta de raso azul del estuche en que llevaba los gemelos de teatro, el pañuelo, y el espejito.

—Vé usted? no llevo ahora nada en la garganta, pues esto significaría para Alberto:—El marqués se ha negado. Me pongo esta cinta, del color de mi vestido, y es nuestra seña convenida:—El marqués acepta la presentación.

—Muy bien, es muy ingenioso. Parece V. una damita de la sociedad de París. Tiene V. astucia en su inocencia.

—Alberto propuso este medio de comunicación.

—Ah!

En el primer entreacto, después de la llegada de los marqueses al teatro, el oficial buscaba á González y éste representaba el papel de introductor del joven cerca de Luis Felipe. Esto bastó Alberto para proseguir ejecutando el plan combinado

de antemano, y presentarse en el palco, donde el marqués con una ligera sonrisa le presentaba á su vez á su esposa y á Filita. Contreras le pareció indiferente, pero había prometido á la joven complacerla y no le causaba la menor violencia el satisfacer su capricho.

A Inés le agradó mucho el joven artillero, quizás más que nada porque su espíritu estaba preparado aquella noche para que las impresiones resultasen todas gratas. Alberto, alto, esbelto, distinguido, llevando un *smoking* de corte irroprochable, justificaba por su aspecto exterior la preferencia de la bella Filita. Su rostro juvenil y lleno de arrogancia, ostentaba un bigote castaño, con las puntas levantadas, á lo Kaiser, bajo el cual se destacaban mejor los rojos labios y la blanquísima dentadura. Su conversación era viva y alegre como el chocar de copas de champagne en un brindis, y tenía mucho de la irreflexión y aturdimiento de la de Filita. Ellos se reían por cualquier cosa por el simple placer de reírse, y si la señorita de Hilares no se paraba á pensar cómo viviría con un marido que no tuviese fortuna propia, tampoco Alberto se detenía á reflexionar cómo podría con su sueldo mantener una esposa que necesitaba al año tantos miles de pesetas para su *toilette*.

Filita, levantado el telón, miraba más hacia la butaca de Alberto que hacia la escena, y el artillero, como en un éxtasis, tenía clavado los ojos en el palco. Ninguno de los dos prestaba atención á las desventuras de «Amina» ni á los gorgeos con que justificaba la Barrientos la fama de que venía precedida. Para Filita, cuando iba al teatro, lo que menos le importaba era la función

La marquesa los contemplaba con interés, encontrando delicioso aquel idilio juvenil, aquel perfume de primavera que emanaba de la pura pasión de los dos jóvenes. Su alma, que desde su matrimonio se había abierto á todas las emociones dulces, se identificaba con ellos, y hubiese querido poder allanar los obstáculos y verlos dichosos.

Ocupando una de las principales localidades del teatro, deslumbrante de joyas, con la cabeza ceñida por su corona, se sentía casi feliz Luis Felipe estaba á su lado, tranquilo, sonriente, y la certidumbre de que era «suyo» de que nadie podía quitársele, daba á los ojos de la marquesa un dulce brillo. Gozaba con todo aquel lujo, con aquel esplendor, realizando sus sueños de soltera, y sintiendo los ojos de las mujeres, aun más que los de los hombres fijos en ella. Se había impuesto á la alta sociedad de Hispalis, y su elegancia indiscutible, su distinción y la amabilidad de su carácter, acabaron por borrar el mal efecto que produjo la primera vez que la vieron.

Contrastando con el aspecto imponente de su madre política, y con la reserva de su marido, la amabilidad de Inés, la cariñosa acogida que hacía á los recién presentados como á los antiguos amigos de la marquesa madre, la sonrisa estereotipada sobre sus labios, contribuyeron á captarle muchas simpatías. Cualquiera frase insignificante, dicha con su voz musical, tenía un valor distinto de las que pronunciaba Luisa, que aunque era atenta y deferente hacia sentir siempre á los otros el peso de su superioridad social.

Al rededor de ella se había formado ya en Hispalis un pequeño círculo de casadas jóvenes, y

aun de hombres que hallaban en extremo agradable su conversación. El objeto principal que perseguía Inés, prodigando las pruebas de su afecto á personas que un mes antes le eran desconocidas, consistía en hacerle agradable al marqués la estancia en la VILLA, y tenerle distraído sin que echase de menos las diversiones múltiples de París. Ella había llegado á comprender, á fuerza de estudiarle, algunos puntos del carácter complejo de su marido y trataba de halagar sus hábitos de lujo, proporcionándole el placer de rodearse de personas que compartiendo sus gustos, duplicasen así para él la sensación del goce. Luis Felipe conservaba para todos la misma reserva, rechazaba las adulaciones, era demasiado soberbio para ser vanidoso, pero estaba habituado desde niño á aspirar el incienso, y éste le era grato.

Inés tenía otro interés más poderoso, que le hacía anhelar con ansia la prolongación de su estancia en la VILLA. En primer lugar, exceptuando la escena dolorosa del mes anterior, no había tenido ocasión de derramar lágrimas, algo más acostumbrada ya á la frialdad de su marido, y más cauta también en provocar demostraciones que poniéndola de relieve la lastimaban. Luego, le parecía que en París tenía muchas más ocasiones de distraerse, y sobre todo de volver á encontrar antiguas amigas, y por lo tanto de cumplir las terribles palabras que le había dicho en forma de hipótesis, pero que no dejaron lugar á duda. Inés podía conformarse con la indiferencia, pero ¿cómo aceptar, ella que tanto le amaba, la idea de una rival triunfante?

Todos estos pensamientos cruzaban por su mente aquella noche, sintiéndose feliz al verle dis-

traído con la música, género de espectáculo que prefería, por instinto atávico, pues su padre fué un notable aficionado. El marqués parecía en efecto gozar oyendo aquellas inspiradas melodías, aplaudió con entusiasmo las fermatas y picados del popular *Rondeau*, y al despedirse de Filita, le dijo sonriendo:

—Hemos pasado todos una noche deliciosa, no es verdad?



EL IDEAL DE UN ARISTÓCRATA

LA señora de Hilares no se atrevió ni por un momento á esteriorizar su disgusto por que el marqués hubiese consentido en presentar á su hija al capitán Contreras. Aquella falta debía caer toda sobre la ligereza de Filita y el aturdimiento de su novio, que lograron comprometer á un hombre tan mesurado en todos sus actos como Luis Felipe, á aquel acto de incorrección. González sería el culpable ó Alberto ó Filita, pero el marqués no lo era. La señora quería que hubiese un culpable, pero hallando que éste estaba muy alto, descargaba su indignación sobre los menos poderosos, como sucede frecuentemente. Manifestar el más pequeño desagrado contra el marqués era no sólo ofenderle, y privar á su hija de muchas diversiones á las que ella por el carácter retraído de su marido á quien absorbía la fiebre de los negocios, no podía llevar, sino cerrarse las puertas de la VILLA, pues Luisa consideraría como una ofensa personal la menor censura de la conducta de su hijo. Retirarse de la

VILLA equivalía á prescindir del círculo aristocrático, á renunciar á la eventualidad de que su hija cansada del amor del artillero, hiciese la conquista de alguno de los caballeros ricos que frecuentaban la tertulia, y se casara con uno de los opulentos visitantes de la casa, como muchas otras jóvenes lo habían efectuado. Por lo tanto, se limitó á hacer sus observaciones á su hija, y á retraerse personalmente de asistir á algunas fiestas, para manifestar sólo á Alberto su contrariedad.

Inés parecía no poder vivir ya sin la compañía de Filita, sintiéndose cada vez más atraída por ella. La risa de la joven, su gracioso modo de poner las cosas en ridículo, sin llegar nunca á la mordacidad, eran contagiosas, é Inés, desde que salió de Roma no había pasado ratos tan distraídos como los que le proporcionaba la conversación de Filita. Muchas veces, paseando juntas por el jardín de la VILLA, cogidas del brazo, llegaban hasta el gabinete de la marquesa madre el eco de sus risueños diálogos, las carcajadas argentinas de la señorita de Hilares.

Podía decirse, que con excepción de dormir, Filita vivía en la VILLA, pues la mayor parte de las tardes comía y pasaba allí la velada. El marqués no asistía á estas expansiones, pues cuando él se quedaba á almorzar fuera con algunos amigos, lo avisaba con anticipación, é Inés mandaba el carruaje á las diez de la mañana á buscar á Filita, para que pasase el día entero á su lado. Entonces era cuando corría Filita como una chiquilla por entre las avenidas umbrosas del jardín, recogiendo la falda, y luciendo los pies primosamente calzados con zapatos de altos tacones.

La conducta del marqués para con su esposa continuaba siendo exactamente la misma que observó desde los primeros días de su matrimonio. Estaba exenta de ternura, pero le guardaba todas las deferencias que él consideraba que merecía la mujer que llevaba su nombre. Inés no veía nada que pudiese motivar sus celos, y aparte del dolor latente que le producía la triste certidumbre de que su marido no la amaba, no tenía por entonces razón para derramar lágrimas.

Quería engañarse con sofismas, diciéndose que era ella con su afán de observarle, la que se envenenaba lentamente, sin que en realidad hubiese motivo para formular una queja razonable contra su marido. El marqués no pasó nunca la noche con ningún pretexto fuera de la VILLA, como tampoco lo había hecho en París ni en ninguno de los puntos del extranjero en que se habían detenido, durante su viaje de novios. Inés no había interrogado jamás á la servidumbre, pero Ketty, que no tenía las mismas consideraciones que guardar, sabía por el *aide de chambre* de Luis Felipe que éste, aun en París, haciendo vida de soltero, se retiraba relativamente temprano. Sus aventuras amorosas, cuando las tuvo, fueron siempre envueltas en el secreto, y el marqués, que tenía todas las condiciones para ser un hombre de buenas fortunas en amor, gozaba sin embargo en sociedad de una reputación intachable. Se comprendía desde luego que el joven no hacía vida de cartujo, pero ni nombres propios, ni hechos concretos eran conocidos.

A pesar de esta calma aparente, había momentos en que el alma de Inés parecía que iba á desgarrarse. Para satisfacer una pasión como la suya

era muy poco lo que le daban, y tener que sufrir en silencio, sin dar un paso para cambiar aquella situación, constituía para ella un verdadero suplicio. Muchos domingos, viendo pasar parejas de artesanos, cogidos del brazo, con el abandono de los enamorados, subían las lágrimas á sus ojos. Ellos iban á pasar un día de campo, á comer sobre la hierba sus modestos manjares, á solazarse en la intimidad, disfrutando alegremente de aquel día de descanso. Con cuanta envidia les seguían sus ojos!

A ella la ahogaba la etiqueta. Sus excursiones campestres tenían siempre testigos, su marido se aburría á su lado y era preciso buscar el medio de emplear el tiempo, rodearse de personas extrañas, y vivir siempre en público, escogiendo las frases y estereotipando la sonrisa en los labios. Con cuanto placer se hubiese pasado ella, en su gabinete ó en el jardín las largas horas á solas con su marido, oyéndole hablar del pasado y del presente, pero viviendo con él, sintiendo sus corazones latir al unísono! Unos momentos de verdadera intimidad hubiesen fundido el hielo que los separaba, hubiesen realizado la fusión de las almas.

Las carreras de caballos podían considerarse como el más animado de los festejos de primavera en Hispalis. Aquella diversión, aun resultando una ridícula parodia al ser comparada con las fiestas de este género de París, era la predilecta del marqués. Las dos primeras tardes hubo bastante gente, asistiendo no sólo los que residían en la ciudad, sino familias de las poblaciones próximas. Los hoteles estaban en aquella época atestados de forasteros y eso que los precios eran exorbitantes.

La última tarde era siempre la más concurrida, y se hablaba mucho de apuestas, que empezaban á cruzarse desde medio día en las tertulias de los Casinos, pues los caballos eran de antemano conocidos

El marqués se vistió para la fiesta como en Londres; pantalón gris, y levita del mismo color, hasta un poco más abajo de las rodillas, con el talle muy corto. El sombrero y los guantes eran también grises, y esta *toilette* hizo sensación entre la juventud masculina de Hispalis. Algún envidioso se permitió decir, que como el marqués iba guiando su *mail-coach*, se había vestido intencionadamente de cochero, pero los más, se decidieron á imitarle en la primera oportunidad.

Julio César también llevó una *toilette* juvenil *ad-hoc*, combinando con la camisa blanca estampada de herraduras rojas, la corbata y los calcetines del mismo color y dibujo. Tenía hasta 6 juegos distintos y cada tarde llevaba uno diferente. Su cartera iba repleta de billetes de Banco, y estaba dispuesto á jugar como un loco, tomando parte en todas las apuestas. Con él se reunían media docena de muchachos de la *élite* elegante. Las jóvenes deseaban que se les acercasen pues era muy *chic* el ser obsequiadas por ellos en público, pero les temían mucho después del descanso. Ellos iban de palco en palco tomando copas de champagne, y se ponían al poco tiempo tan pesados é inconvenientes que era un verdadero compromiso. En otro carruaje iban los ingenieros misteriosos, el chino y el dalmata, y también como tiraban el dinero á manos llenas, tenían su séquito de acompañantes, de esas figuras de segunda fila, que rodean á todo el que gasta sin contar.

La tarde era espléndida y desde muy temprano comenzaron á llegar los carruajes al hipódromo. El camino desde la ciudad tenía unos dos kilómetros de extensión, y por él se veía á los dos lados, arboles, y de trecho en trecho la cinta ondulante del río.

De la VILLA, salieron aquella tarde retrasados, pues además de esperar por la señorita de Pedroso, una madrileña que paraba en el mejor hotel de la ciudad, con su madre y hermanos, y que vino desde Madrid recomendada á la marquesa Luisa, ésta, que pensó asistir, se sintió repentinamente indispuesta, y después de algunas vacilaciones, se quedó en la VILLA, acompañándola la condesa viuda de Infantes, que aunque asistió al almuerzo, no pensó nunca en ir á las carreras.

Las *toilettes* de Inés, de Filita y de María Pedroso rivalizaban en elegancia, y además de las damas ocuparon el *mail-coach*, Pedroso, Castillo, y Enrique el amigo antiguo del marqués, que pasaba todos los años el mes de Abril en Hispalis. Colocáronse todos comodamente, y el marqués empuñó las riendas. Los caballos eran cuatro magníficos alazanes, que piafaban briosos, pero que al sentir la mano fuerte del marqués se calmaron. Luis Felipe había preferido para aquella tarde el carruaje al automóvil, pareciéndole que cada vehículo tenía un objeto distinto. Además, él sabía manejar con la destreza de un profesional, no le halagaba guiar una *charrette* como un jovenzuelo y las carreras le presentaron una oportunidad de lucirse en público con los cuatro alazanes de su casa. Inés y Filita le habían animado también á hacerlo así, pues en el *mail-coach* había plaza para más personas, y la alegría sería mayor.

Filita estaba radiante, pues las carreras eran también su fiesta predilecta, y no yendo su madre y con la autorización de los marqueses, contaba con que Alberto pasaría un rato en el palco de ellos. Aquellas relaciones contrariadas, la necesidad de aprovechar las ocasiones para hablarse, el escribirse con sobre al ama antigua que llevaba en el delantal las cartas esperando la oportunidad de que la niña estuviese sola para entregarlas, aumentaban el amor de Filita. Desde que los marqueses por complacerla, habían aceptado á Alberto, las fiestas tenían para la joven, doble atractivo; el suyo natural de las diversiones, y la dulzura que les prestaba la presencia de su novio.

Los caballos volaban sobre el camino, habituados á que Luis Felipe les llevase siempre con mucha rapidez, y con el ruido era forzoso hablar alto en el carruaje para poder entenderse. Por encima de las voces de Inés y de la de Pedroso, sobresalía la voz aguda de Filita, y eran de oír sus exclamaciones de alegría, cuando al cruzarse con los otros coches en el camino les iban dejando atrás. Apenas se distinguía uno á lo lejos, gritaba Filita:

—Marqués! más deprisa . . á ver si le alcanzamos!

—Esto parece una carrera en automóvil, indicó la señorita de Pedroso. Es usted muy nerviosa, y escita al marqués, que va ya al galope.

—Más, más! gritó Filita sin oírla.

Al cruzarse con los otros carruajes, si por casualidad iban ocupados por jóvenes de la *élite* se oían gritos y alegres exclamaciones.

—Adios, Filita!

- Adios, Alejandro, adios Alfredo!
- Hasta luego!
- Hasta luego!

La animación en el hipódromo era extraordinaria. Cuando llegaron estaban ocupados la mayoría de los palcos. El tono vivo de los trajes de la señoras y señoritas, los enormes sombreros recargados de plumas y alas de pájaros, y aun algunos de estos completos y disecados, producían un conjunto brillantísimo. Era una sinfonía de color, sobre la nota dominante de un cielo azul turquesa iluminado por el sol del Mediodía.

Los hombres se habían reunido en grupos, y con los programas en la mano, concertaban las apuestas y se ponían de acuerdo para las *poules*. Julio César abría y cerraba su cartera, anotaba en tarjetas, y aun antes de empezar el espectáculo, parecía haber tomado en el hotel muchas copas para animarse. Por todas partes se reía y se hablaba en alta voz y hubiérase dicho que allí no había más que seres felices.

En el palco de los marqueses reinaba también la alegría. Entre bromas de Castillo y carcajadas de Filita, Enrique se había permitido decir que le gustaban más los toros, y por último se batía en retirada, confesando que si las señoras se decidiesen á llevar mantilla blanca al hipódromo, resultaría la fiesta, completamente agradable.

El marqués después de dejarles instalados y disponer el sitio en que colocó el lacayo la magnífica cesta con el *lunch*, bajó al *Stand*, mezclándose con los grupos de hombres. Su alta estatura, además de la larga levita gris, le hacían sin embargo fácilmente distinguible, y su mujer como de cos-

tumbre, aun prestando atención al diálogo que sostenían las otras personas no le perdía de vista.

Aquella tarde estaba Luis Felipe más animado que habitualmente. El violento paseo en carruaje había sacudido un poco sus nervios de acero, el contagio de la alegría de los otros influía también sobre su temperamento y hacia brillar sus ojos. A la natural excitación de la fiesta, para él como *sportman* una de las más agradables, se unía la circunstancia de que corría uno de sus caballos, *White Star*, montado por el mismo *jockey* inglés que había servido á su primer propietario en el *Devonshire*. (1) El *jockey* le dirigía como un profesor á su alumno, hablaba de él como de una persona, diciendo con el mayor aplomo y seriedad, *White Star*, y yo, ganamos tal carrera.

El caballo había costado una crecida suma, pero el marqués cuando deseaba alguna cosa, no se paraba en el precio, para obtenerla ya se tratase de un caballo de un objeto ó de una mujer. Por eso no concebía la vida sin mucho dinero, y acostumbrado á comprarlo todo se reía del amor y de la amistad.

Los caballos eran una de sus aficiones; le apasionaban escitando su temperamento de jugador, pues si no jugaba á las cartas era para no descender al nivel de todos, ya que en la mesa de juego del Casino más aristocrático se admite á todo hombre que lleve un frac y una cartera llena de billetes de Banco. El hubiese jugado sólo entre sus iguales, no exponiéndose á codearse, de igual á igual, con

(1) Condado de Inglaterra.

el *parvenu* y el *rastaquouère*. (1) Pero jugaba á la Bolsa, aventuraba miles de francos en las carreras de caballos, y todo con una impasibilidad verdaderamente estóica, sin que se alterase un músculo de su finosomía. Dirigía sus vicios, no se dejaba dominar por ellos, y como sus rentas eran muy grandes, gastaba siempre sin tocar al capital. Su administrador que veía á veces al marqués jugando vertiginosamente, sin atreverse á llamarle la atención, se admiraba de verle detenerse de pronto por propio impulso en el límite que se había marcado de antemano.

Toda la tarde anterior, la pasó en la cuadra, al lado del *jockey*, y en animado diálogo en inglés con él. Su mano aristocrática acariciaba el cuello de *White Star*, con más ternura que podía acariciar el cuello de una mujer hermosa, y no ocultaba el interés, que le inspiraba el animal. Nunca había corrido antes un caballo en España, y tenía verdadero interés en conseguir aquel premio. Habían venido competidores de otras ciudades, pues la cuadra del marqués era conocida en la provincia por referencias de los periódicos, y muchos aventuraban una cifra mayor de lo que pensaron al principio por tratarse de aquel caballo. Luis Felipe interesó fuertemente al *jockey* en las apuestas, bastante hábil para saber que este detalle descuidado, ha hecho muchas veces perder los premios.

Durante la primera parte estuvo Filita tan distraída que apenas reparó en Alberto, pendiente de

(1) Llámense así en París, á los extranjeros ricos generalmente americanos, cuyo origen se ignora así como la fuente de su fortuna. *Parvenus* son los hijos de la clase media enriquecida, que alternan por razón de su dinero con los nobles.

la voz del marqués, que á pocos pasos, fuera del palco, y en un grupo de hombres hacia sus apuestas. En el palco quedó Enrique además de Inés y la señorita de Pedroso, pues Castillo y el joven Pedroso apostaban también. El espejo, las palabras de los hombres y ella misma, al contemplarse, habían dicho á Filita que estaba lindísima con su *toilette* rosa pálido, y su enorme sombrero forma *cloche*. Pero más que todo se lo decía el despecho de la madrileña, que no pudiendo rivalizar en belleza con la señorita de Hilares, no podía tampoco eclipsarla en elegancia á pesar de traer puesto un vestido lujosísimo confeccionado en un taller de París. Las atenciones de los caballeros eran principalmente para Filita, sin que pudiese decirse que ninguno desairaba á María. El marqués se limitó á dirigirle dos veces la palabra, aunque tampoco se ocupó gran cosa de su mujer ni de la otra joven, absorbido en la fiebre de las apuestas. Filita llevaba en su bolsa de raso una fotografía de *White Star* que le había regalado Inés, y se contagió del vértigo de los jugadores que sentía á su alrededor. Con mucho gusto habría apostado dinero en favor de aquel caballo pero como esto no era costumbre en Hispalis, tuvo que limitarse á apuestas de objetos como abanicos, dulces y petacas, que concertó con los jóvenes elegantes.

A la hora del *lunch*, se presentó Alberto acompañado de un mozo que llevaba tres magníficos ramos de flores para las señoras y á la atenta invitación de la marquesa, quedóse á hacerles un rato de compañía. Apenas pudo cambiar una docena de palabras con Filita, tal era el número de jóvenes que

se acercaban al palco. La animación en todo el hipódromo era indescriptible. Se hablaba alto para entenderse, y no se oían más que las mismas palabras:—Quiere usted otro *sandwich*?—Otra copa de champagne!—Jerez?—. No me desaire usted! y el diapasón de las voces se iba poco á poco elevando sin que nadie se diese cuenta. A los pies de Inés, de Filita y de María Pedroso había una alfombra de flores, y en medio de la animación de aquella tarde, los ojos de la marquesa resplandecían. Revivían sus emociones de soltera, y, lo mismo que en el teatro, olvidaba momentáneamente la lúgubre tristeza de su vida.

Alberto imposibilitado de charlar con Filita, se había dedicado á Inés, en quien veía una protectora, y de la que su novia le hablaba constantemente como de un alma exquisita que comprendía muy bien su mútuo amor. Sus frases chispeantes, sus vivas observaciones, distraían á Inés, y cuando él quiso retirarse le detuvo aun.

Filita y María estaban completamente bloqueadas por los jóvenes, y en la alegría general, la señorita Pedroso desarrugó el entrecejo. Su conversación versó sobre Madrid, y las fiestas de esta índole, manifestando que no resultaban mejores que el espléndido efecto que producía aquella tarde el hipódromo de Hispalis.

—Inés, dijo Luis Felipe volviendo al palco acompañado de otro caballero, tengo el gusto de presentarte á uno de mis mejores amigos, Patrick Hartright á quien acabo de encontrar en este momento. No sabía que estuviese en Hispalis, y ha sido una sorpresa agradabilísima el hallarle aquí.

—La sorpresa ha sido para mí, y muy grata, marquesa, dijo el recién llegado. Sabía que Luis Filipe se había casado con la hija de nuestro embajador en Roma, pero como él no venía antes á España no pensé encontrarle en Hispalis.

Hartright era un hombre de unos cuarenta y cinco años, alto, grueso, fuerte, de cara ancha y bigote y pelo negros y ásperos. La ropa era de puro corte inglés, y llevaba en la corbata, en el dije del reloj y en los dedos magníficos brillantes. Se hizo la presentación á las señoritas, los jóvenes se retiraron un poco al presentarse el marqués, y en el diálogo se enteraron todos de que Hartright había llegado de C... hacia pocas horas acompañando á su hermana y á su cuñado Manuel Romero, que estaban haciendo un viaje de novios, de vuelta ya para su casa. Patrick venía de acompañante y pensaba regresar á los pocos días á C..., su residencia habitual.

— Qué placer he tenido en conocerla, marquesa! le dijo. Ya empezaba á temer que Luis Felipe siguiera mi pernicioso ejemplo, dejase pasar el tiempo apropiado para casarse y resultara á la postre un solterón empedernido como yo.

— Pero, tan viejo no es V., dijo Inés sonriendo.

— Por fuera regular, por dentro un centenario. Filita se echó á reír.

— Soy, continuó Hartright el tío Patrick, para mis sobrinos y sobrinillas, y todo ese manejo juvenil me parece tan ridículo para mí, como si me montase en un bastón y echase á correr por el *Stand*. Eso es para los muchachos y el amor para los jóvenes. Ahí cerca hemos tenido un joven, muy

guapo por cierto, que no ha mirado ni una vez á la pista.

Alberto se había retirado ya y no oyó la alusión, pero Filita á quien miraba Patrick en aquel momento, volvió á reirse. Estaba tan animada con el champagne, que empezó enseguida á charlar con el recién llegado, embromándole por su graciosa afirmación de ser un «centenario interior». El sostenía que ya para él había pasado el tiempo de enamorarse, que era un viejo, el único quizás de los que estaban allí que podía contemplar sin peligro sus encantos. Había mucho de *pose* en las frases de Hartright, pues siendo muy rico, le habían puesto frecuentemente sitio las solteras, y él se defendía de aquel modo para desanimarlas.

—Oye, Inés, dijo Luis Felipe á media voz, no dejes de recordarme que vayamos, cuando esto termine, á saludar á los hermanos de Patrick. Invítalos á comer para mañana en la VILLA, y después veremos que se determina, pues aquí no hay donde ir. Ni siquiera los alrededores valen la pena de una excursión en automóvil. Si estuviésemos en París! ...

Inés asintió en seguida á la proposición de su marido, aunque tenía formado un plan distinto para el día siguiente, y lo hizo sin decírselo, sin dar el menor valor á su condescendencia.

Las carreras habían llegado á su punto culminante y nadie apartaba los ojos de la pista. *White Star*, montado por su *jockey* inglés, acababa de partir y aunque era un animal bellissimo, conforme al ideal de un caballo de carreras, los rivales, uno sobre todo traído de Gibraltar, por su dueño, no eran despreciables. A los cinco minutos *White*

Star ocupaba el segundo lugar, y tanto Inés como Filita, que sabían el interés que el marqués tenía en el asunto, se asustaron. Luis Felipe continuaba impasible, y sólo un ligero parpadeo indicaba su emoción, pero no dejó de la mano los gemelos. Trascurrieron otros tres minutos, y el caballo no recobraba la distancia perdida.

—Llegará el segundo, dijo Filita en voz baja á la marquesa.

—Así me lo temo, y no sabes lo que me contraría. No es por el valor del dinero, pues Luis Felipe está acostumbrado á ganar y á perder sin que le importe, sino porque sabes el empeño que tenía en ese premio. Habrán cargado al caballo más de lo regular, y el *jockey*, él sabrá porqué, no ha protestado.

Como para dar un mentís á la afirmación de la marquesa, el caballo redobló en aquel instante su galope alcanzando la meta por más de medio cuerpo de ventaja sobre su competidor. Resonaron los aplausos, y muchos que sabían que aquel caballo era propiedad del marqués, subieron á felicitarle.

—Qué emoción! que emoción! decía Filita, y usted entre tanto, marqués, impasible. No comprendo como puede V. tener ese dominio sobre sus nervios. Es V. igual en todo?

—Quisiera serlo. El que no sabe dominar sus impresiones buenas ó malas, ¿cómo es posible que viva en el mundo? Ahí tiene V. una de las razones porque me fastidian los dramas. Pase por las obras de chaqueta, en que hombres de la clase baja pueden dejar subir hasta sus labios la expresión de

sus pasiones brutales, pero nosotros, los de la aristocracia...

—Claro! quiere V. hacer creer que cuando se nace en cuna dorada, y se tiene un blasón en el escudo de la puerta, ni se ama ni se odia, ni se rie, ni se llora!

—No, ya sé que todos tenemos las mismas pasiones, pero no concibo que se expresen en esa forma violenta, que el aristócrata de raza haga «una escena» por celos á su mujer, como otro cualquiera. No, en el hogar, en la vida íntima de los que no somos como todos, hay «matices», *passsez-moi le mot*, que no son perceptibles á los que respiran en otra atmósfera. «Nobleza obliga», es más que un proverbio, es casi un mandamiento del decálogo del honor.

- - También dices que te aburres en el teatro, añadió Inés, porque es una diversión impersonal.

— El simple papel de espectador no me seduce, y lo que ocurre en la escena si la obra es tendenciosa no me convence, si es pasional no me conmueve. De las obras de teatro sólo me agrada la música, que no hablando á mi imaginación sino á mis sentidos, me produce placer. Yo tengo mi vida propia, necesito la impresión física, mi emoción viene de adentro á afuera, la provocho, no la sufro. Hábleme usted de apuestas, de juego, de tiro de pichón, de viajes en automóvil, donde yo tenga la sensación personal, en que el peligro duplique el goce... Pero, basta ya de conferencia! otra copa de champagne para celebrar nuestro triunfo!

Estas palabras iluminaban con luz meridiana el abismo profundo del marqués, y aunque su esposa, como de costumbre, cuando él hablaba, no

perdía ni una sílaba de lo que él decía, no pudo sin embargo apreciar en toda su intensidad la relación que tenían con todos los actos públicos y privados de Luis Felipe. Eran «la clave» de su carácter, explicaban su absoluta reserva en sus aventuras amorosas, su desdén de las adulaciones, su soberbia indomable. El se había formado voluntariamente sobre un ideal de aristócrata, se había aplicado las modernas teorías alemanas sobre el *übermensch*, Superhombre en la doctrina nistzchiana y viéndose elevado por su nacimiento y su fortuna, muchos metros sobre el nivel común, aumentaba su altura social, (especie de pedestal que le legaron sus padres,) con la altura moral propia, presentándose á los ojos del mundo, con la severa, é impecable actitud de una estatua olímpica. Su temperamento no era frío, sus pasiones tenían quizás mayor intensidad que las de la mayoría de los hombres, que no siendo tan orgullosos y conscientemente egoístas, se rehusan á veces algunos placeres. Luis Felipe, no se rehusaba nada, sólo reconocía un Señor, Dios, y un código, el del Honor. Fuera de lo que este reprobaba, de lo que él podía considerar deshonoroso para un caballero, su capricho no reconocía leyes. Para con Dios, evitando el escándalo, y no siendo jamás cínico, ni en palabras ni en actos, le parecía cumplir fielmente sus deberes, aunque vulnerase muy á menudo, los preceptos del Decálogo, en dos de sus mandamientos. Era un hombre de pasiones, pero ni un vicioso, ni un libertino, pues el espíritu poderoso imperaba sobre la materia.

Su vigorosa fisiología, *vaso de arcilla* (empleando una expresión metafórica), podía contener el licor

fuerte de su alma. Su doctrina personal estaba tan lejos del ideal cristiano, como del epicureismo griego, admitía los vicios grandes, las pasiones impuras, pero quería que todo se cubriese con un tupido velo, que no era hipocresía, sino una nueva forma personalísima de la soberbia. Quizás temía también si soltaba la rienda á sus pasiones, ir demasiado lejos, y por eso, como el jinete, conservaba siempre la brida en la diestra para dirigir su caballo, y que no se le desbocase. El había hecho una aplicación interesada y altiva de aquellas sublimes palabras: «Quién de vosotros podrá convencerme de pecado?» y miraba de hito en hito al mundo, desafiándole á poner una tacha en su nombre ó á censurar cualquiera de sus actos conocidos. El marqués tenía sin embargo un punto débil, que Inés había adivinado, el temor al «que dirán» que le hacía algunas veces cambiar su línea de conducta. Esto provenía de su educación en la austera Inglaterra, donde tanto se cuidan las apariencias, y de su ideal como aristócrata, de que todo el mundo lo considerase incapaz de merecer una censura.

Había algo más que esto en la psicología del marqués, había aquel dolor de su adolescencia, al dejar el hogar de una madre idolatrada, con la intención de no volver jamás, una cristalización de los sentimientos de orgullo y de rebeldía, que cubrieron como una capa de hielo, sus otros sentimientos, y más que todo, aquella vida egoísta, y sin afecciones que llevaba hacia veinte años, y que llegó á constituir otra segunda personalidad en él.

Si en algún hombre pudiera decirse que la educación y el medio ambiente pueden formarle

distinto de lo que le hizo la naturaleza, este era el caso psico-fisiológico del marqués, que tenía un alma amante, y era duro, que soñaba con ideales y los despreciaba en alta voz, que nació débil y hoy dominaba todos los *sports* que requieren fuerza y destreza. La gimnasia había desarrollado sus fuerzas físicas, y su auto-educación interior, le había dado una segunda alma, más templada para las luchas de la vida! ...



¿QUIÉN ES ELLA?

CON objeto de obsequiar á sus amigos, y no hallando en Hispalis suficientes medios, el marqués organizó una excursión de tres días á la antigua capital moruna de Guadala, haciendo él todos los gastos de trenes y hoteles. Inés invitó también á Filita, accedió la señora de Hilares por tratarse de una ausencia de tres días, y Patrick, en unión de su hermana y su cuñado, aceptó agradecidísimo la invitación. Luis Felipe hacia siempre las cosas «á lo gran señor» y sin duda la *tournée* resultaría magnífica é interesante.

Después de descansar del viaje, se convino que al día siguiente se visitaría lo más notable que encerraba Guadala, y los ilustres huéspedes ocuparon todo el piso principal menos las dos habitaciones que ya tenían abonados otros señores.

Hartright fué el primero que á la mañana siguiente entró en la catedral. Venía del Hotel Inglés en el Paseo de Colón, y le acompañaba un *cicerone*. Su cuñado Manuel, su hermana, el mar-

qués, Inés y Filita, cuando terminasen las señoras de arreglarse, irían á reunirsele.

No habían pasado veinte minutos de la llegada de Patrick, cuando vió bajar de dos carruajes á sus amigos. Inés iba elegantemente vestida, con un traje azul oscuro, de levita muy larga que modelaba admirablemente su talle esbelto, y con sombrero del mismo color y largo velo flotante. Filita, en quien se fijó preferentemente Hartright, llevaba un traje de kaki, también de levita, más corta, sombrero de Panamá levantado por delante, y largo velo blanco que anudaba en gracioso lazo bajo la barba. Su rostro juvenil, su cutis nacarado, sus rubios cabellos, formaban un conjunto en extremo seductor. Patrick no pudo menos de decírselo, y ella le contestó riendo que así se justificaba mejor su tardanza.

El marqués antes de pasar adelante, sacó de su gran cartera de viaje de piel de Rusia, sujeta á la espalda y al pecho, con dobles correas, cruzadas á la inglesa, su caja de *clichés*, y se preparó para tomar una instantánea del patio de naranjos, vestíbulo descubierto de la famosa mezquita. Retrocedió algunos pasos para enfocar y escoger mejor el punto de vista, tomándolo desde un ángulo, mientras Romero y las señoras se adelantaban. El marqués tenía mucha práctica, su máquina era de las mejores, y como la llevaba siempre que hacía un «viaje de placer», la colección de fotografías que había obtenido, era notable entre sus amigos. Según su costumbre de «personalizar» siempre sus placeres, la contemplación de un monumento ó de un paisaje no le interesaba, si no podía tomar su voluntad parte directa en la imagen, si no la refería, como todo, á sí, á la emoción propia que era en él la

única intensa. Viajar sin la caja de *clichés*, era para Luis Felipe, lo que sería para un miope, el dejarse los espejuelos en casa.

—Me he traído este *cicerone* desde el hotel, decía Patrick, es un hombre que habla más que un orador del Congreso, y me ha contado ya muchas cosas, la mitad de las cuales, por lo menos, creo que son mentiras. Le he dicho que reservara su elocuencia para cuando llegasen ustedes, pero no me ha hecho caso. Sin duda ha conocido que soy un viajero rico, espera seguramente buena propina, y quiere ganar su dinero á conciencia. Vamos tras de él.

Inés sacó también una pequeña máquina de fotografía, con la que de soltera había tomado algunas vistas en Roma, y se preparó á seguirles. Concha miraba curiosamente los preparativos que hacía la joven para obtener su instantánea, y le confesó que siempre había creído que la fotografía era cosa propia de hombres.

El *cicerone* se les había adelantado con el marqués y don Manuel, y ya empezaba su larga retahíla de nombres y fechas. El aspecto de Luis Felipe, los lujosos trajes de las señoras confirmaron su opinión de que eran viajeros ricos que le recompesarían con espléndidez, y pensaba dejarlos completamente satisfechos.

El marqués andaba en silencio, sin volver la cabeza, sin prestar la menor atención á lo que oía, pero Romero ni pestañeaba siquiera. Con los ojos muy abiertos parecía querer tragarse las imágenes, y guardarlas avaramente en su retina. Sólo se lamentaba de no tener máquina fotográfica como el marqués, que guardaría con más exactitud las impresiones.

--No se preocupe V. por eso. Yo le remitiré una copia de cada una de las fotografías que obtenga hoy.

A los diez minutos de haber dicho estas palabras ya estaba Luis Felipe arrepentido con toda su alma de su oferta. Romero se detenía delante de todo aquello en que el guía le llamaba la atención (cada cuatro pasos) y rogaba inmediatamente al marqués que sacase una instantánea. El joven disimulaba su contrariedad por consideración á Patrick, pero Inés que la advirtió, acudió en su auxilio.

--Mire V. Romero, dijo aproximándose á éste, la fotografía es muy fácil. Aquí tiene V. mi máquina, y V. mismo puede sacar lo que le llame la atención. Luego se llevan á la fotografía junto con los *clichés* de Luis Felipe, para que los revelen y saquen las copias en papel. El mecanismo es muy fácil. Vé V.?... así... ahora así... oprima V. el disparador... así... luego toca V. este resorte, cambia V. el sitio del *cliché* y coloca otro.

--¿Cree V. que yo podré..? dijo don Manuel con todo el interés de un chiquillo á quien dan un juguete nuevo

Era un hombre de cuarenta años, sentencioso, que decía que viajaba por instruirse y era la primera vez que salía de C., ocupado siempre en la dirección de las faenas agrícolas, y que sólo por complacer á Concha y animado por Patrick se había decidido á abandonar por breve tiempo el negocio.

--Indudablemente, dijo Inés, respondiendo á su pregunta

Sabía muy bien que ninguna de las vistas sería aprovechable, que la máquina estaba expuesta á

sufrir un desperfecto en manos de Romero, pero había conseguido el objeto que se propuso de librar á Luis Felipe de aquel importuno que parecía molestarle, y estaba contenta. Cuando le vió alejarse varios pasos con el guía y la máquina en la mano, miró á su marido que no pudo menos de sonreír.

Hartright no se enteró del incidente. Concha, Filita y él se habían adelantado y contemplaban un grupo de turistas, dos hombres y dos mujeres, ellas muy angulosas y todos con espejuelos, hablando en inglés y llevando en las manos las Guías de Baedeker encuadernadas en tela roja. Cerca de ellos se hallaba un *cicerone*, empeñado en enseñarles la catedral, pero los ingleses no le hacían caso, limitándose á hacer movimientos negativos de cabeza, y extendiendo los brazos para indicarle que se retirase. Algunos fieles, mujeres en su mayoría, atravesaban la iglesia, buscando en el inmenso edificio el lugar donde se estuviese celebrando la santa misa. Iban todas de mantilla, tenían el tipo propio del país, y algunas llevaban los rosarios engarzados con medallas arrollados á la muñeca, y otras los libros de oraciones en la mano. De vez en cuando atravesaba un monaguillo, miraba un instante con indiferencia á los extranjeros, como el que tiene la costumbre de ver diariamente sus tipos exóticos, y si por casualidad llevaba un cepillo de los que se usan en las iglesias para recoger limosnas, le agitaba al pasar cerca de ellos. Los ingleses no le hacían caso, pero Hartright, deseando pasar por caritativo á los ojos de la señorita de Hilares, le echaba un puñado de monedas de cobre.

Todos se reunieron junto á los magníficos toros de jaspe rosa que soportan los púlpitos, y contemplaron el espléndido punto de vista que presentaba el altar Mayor, en la nave del Crucero, y el Coro. Habían penetrado hacia veinte minutos en la mezquita y aquella era la primera vez que les parecía hallarse en un templo católico. Las inmensas bóvedas, la sucesión de columnas y pilares en prolongada perperstiva, no evocaban la idea del *Templo*. Habitados á las catedrales góticas, que inspiran profundo recogimiento, la mezquita, aun dejándolos absortos por su grandeza, no hablaba á sus corazones el lenguaje de la oración. Ninguno de ellos sabía explicárselo, ninguno lo formuló en palabras, pero todos experimentaron idéntica impresión.

El marqués se dirigió al Coro, posó una mirada distraida sobre las maravillosas tallas que le avaloran, preparó la máquina y enfocó desde allí el altar Mayor.

—Sígame su excelencia, le dijo el *cicerone*, volviendo á buscarle, mientras los demás se dirigían á un punto próximo indicado de antemano.

Se detuvo delante de una columna y exclamó con énfasis:

—Esto es admirable! Hay jaspes de todos colores, y con el respeto debido á sus excelencias me permito repetirles que entre las mil ochocientas columnas que sostienen la mezquita no hay dos iguales. Esto lo llamó un poeta alemán (el *cicerone* aludía á Lord Byron cambiándole la nacionalidad) *un bosque de columnas*... Ahora, fíjense preferentemente en esta columna de jaspe verdi-negro. Aquí hay una pequeñísima cruz.

Las señoras se aproximaron y vieron en efecto la señal.

—Pues aquí, prosiguió el *cicerone*, cuenta la tradición piadosa que estuvo atado á una cadena un esclavo cristiano. Era en las grandes épocas del Califato, y la mezquita no se había aun terminado. El cristiano vivió treinta, años, y todos los días hacia la señal de la cruz arañando con las uñas la columna, hasta hacerse sangre. Vean sus excelencias, (y el *cicerone* encendió un fósforo), aun está perceptible la señal.

El marqués levantó la vista y la fijó en lo alto. Habían llamado su atención las inscripciones árabes que la supersticiosa piedad de nuestro antepasados cubrió con capas de cal, y que recientemente habían sido descubiertas. El guía que advirtió el objeto que contemplaban los ojos del joven, acudió inmediatamente á explicarle que eran inscripciones arábicas, y que encerraban innumerables bellezas.

—A ver, dijo don Manuel con su curiosidad insaciable, tradúzcame algo de lo que ahí dice. Debe V. saberlo de memoria.

El *cicerone*, cogido de improviso, se rascó la cabeza. El caballero grueso no cesaba de preguntar en toda la mañana. Cuanto mejor era el de la cartera de piel, que lo miraba todo, sin importarle ni nombres ni fechas!

—Sí señor .. ya se lo he dicho... son versículos del Korán, sentencias de sus santos libros.

—Sí, dijo el marqués, unas cosas muy profundas que no nos importan. Hay poca luz: no sé como resultarán estas fotografías.

—Vamos Manuel, no se preocupe, añadió Hartright al ver que su cuñado continuaba mirando

fijo á los caracteres arábigos, ahí dice:—Alah es grandel!... Alah es grandel!... Dios es Dios y Mahoma es su Profeta!...

Y miró á Filita para que esta le premiase con una sonrisa la frase que á él le pareció muy ingeniosa. Pero la joven no le miraba, pues había atraído su atención una mujer cuya elegante silueta contemplaba con su interés de «profesional». La extranjera no era uno de esos tipos grotescos que estamos habituados á ver visitando nuestros museos y catedrales. No se le veían las facciones, pues estaba lejos, pero el cuerpo era esbelto, la ropa admirablemente cortada, el sombrero de última moda. Su modo de andar, arrogantísimo, la hacía parecer aun más alta. Venía en dirección hacia ellos, y Filita tocó en el brazo á la marquesa para detenerse un momento y esperar á que les pasase por delante. Iba completamente sola, y llevaba en la mano los lentes, montados los cristales en una armadura de carey, acercándolos y retirándolos de sus ojos. Pocos momentos antes de llegar frente á ellos, pareció que le estorbaba el velo para ver mejor, y le alzó con un movimiento lleno de gracia, dejando ver plenamente su rostro. Era rubia, con ese rubio artificial con que se imita hoy químicamente el color de las antiguas damas de Venecia que retrató Tiziano en sus cuadros, y tenía los ojos grandes y negros. Al pasar frente á ellos sonrió, dejando ver una blanquísima dentadura, y alejándose lentamente del grupo formado por Hartright y sus amigos, se dirigió á la capilla del Mirahb.

-Ha reparado V. en la elegancia de su traje? dijo Filita. Color marrón, levita corta, chaleco blanco

abierto, con botoncitos dorados, y corbata estilo directorio. No sabía que este año se fuesen á llevar esas corbatas. Y el sombrero, Inés, no le agradó también? No me había dado cuenta de que el marrón pudiese sentar tan bien á las rubias, y la primera *toilette* que me encargue este año será de ese color. Y el calzado? se fijaron ustedes en que la punta de los zapatos es más ancha que la nuestra? Eso, sí, tacón Luis XV, como el mío.

—Hija mía, dijo Hartright estoy asombrado oyéndola. Ha pasado V. una revista de indumentaria que ni un comisario de semana. No hay como las mujeres para estos exámenes. El marqués, Manuel y yo no hemos visto sino que esa mujer es una buena moza!

—Yo no la he mirado. . replicó don Manuel.

—Eso se llama un marido modelo, añadió Inés sonriendo, se lo envidio á V.

—No me lo envidie marquesa, que me está dando un viaje fastidiosísimo. Ahora mismo no ha mirado á la extranjera por estar apuntando en su libro

—Desde luego, confirmó el labrador. El *cicerone* me estaba dando unos datos interesantísimos sobre el tiempo que duró la construcción de la mezquita, los materiales que aquí se utilizaron, el nombre de los arquitectos, y todo ello es muy difícil de retener en la memoria. Si no lo apunto es posible que se me olvide, y si se me olvida, de qué me aprovecha el viaje?... Dinero y tiempo perdido.

El marqués se había adelantado, y contemplaba en silencio la capilla de Mirahb. Sus ojos indiferentes á las bellezas artísticas parecían sin embargo absortos ante tantas maravillas. La enorme concha

toda de una pieza de mármol, que forma el techo, constituye por sí sola un ejemplar único. La mirada del joven se detenía en los caprichosos y múltiples dibujos de los azulejos policromos, adaptados con tal perfección que parecen pintados. Su reflejo metálico, que no ha podido imitar la industria moderna, atestiguaba su antigüedad, que nadie ha puesto nunca en duda

—La capilla del Mirahb, decía el *cicerone* con énfasis, es una de las maravillas de España y una de las maravillas artísticas del mundo. Sin embargo, no vienen á visitar nuestra mezquita, única en el mundo, tantos turistas como van á la Alhambra de Granada y al Alcázar de Sevilla

Filita no reparaba apenas en todo aquello, incapaz de fijar largo tiempo seguido la atención en una cosa, y ya miraba al techo ya las paredes, ya la espléndida perspectiva que presentaban los arcos de la mezquita prolongándose hasta perderse de vista. Sin embargo le impresionaba el recogimiento del marqués y su admiración le hacía más efecto que todas las frases del *cicerone*. Si el joven que había viajado tanto se pasmaba ante aquello, no había duda de que era una verdadera maravilla.

El guía insistió en referirles que la capilla estaba orientada hacia la Meca, que fué el Sancta Sanctorum de los Califas, y no se calló hasta que el marqués, cansado, propuso volver al hotel, dando antes una vuelta por la ciudad en carruaje para hacer ganas de almorzar.

Les habían preparado en el hotel el almuerzo, en una mesa aparte para los seis cubiertos. Se colocaron, sin preocuparse de los sitios, quedando Filita entre Hartright y Luis Felipe. Patrick pare-

cia muy animado, se reía por cualquier cosa, embromaba á la joven, y el marqués estuvo más silencioso que de costumbre, dejando á su amigo y á la señorita de Hilares que sostuviesen casi exclusivamente la conversación. Inés sabía que distinguía mucho á Hartright con su amistad, había advertido la predilección de éste, y suponía en su marido la intención de favorecer indirectamente las pretensiones de su amigo. No podía asegurarse que Patrick hubiese recibido *le coup de foudre* al conocer á la señorita de Hilares, pero saltaba á la vista que su conversación le era muy agradable y que buscaba las ocasiones de hablar con ella, celebrando sus graciosas ocurrencias.

Después del almuerzo, don Manuel salió con su mujer y el *cicerone* á ver otras cosas notables, y Hartright y Luis Felipe se fueron á dar un paseo á pie, y dejar de paso los *clichés* en la fotografía. La marquesa y Filita se quedaron en el salón, y mientras Inés se entretenía hojeando el último número del *Blanco y Negro*, que estaba sobre la mesa, escribía Filita las postales que Patrick le trajo con vistas de Guadala, para que según sus deseos las dirigiese á sus amigas.

Por la tarde les aguardaba en el paseo una sorpresa, que no fué para todos igualmente agradable. El capitán Contreras estaba allí y acudió á saludarles. Se había enterado por su novia de que la estancia en Guadala se prolongaría tres días, pues pensaban hacer la excursión á la Sierra y visitar las Ermitas y la Quinta del Poeta, y con permiso verbal de su jefe y treinta duros que ganó la víspera al tresillo, se presentó en la ciudad sin previo aviso. Llegó doce horas después de Filita,

no quiso ir, por respeto, al mismo hotel, y se fué á otro próximo, muy bueno también, ocupando una de las habitaciones del segundo piso. Quería instalarse con decoro y no ir á parar á una modesta casa de huéspedes, cuyas señas no pudiera dar á las señoras.

Cómo premiaron al joven por esta prueba de amor, espontáneamente ofrecida, los ojos de Filita! La marquesa le recibió muy bien, el matrimonio Romero con indiferencia, Hartright con alguna contrariedad, y Luis Felipe con sorpresa é interés. Veía iniciarse una rivalidad entre Alberto y Patrick, y como todas las luchas le distraían, admitió en buen hora aquel nuevo elemento que complicaba la situación. Dejándose llevar de su afición favorita, propuso aquella noche á Inés una apuesta en favor de Patrick, para el caso de que éste se declarase. La marquesa, sonriente, y un poco escandalizada, no aceptó, pero le admiró el no verle predispuesto contra el artillero. El marqués era completamente imparcial, por su manera peculiarísima de considerar las cosas, que si tenía mucho de egoísta, no dejaba de ser generosa. Aseguraba á Alberto la neutralidad, aun tratándose de un amigo antiguo, y su actitud correcta podía compararse con la que asumiría si acompañase á un amigo al terreno del honor.

A Hartright le parecía Alberto un pretendiente más ó menos audaz, pero no un novio admitido por la señorita de Hilares. Estaba muy lejos de creerse enamorado de ella, y sostenía diálogos sofisticos consigo mismo, para convencerse de que fué allí para acompañar á sus hermanos y tener el gusto de pasar algunos días al lado de Luis Felipe, á quien quiso siempre mucho y hacía años que no

veía. La presencia de Filita prestaba innegable atractivo al viaje, pero no era la causa determinante de él.

Alberto tenía además mucho tacto para dar á una mujer joven, como la marquesa, el papel de *Chaperon*. (1) Si Inés le recibía siempre con tanta amabilidad, debíase en gran parte á que la conversaci6n de Alberto la distraía. Hacía pocas horas que había llegado á Guadala, y les dijo en el paseo los nombres de las principales damas que pasaron en carruaje, habiéndose enterado casualmente por otro oficial que residía en la poblaci6n y vivía en el mismo hotel donde él paraba. Don Manuel estaba estupefacto, y hasta llegó á preguntarle si había apuntado los nombres en su cartera, como él los de los arquitectos de la catedral.

El carruaje en que iban los marqueses y Hartright se puso en movimiento, y le siguieron el matrimonio Romero y Filita, invitando á Alberto para que les hiciese una visita aquella misma tarde.

Alberto llegó al hotel, en la fecha marcada, después que los viajeros habían terminado de comer. Luis Felipe, Hartright y don Manuel estaban fuera, y las tres damas le recibieron en el salón. El diálogo era general y giraba sobre mil trivialidades, pero para Alberto y Filita bastaba estar juntos y mirarse, para sentirse felices. Concha narró su visita á la catedral, ponderando el entusiasmo de su marido por aquella maravilla.

—A propósito de la catedral, dijo Filita, asaltada por una idea súbita, no hemos vuelto á ver á

(1) Se dá este nombre en Francia, y generalmente en toda Europa, á las señoras de alguna edad, que acompañan en público á las señoritas jóvenes que tienen novios

la extranjera, que tanto nos llamó ayer la atención. Quizás se haya marchado.

—A cuál te refieres? á la rubia del vestido marrón con chaleco blanco y corbata directorio?

—Sí, y tendría curiosidad por saber quién es. Si estuviésemos en Hispalis sería muy fácil, pues tenemos allí muchos amigos y ella estará en un buen hotel.

—Rubia, alta, muy esbelta, tipo francés? preguntó el artillero. Me parece que es una dama que está en mi hotel, y come sola en una mesita en frente de mí. Si tienen ustedes interés, voy ahora mismo al hotel, que está á dos pasos, le pregunto al camarero quién es, veo en la tablilla el número de su cuarto y su nombre, y satisfacen ustedes su curiosidad.

—No se moleste V., Contreras.

—Es muy cerca de aquí. Las ventanas del salón dan también sobre el Paseo Colón.

Alberto se alejó rápidamente, y la marquesa admiró complacida aquella fina galantería que aprovechaba todas las ocasiones, las grandes y las pequeñas, para agradar á Filita. Este diálogo se sostenía inmediato al balcón, y la señorita de Hilares se asomó para seguir al joven con la vista hasta que entró en el hotel. En aquel momento pasaban Hartright y don Manuel, y al ver á Filita volvieron á subir.

—Y Luis Felipe? preguntó la marquesa.

—Estaba fumando otro cigarro, contestó Patrike, y no ha querido acompañarnos. Le dejamos en el café, pero vendrá más tarde.

A Inés no le extrañó, pues sabía que el joven no fumaba nunca delante de señoras, ni aun delante de ella, cuando estaban solos,

La ausencia de Alberto duraría poco más de quince minutos, y Filita, que aun estaba en el balcón, le saludó con la mano. El artillero había desempeñado su comisión con la celeridad y buen éxito de un oficial de órdenes, que ejecuta un servicio de descubierta.

—Tenían ustedes razón, dijo después de recibir las gracias de las tres señoras, pues Concha también sentía curiosidad, es francesa, se llama Mad de Lestang, y parece una gran dama. No me cabe duda de que es la misma, pues tiene puesta la *toilette* que ustedes me han descrito. Levita corta de color marrón con botoncitos dorados, y chaleco de casimir blanco y corbata estilo directorio. Está sola, pero la acompaña su doncella, que dicen que habla el español, aunque no correctamente. Su aspecto es el de una dama de calidad, y llegó hace dos días, pero, según me dijo el camarero, ha pedido ya la cuenta. Cuando yo entré en el Hotel, estaba sentada en el patio leyendo, y esto me facilitó las investigaciones, pues me bastó señalársela al camarero. Están ustedes satisfechas?

—Muchísimo, no es posible hacer más.

—Pues me falta lo mejor: el marqués la conoce.

—Cómo lo sabe V.? preguntó Inés con curiosidad.

—Cuando yo salí del comedor, después de hablar con el camarero, y enterarme de todo lo que he referido á Vds., encontré á Mad. de Lestang sentada en el sofá, y á su lado un caballero, que al principio no conocí por estar de espaldas á mí. Hizo un movimiento de cabeza y reconocí al marqués.

—Está V. seguro de que era Luis Felipe?

—Segurísimo, he pasado á pocos pasos de él, pero el marqués no me vió y no me decidí á salu-

darle. La conversación era en francés, y aunque no oí más que palabras sueltas, por el tono parecía ser como entre antiguos conocidos.

—Pues si el marqués la conoce, podría presentárnosla esta noche, dijo Filita, me ha gustado muchísimo esa mujer. Es muy *chic!* Si el marqués quisiera iríamos con él al hotel, pues á nosotros nos corresponde hacerlo por ser ella extranjera, y charlaríamos un rato.

—Pero Filita, lo toma V. con un entusiasmo, indicó Hartright.

—No tiene nada de particular, dijo Inés sonriendo, ella está acostumbrada á hacer siempre su gusto.

—Y cree V., indicó don Manuel, que el marqués se preste á la presentación? Eso trae siempre compromisos.

—Yo se lo diré, repitió Filita, y si lo toma á bien, iremos al hotel. Mad. de Lestang se mostrará muy complacida de conocernos, nos hablará como una mujer elegante de lo que se use ahora en París, y así nos informamos de las últimas novedades que se llevarán este verano en el Bois. Ya deben haber salido los modelos de los grandes *Ateliers*.

—Yo creo que V. se equivoca, dijo Concha volviéndose á Contreras, el marqués estaba ayer con nosotros en la mezquita, vió pasar á la francesa, y no la reconoció.

—Es posible que Luis Felipe se hubiese separado ya de nosotros cuando vimos á Mad. de Lestang, pues sacó varias fotografías en la mezquita . . . Sí, creo que estaba en la capilla de Mirahb, que es lo que más le ha llamado la atención.

Hablaron de otra cosa. Inés no dió la menor importancia al incidente, y se volvió hacia Concha, entablando con ella animado diálogo sobre modas y frivolidades. La hermana de Hartright tenía un carácter tímido, y cuando se hallaba entre aristócratas parecía algo desconcertada. En presencia del marqués, cuyos elogios como hombre de alta sociedad oía constantemente en boca de Patrick, y que le imponía por su cortés reserva, hablaba muy poco, pero la marquesa le encantaba. Su fortuna le tenía abierto en C.. el círculo de los nobles, pero ningún noble la trató nunca de igual á igual, ó á ella se le figuró así. Ellos mismos descendían de una buena familia irlandesa, cuyo miembro, Patrick Hartright, vino á España de capitán con las tropas inglesas de Lord Wellington, y se casó en C.. con una bella española.

La amistad de Inés, las atenciones que la prodigaba, constituyeron para Concha el mejor recuerdo de su viaje de novios, y de su excursión á Guadala.




VII

CRISIS DOLOROSA

SOBRE el blanco mantel se ostentaba una *corbeille* de flores, que contribuía á quitar á la mesa del Hotel su aspecto de vulgaridad. Luis Felipe, acostumbrado á vivir á lo gran señor, encargó desde el primer día que les pusiesen siempre flores en la mesa, y les sirvieran champagne en todas las comidas de la tarde. Le gustaba rodearse de lujo, no descuidaba ningún detalle, de esos que constituyen el fondo de la existencia diaria y hacen resaltar la figura, para que se viese constantemente en él «al marqués». Tenía una preocupación fija del público, y así como los militares no perdonan un detalle en el uniforme, la falta del guante y hasta muchos la forma y clase del calzado, él entendía que los aristócratas debían vivir conforme á su rango, imponiendo el respeto y la consideración por el lujo desplegado.

Para Filita, que también era una idólatra del lujo, que apreciaba como él la importancia del detalle, el marqués resultaba un tipo superior, el

ideal de un *Prince Charmant*, entrevisto sólo en los cuentos de Hadas. Aquella tarde, aguardándole para comer, hacia á Inés sus habituales observaciones sobre el buen gusto de su marido, tomando unos claveles de las flores que adornaban la mesa.

—No puede negarse que el marqués es muy *chic*, y que usted es la mujer más feliz del mundo, por haberse casado con él.

Inés no pudo menos de sonreír ante la categórica afirmación de Filita.

—Sí, continuó la joven, tiene V. todo lo que desea: alhajas, carruajes, automóvil, viajes al extranjero, y todo con un hombre como el marqués, que aun sin fortuna haría buen papel en cualquier parte. No siempre se reúnen todas las cosas, y aquí en Hispalis hay que optar entre chicos muy simpáticos sin una peseta, ó labradores que no saben hablar más que de toros y de riqueza agrícola. Van al campo, y cuando vuelven y hacen en el Casino el relato de las cosechas, como dice un médico conocido, «se les llena la boca de verde»

—Hay de todo, le interrumpió Inés riéndose.

--Sí, y hay muchachos como Julio César, que son ricos y agradables, pero tan alocados, que no es posible hacerles caso. Uno de ellos fué novio mío, y á los dos meses tronamos, y eso que era graciosísimo y me gustaba.

Con la movilidad de su carácter, Filita tocó otro punto del problema, mirándole bajo el prisma con que se le mostraba su madre. Los casamientos estaban muy malos, la vida moderna era carísima, las *toilettes*, para ser verdaderamente elegantes, costaban miles de francos, y las muchachas que tenían aspiraciones, no encontraban un marido que

les conviniese. Su vocecita aguda repetía como un fonógrafo las razones de su madre, y de pronto, á una observación de la marquesa volvió al tema favorito de sus conversaciones, á hablar de Alberto. Repitió que era un tipo acabado de hermosura varonil, y que le amaba con toda su alma. Las últimas frases sobre sus labios purpurinos, sonaron «á falso», no porque ella mintiese, sino porque eran reminiscencias de novelas leídas, y el alma de Filita no estaba preparada para las profundidades de la pasión. Sus sentimientos eran aun gérmenes no desarrollados y bajo sus *toilettes* de señorita continuaba siendo una niña grande. De aquí el que todo fuese para ella del color de rosa, y su misma frivolidad, el ocuparse de lo pequeño dándole enormes proporciones, había detenido el desarrollo de los órganos afectivos. Como hay naturalezas precoces, como la de Lord Byron, de quien se cuenta que amó á los ocho años á la encantadora niña Ana Duff, la naturaleza de Filita era una naturaleza en retardo, y quizás no alcanzase nunca su completa madurez.

Aquella tarde parecía verdaderamente inagotable en sus elogios de Alberto. Narraba uno tras de otro los rasgos del joven, las pruebas de amor que le daba, y era forzoso oyéndola convenir en que tenía razón. Qué más prueba que abandonarlo todo y salir para Guadala detrás de ella, con la esperanza de pasar algunas horas más á su lado? Si Alberto fuese rico como el marqués, si pudiera llevarla en automóvil, sería un marido «ideal» como el marqués, y entonces, naturalmente, sus padres no se opondrían. Pero Alberto si no era rico, pertenecía á una noble familia de Extremadura y alternaba con todo lo

mejor de Hispalis. Su ropa era irreprochable, sus corbatas, la última novedad en cada estación, y en todas partes quedaba el joven con mucho decoro gastando tanto como cualquiera. Esto lo afirmaba Filita, y era verdad.

El secreto de este milagro consistía en que Alberto no tenía vicios, y su familia le mandaba todo el dinero que podía, tratando de conseguir en el Ministerio de la Guerra, sin que el joven lo supiese, su traslado á otra guarnición, pues la estancia en Hispalis resultaba costosísima. Inés asentía á todo tranquila y sonriente, habituada á la charla de la joven, y pensando en otra cosa, pero sin que su rostro demostrase fastidio ni cansancio.

La llegada de Concha y su marido, que venían de tiendas, y la presencia del marqués y de Hartright, hizo variar el diálogo. Filita se reía con las bromas de Hartright, y como le miraba casi en *rôle* de papá, no tomaba en serio sus galanterías. Por su parte Patrick creía que le hablaba á menudo de Contreras para tirarle de la lengua, y no daba la menor importancia á las frases de la señorita de Hilares.

—Es un poco pesado el artillerito.

—A mi me gusta mucho.

—Pues á mi no.

—Es natural.

Concha y don Manuel no se habían enterado de las relaciones de los dos jóvenes, ni de la predilección de Patrick por la señorita de Hilares. Ella era muy superficial y no se ocupaba más que de Inés, y á Romero, entregado «á la fiebre de instruirse», como decía Alberto, todo se le volvía apuntar y apuntar. Con decir que se había pasado quince minutos contemplando los libros de la

biblioteca del Casino encerrados entre cristales! Para el rico labrador todo aquello era nuevo y gozaba inocentemente de aquel placer, reconociendo que su cuñado tenía razón en decir que en los viajes «se aprende deleitándose».

Después de la comida pasaron al salón, donde se les sirvió el café. Filita pidió té, porque había oído decir que era muy bueno para combatir la obesidad, y aunque ella era esbelta y flexible como un junco, aquella primavera había engrosado una cosa atroz, un kilo! y era forzoso precaverse contra el enemigo. Concha, que oyó la observación y era un poco gruesa, quiso también pedir té.

—No seas tonta, le dijo su marido á media voz, son monadas de estas niñas elegantes que se estilan ahora. Las mujeres buenas, como las reses, de muchas libras.

Por fortuna estas frases no las oyó Filita, y la marquesa fué bastante indulgente para perdonarlas. No era posible exigirle á aquel rico palurdo la distinción y el tacto que hacían de Luis Felipe un ejemplar perfecto de la clase elevada á que pertenecía. Pero también reconocía con tristeza que entre Concha y su marido reinaba una intimidad que les hacía completamente felices, y no la reserva que había entre el marqués y ella, y constituía su martirio.

—No le hemos dicho nada al marqués de la extranjera, dijo Filita de improviso.

—Tienes razón, dijo Inés, añadiendo con naturalidad: Cómo no nos has dicho, Luis Felipe, que conocías á Mad. de Lestang? no la has visto ayer mañana en la catedral?

Por grande que fuese el dominio que tenía el marqués sobre sí, experimentó una sorpresa violenta, tan desprevenido le cogió la pregunta de su mujer, y se desconcertó completamente. Las tenacillas que tenía en la mano para servirse el azúcar, cayeron sobre el platillo, y olvidó cerrar los ojos como hacía habitualmente para ocultar sus emociones. Sus pupilas grises, fulguraron como la hoja de una espada al herirla un rayo de sol

—Porqué dices que yo conozco á esa mujer?

Su voz tuvo un sonido metálico, extraño, y al hablar había levantado la cabeza con altivez y aire de reto. Todo en su actitud y en su mirada denotaba una cólera impetuosa, que sólo por un esfuerzo sobrehumano de su voluntad lograba dominar.

Inés se había puesto palidísima, y sintió un dolor en el corazón, como si hubiese recibido una herida. Para ella, que estaba tan habituada á observarle, la emoción de su marido, la alteración de su voz, el brillo de sus ojos, «todo» le probaba que existía un lazo secreto entre Mad. de Lestang y Luis Felipe, una causa que explicase el motivo de la súbita transformación del marqués. Aquella causa no podía ser otra que un amor compartido, y al verse descubierto, al sentir en su rostro fijos los ojos de ella, experimentaba el joven aquella emoción, de otro modo inexplicable.

Inés había tenido delante una rival victoriosa, una mujer para quien él no sería frío é indiferente. El recuerdo de aquel encuentro, la sonrisa de la extranjera, al pasar por frente de ella en la mezquita, abrazaba su alma y la humillaba como si la hubiesen abofeteado. Era horrible quedarse con la sospecha de la traición, y espantoso tratar de esclarecer la duda.

—Estamos seguros de que la conoce V, respondió Filita, inconsciente de la tensión de los nervios de Luis Felipe, y del dolor de la esposa enamorada. Nos ha dicho Alberto que le vió á V hablando con Mad de Lestang en el patio del hotel, y por eso se lo ha preguntado Inés

El marqués era ya dueño de si mismo. Aquellos instantes le habían bastado para volver á ponerse la máscara glacial que usaba en sociedad, y que la imprevista pregunta de Inés arrancó bruscamente de su rostro.

—Lo ha dicho Alberto, dijo lentamente, contestando á la señorita de Hilares, y volviéndose á Inés, añadió con frialdad:

—Pero tú, Inés, habrás tenido alguna intervención en esta especie de *enquête* que habéis hecho sobre mis acciones aquí? es así? no es verdad?

—Yo .. balbuceó la marquesa, y no pudo proseguir.

—Lo siento mucho. Que mala memoria tenéis las mujeres! No hace dos meses que hablamos de esto.

Las últimas frases que parecían aludir á que Inés conociese la existencia de Mad de Lestang por conversaciones anteriores con su marido, sonaron á la marquesa como una amenaza, como el eco de aquellas crueles palabras que le dijo la noche en que tuvieron la dolorosa entrevista: «Cómo tú no te empeñes en descender á bajos espionajes, indignos de tu nacimiento, puedes cruzar el mundo, sin hallarte cara á cara con una rival.» Inés adivinó que le haría sufrir con un rigor implacable el castigo de su indiscreción involuntaria, y apartó los ojos de aquel rostro severo y adorado para poder reprimir sus lágrimas

Filita y Concha hablaban ya de otra cosa, don Manuel no había prestado atención al diálogo, y sólo Hartright tuvo una vaga sospecha, conociendo el pasado del marqués, sus relaciones con diferentes mujeres, y el respeto que guardaba á la sociedad, de que Alberto había cometido una inconveniencia.

Se había proyectado acabar la noche en el teatro, pero Inés no pudo decidirse á asistir á la función. Tenía un nudo en la garganta que la ahogaba, y le parecía que iba á prorrumpir en sollozos delante de todos, si no lograba dominarse. Su temor era que aquella odiosa mujer asistiera también al teatro, y estaba segura de que le sería imposible soportar su vista. Mientras Concha y Filita fueron á arreglarse, los tres hombres permanecieron en el salón, é Inés, silenciosa, observaba á su marido, que no había hecho la más pequeña demostración ni de sorpresa ni de pena al verla quejarse de jaqueca. Impasible á pocos pasos de ella, se hubiese creído que el incidente ocurrido no tenía importancia alguna, si Inés no le conociera lo bastante para saber que su serenidad era tan solo aparente.

Inés pensaba en Mad. de Lestang... Como había venido aquella mujer á Guadala? Como sabía la fecha de su visita á la ciudad, el momento preciso en que irían ellos á la mezquita?.. Le escribía Luis Felipe?... Continuaban sus relaciones después de casados, y era ella la causa de la indiferencia de su marido, la razón de porqué su amor no hallaba un eco en el corazón de él, donde reinaba como soberana otra mujer?... Qué horribles dudas, que espantoso sufrimiento! Como descifrar aquel enigma?... Hacer seguir á la extranjera, averiguar

si vivía en Hispalis en algún hotel, cuándo y cómo había llegado? Pero, para hacer esto, era necesario fiarse de personas mercenarias, descender al espionaje, entregar el secreto del marqués y sus celos á otros, envilecerse con esta conducta ante los ojos de su marido, que no la perdonaría jamás!

Inés clavó la vista en el rostro del joven. Y si en el fondo fuese todo una alucinación suya, un delirio de su mente enloquecida por el amor y los celos? .. Qué había dicho él?... Nada en concreto. Si Luis Felipe fuera inocente?... En vano quería hacerse esta ilusión. La actitud, la voz, la mirada del marqués, tan distintas de todo lo que había observado antes en él, atestiguaban con la brutalidad del hecho, que existía un lazo secreto entre Mad. de Lestang y él. Las dudas de Inés, que pugnaba por calmarse, giraban sobre si el encuentro había sido casual, y las relaciones eran anteriores á su matrimonio, ó si habían continuado después de éste. ¿Se escribía el marqués con aquella mujer, y ella le hacía olvidar todos sus deberes? Era una aventurera, una mujer de la aristocracia, una mujer del teatro? ¿Y que la importaba? era la rival, era la enemiga.

¿Qué había en el fondo de aquella aventura, las heces de un amor extinguido, ó la llama de una hoguera ardiente?.. Sólo él podía decirlo, pero Inés comprendía que le sería imposible provocar una explicación sobre aquel punto y arrancar á Luis Felipe la verdad completa. Para qué, para qué!

Volvió á mirarle tratando de adivinar cuál sería su actitud cuando quedasen solos. Trataría él de engañarla, de explicar el incidente, de convencerla de que sus celos la hacían delirar? Se encerraría

en su correcta actitud, dejándola á ella que iniciase la explicación, ó la anonadaría con sus frases cortantes como la hoja de un acero?

Concha quiso insistir en que la marquesa les acompañase al teatro, pero como Inés estaba tan pálida que parecía que iba á desmayarse, le fué fácil convencerles de que su indisposición no era fingida. Luis Felipe llamó á Ketty, le recomendó que atendiese preferentemente á la señora, acompañó á Inés hasta la alcoba y volvió al salón, preparándose para salir con los demás.

El buen corazón de Filita se sublevó contra la indiferencia del joven. Hasta el último momento creyó que se quedaría en el hotel, acompañando á su mujer, que estaba indispueta, pero cuando le vió con el abrigo al brazo, no pudo contenerse.

—Que ustedes se diviertan, dijo, quitándose el suyo, con su irreflexiva viveza habitual, yo también me siento mala, y me quedo con Inés

Luis Felipe creyó adivinar que la joven obraba ejecutando un ardid de la marquesa, para obligarle á permanecer en el hotel, antes que Filita renunciase al teatro, y contestó pausadamente:

—Como usted guste. Si le duele á usted también la cabeza, es mejor recogerse temprano.

—Pero Filita.. indicó Hartright.

—Es una tontería que nos quedemos todos, decía don Manuel á Concha. La indisposición de la marquesa no tiene importancia, y ya ves que su marido viene con nosotros.

Filita volvió al gabinete que precedía á la alcoba de Inés. Se sentó en la butaca é inclinó la cabeza en el respaldo. No podía, apesar de su intimidad con los marqueses, descifrar el motivo de la indis-

posición de su amiga. Nada de lo que había ocurrido durante la comida lo justificaba, é Inés se sentó á la mesa sin experimentar la menor molestia, al contrario, más animada que de costumbre. Filita comparaba en aquel momento, mentalmente, al marqués con Alberto, y le parecía que el artillero en circunstancias análogas no se hubiera alejado de ella.

Le pareció oír la respiración de su amiga muy agitada, y se levantó para aproximarse á la puerta de cristales que separaba las dos habitaciones. Dudó un momento si pediría permiso para entrar, cuando oyó la voz de la marquesa, que exclamaba:

— Luis Felipe. . Luis Felipe ..

La señorita de Hilares respondió desde el umbral que el marqués había acompañado á los Hartright al teatro.

— Sí... eso dijo .. pero hace un momento abrí los ojos... ví una sombra indecisa proyectada por la luz... y soñé que era él.. Vana ilusión!

La voz se ahogó en un sollozo, y Filita, comprendiendo que la marquesa sufría, avanzó resueltamente hacia la cama. No le extrañaba que la joven se sintiese lastimada por la indiferencia de su marido, que la dejó en un hotel, indispueta, al cuidado de la doncella, y quiso distraerla.

—El marqués no quería salir, ha sido un compromiso, pues Hartright, Concha y su marido, se negaron á ir al teatro sin él, y accedió al asegurarle yo que la acompañaría.

Estaba muy poca habituada á decir mentiras, y pronunció las frases apresuradamente y sin mirarla. Inés no la creyó, y sus labios se contrajeron amargamente.

Filita, viendo que no le respondía, y en su afán de aliviarla, tomó de la mesa de noche el frasco del anti-espasmódico y quiso servirle una cucharada. Inés le hizo un ademán negativo, pues ya aquella noche, como otras muchas, apeló inútilmente á los recursos de la ciencia para calmar su profundo malestar. Desde el principio de su desventurado matrimonio usaba de aquellos brebajes, y Ketty tenía buen cuidado, al preparar los baules, de llevar siempre muy á mano, «el bromuro para la señora».

Filita, sin saber ya qué hacer, contemplaba el rostro exangüe de la marquesa, donde los ojos parecían más grandes y más negros. Los párpados estaban rojos, escaldados con las recientes lágrimas, que mojaban no sólo el pañuelo que se veía sobre el embozo de la sábana, sino la almohada en la que había descansado boca abajo para ahogar sus sollozos.

—Es V. muy sensible .. balbuceó la señorita de Hilares desconcertada. No es para tanto...

La marquesa se incorporó sobre uno de sus codos, y con las pupilas brillantes, como hablando consigo misma, repitió:

—No es para tanto ..! Sabes tú porqué corren mis lágrimas?... Qué conoces tú de las penas del amor, pobre niña inocente, que aun no te has dado cuenta de lo que es la vida!... Todas tus contrariedades son reñir alguna vez con tu novio!... Yo fui también como tú; no, mucho más fría que tú, y pensaba que mi corazón sería siempre igual, y una y otra vez, cuando tuve el amor al alcance de mi mano, como tú ahora á Alberto, le desprecié. .. (pequeña pausa durante la cual evocó la joven men-

talmente algunas figuras de su pasado) Sí... á mi también me amaron, pude ser feliz y no quise

—Pero si es V. hoy más feliz que nadie!

Las manos calenturientas de Inés, asieron bruscamente las de Filita.

—Soy muy desventurada!... Tú no lo entiendes, no puedes entenderlo. Sería preciso que comprendieras el carácter de Luis Felipe, que vieses lo que se oculta bajo esa apariencia cortés que te seduce, y entonces... Yo soy joven, soy rica, tengo todo lo que el mundo envidia y codicia, y sin embargo es imposible sufrir más de lo que sufro!

Su voz tuvo un acento tan patético que Filita sintió un escalofrío. Aun en su inocencia hallaba extrañas las dolorosas frases de Inés, y pensó por un momento que no estaba en su sentido. Era lógico que la mortificase la ausencia del marqués, pero no que le acusara, que se llamase desgraciada! Si el marqués era un marido modelo! Entonces recordó de improviso que había oído decir á su madre que Inés padecía de histerismo, y lloraba frecuentemente, y esta explicación le pareció muy plausible.

—El marqués la quiere á V. mucho, dijo dulcemente, esté V. tranquila. Cómo pensar que si le hubiese ocurrido que iba V. á llorar por esa tontería, se hubiera marchado al teatro?

Inés se había serenado. La resonancia de sus propias palabras, dichas en la alcoba solitaria, le hizo estremecer, y temió haber ido demasiado lejos. Qué iba á decir? Se atrevería á acusar á Luis Felipe de traición, delante de aquella niña? Imposible! Tenía pruebas? y aunque las tuviese, ella era incapaz de querer separarse del marqués, de poder

vivir sin él... Aquel amor era como la túnica ardiente de Neso pegada á sus carnes, y no concluiría más que con su vida. Era preciso borrar la impresión de sus palabras, engañar á Filita, impedir que una imprudencia de ésta hiciese adivinar á Luis Felipe que ella, enloquecida por los celos, había empañado con obscuras acusaciones, el prestigio que él tenía para la señorita de Hilares.

— Niña mía, dijo dulcemente, no me hagas caso, son mis nervios, que esta noche se han disparado. Tienes razón, mi marido es muy bueno. Soy yo la que tengo un carácter exaltado y lloro por cualquier tontería. Luis Felipe me reprende por estas locuras mías y tiene razón. Pero, es que le quiero tanto!...

Las últimas palabras resonaron como un lamento, como si el alma de Inés hubiera llorado en aquel instante, lágrimas internas, que no asomaban á sus ojos, y caían como gotas de plomo derretido sobre su corazón.

En aquel momento entró Ketty trayendo en una bandeja una carta que acababan de llevar al Hotel para la señorita de Hilares. Era de Alberto, que habiendo ido al teatro, se enteró allí por el marqués y los Hartright de que Filita no asistiría, porque se había quedado acompañando á Inés. Entonces, terminado el acto, volvió al café, y allí llenó página tras página hasta diez y seis con las expresiones de su amor ardiente.

Cómo encantaban á la joven aquellas cartas, que luego iba guardando atadas con cintas azules y rosa! Con el permiso de Inés, rompió el sobre y se acercó á la luz.

—Vea V. si me quiere! exclamó con ingenua alegría. Cuatro pliegos, y eso que su letra es muy menuda y cursiva!

La marquesa la contemplaba con dulce emoción, sin que el amargo contraste suscitase un movimiento de envidia en su alma generosa. Qué hermoso es el Amor en la primavera de la vida, qué puras aquellas flores brotando al paso de la niña adorable, qué sagrado aquel himno entonado por una voz varonil ante el altar de una virgen!... Para ella, la esposa cuyo corazón destrozaban los celos, cuya alma ardiente de ternura halló sólo frialdad, quedaba el áspero erial de una existencia sin sol. Bajo su magnífica corona de perlas, estaban bien ocultas las espinas, pero estaban allí haciéndola sangrar, y á aquel espantoso martirio no se le veía otro término que la muerte. Luis Felipe tenía treinta y cuatro años, ella treinta y uno, eran muy jóvenes, y aquella existencia podía prolongarse hasta gastar con el uso los resortes del dolor...

Cuando Filita terminó la lectura de su carta, Inés había cerrado los ojos, dejando caer la cabeza sobre la almohada. Creyó que dormía, y no teniendo nada mejor que hacer, volvió á empezar la lectura del poema en prosa de Alberto. — «Estaré contigo en el pensamiento, ya que no puedo estar á tu lado ...» escribió el artillero, y Filita, pareciéndole que le oía la frase, se ponía encarnada de emoción...

El reloj dió una hora, y la señorita de Hilares volvió á fijarse en la marquesa, que en efecto parecía haber cedido á la acción sedante de la medicina. La luz, colocada casi á los pies del lecho, en el centro de la alcoba, iluminaba sus facciones escorzadas, marcaba los ángulos faciales, hacia

parecer más intensa la palidez. Sus labios se movían en el semi-sueño, que embotando sus sentidos para percibir las imágenes exteriores, dejaba sin embargo vida en las regiones del cerebro. De aquellos labios brotaba, más que como una palabra como un quejido doloroso, el nombre de Luis Felipe. Tenía las manos sobre el pecho, parecía una moribunda, y Filita se sintió invadida de tristeza y temor contemplándola. Dió dos pasos de puntillas hacía la cama, se inclinó sobre Inés, y la besó dulcemente en los cabellos.

—Luis Felipe! .. prorrumpió la marquesa incorporándose como galvanizada.

Vió á Filita, la abrazó con ternura, y le dijo con voz opaca:

—Vete á acostar, hija mía. El marqués tardará aun. No le aguardes. Ketty, después de acompañarte á tu habitación, esperará en el gabinete. Dios te hará muy feliz, porque eres muy buena.

Y dos lágrimas, las últimas que quedaban ya en sus ojos, cayeron sobre la frente de Filita





VIII

PSICOLOGÍA FEMENINA

ERAN las once y media de la noche, y ya se habían retirado casi todos los que constituían la tertulia habitual de la marquesa Luisa. Una y otra vez, el criado de librea y calzón corto, había aparecido en el umbral, para recibir la orden de que se aproximase al vestíbulo el coche de la señora condesa, el del señor general y el de otros caballeros, siempre más numerosos que las damas en la sociedad de Luisa. Quedaban todavía don Juan Bautista de Figueroa, que habituado á la vida de Madrid se acostaba muy tarde y se retiraba el último, y la condesa viuda de Infantes, que había comido en la VILLA, así como Filita, y que acompañaría á la joven á su casa en el carruaje.

El gabinete en que estaban reunidos era bastante espacioso. Por el fondo comunicaba con el espléndido comedor, á la derecha tenía otro gabinete más pequeño, en el que estaban las mesas del tresillo, y le precedía un amplio vestíbulo, adornado

con plantas de sombra, y que en invierno se alfombraba con un magnífico *tapis* rojo, del mismo color que las pesadas cortinas de terciopelo que cerraban sus huecos. El gabinete japonés, así llamado por tener todos los muebles de bambú y las tapicerías de seda chinesca, era el preferido de la marquesa en el verano. En uno de sus lados, al Poniente, tenía dos ventanas que daban al jardín, y en medio de ellas estaba colocado el piano. Sobre éste, que se abría muy raras veces, veíanse fotografías con dedicatorias, y *bibelots* como si fuera otra *étagère* más.

Luis Felipe no jugaba al tresillo, y aquella noche, por excepción, se había abierto el piano, después de la semana transcurrida desde la vuelta de la excursión á Guadala. A ruegos de Inés, que sin saber música, era muy aficionada, la señorita de Hilares estuvo tocando los valeses más de moda, y aquellas melodías traían á la memoria de la joven marquesa, los recuerdos de su estancia en Baden, y de los brillantes cotillones en que su novio, hoy su marido, había ceñido con el brazo su cintura. Sonreía dulcemente á estas reminiscencias, y sus ojos se fijaban de vez en cuando en el rostro del marqués.

Luis Felipe estaba á dos pasos de ella, apoyado en la ventana y mirando hacia el jardín. Quizás aquellos valeses le recordaban también fechas y sucesos que evocaba mentalmente, dejándose mecer por aquel ritmo sugestionador y melodioso. Hacía ya calor, y se habían abierto los cristales, pues en Hispalis comienza en Mayo el verano. La luz de la luna, iluminando el espacio que dejaban descubierto los árboles, embellecía el paisaje, formando

dibujos caprichosos y fantásticos en la sombra, y lanzando sobre el gabinete algunos de sus rayos que se quebraban en los ángulos del antepecho. El marqués era poco sensible á los encantos de la naturaleza, pero también le gustaba á menudo aislarse en sociedad, y tomó el pretexto de mirar al jardín para no mezclarse directamente en la conversación que le aburría.

Luisa, sentada en el sofá al lado de Clara, respondía á una observación de Figüeroa, sobre el señor que acababa de despedirse, cuando á Filita, que aun no se había levantado del piano, le dijo Inés:

— Quieres cantar, ahora que estamos solos, los preciosos valeses, *Quand l'amour meurt...*

— Con mucho gusto.

*Lorsque tout est fini,
Quand se meurt votre beau rêve,
Pourquoi pleurer les jours enfuis,
Regretter les songes partis,
Les baisers sont flétris,
Le roman vite s'achève,
Pourtant le coeur n'est pas guéri
Quand tout est fini.*

— Delicioso! exclamó el marqués aproximándose, tiene V. poca voz, pero muy agradable. Además, pronuncia V. el francés perfectamente.

— Quieres repetir? indicó Inés, creyendo adivinar el deseo no espresado de su marido.

Filita volvió á cantar la segunda estrofa:

*Adieu, printemps! déjà l'automne
A dépeillé, les prés, le bois,
Et votre coeur tout bas s'étonne,
De n'aimer plus comme autrefois.*

*Au vent mauvais qui les emporte
 Vos regrets a jamvis finis,
 Pourtant parmi les feuilles mortes,
 On cherche encore si l'amour n'est pas parti.*

—Muchas gracias, dijo el joven.

Figueroa también se acercó:

—En mi tiempo cantaban las niñas la *Stella Confidente*.

—No se haga usted el viejo, dijo Clara, en nuestro tiempo se cantaba ya la *Música Prohibita*.

—Más me gusta esa Romanza que esta especie de Melopea que hemos oído ahora, indicó la marquesa madre.

—Yo he alcanzado la *Música Prohibita* y oí á los jóvenes, queriendo *Baciar i suoi capelli neri*, pero me refería á época más remota. En aquellos tiempos era yo todavía un joven, porque no decirlo? gallardo, perdónenme esta vanidad retrospectiva. Usted, Luisa, como una Diana cazadora, montaba á caballo por la dehesa de su padre. Era V. entonces poco más que una niña, aun no conocía al marqués, pero en aquella niña estaba ya el molde clásico de la mujer que debía después brillar tanto en los salones.

Luisa sonrió. Una de las cosas que le hacían más agradable la conversación de Figuroa, era que habiéndola conocido desde su adolescencia, evocaba de vez en cuando, siempre con discreción y galantería, imágenes y recuerdos de su juventud pasada, unas veces personales y otras de amigos de entrambos.

—Es una lástima que no haya venido Hartright, observó la condesa viuda de Infantes, pues cuando

viene él y otros amigos, se juega al *poker*. Luis Felipe ha pasado una noche muy aburrida, y menos mal que Filita nos ha entretenido un rato con el piano.

El marqués protestó galantemente, pero era cierto que las noches en que iba Patrick y otros jóvenes se jugaba, y que el *poker*, por sus emociones, era su juego preferido y el único de cartas que jugaba.

—A mi también me agrada el *poker*, dijo Filita con viveza.

—Porque V. tiene un temperamento de jugador y mucha intuición.

—Efectivamente, dijo Inés, hemos echado mucho de menos al amigo Hartright, y cuando no viene él hay menos animación. Pero como continúa en Hispalis, su ausencia será sólo de esta noche.

—El no haber venido Hartright esta noche, intervino Luisa, mirando antes á su hijo y á Inés, que sonrió, obedece á que después de almorzar estuvo con nosotros un gran rato en la *serre*, tomando café. La visita fué bastante larga, y no le habrá parecido oportuno repetirla en el mismo día.

—Nunca creí yo que Hartright continuase aquí después de la marcha de sus hermanos Concha y Romero, dijo la señorita de Hilares. Recuerda V. Inés, que nos dijo el día que nos le presentaron en las carreras, que se marchaba á las cuarenta y ocho horas á Madrid?

—Ha cambiado de intención, por lo visto, dijo Clara sonriendo.

—Es extraño.

—Por qué? preguntó don Juan Bautista. No le parece á V. suficiente motivo para justificar la larga

permanencia de Hartright aquí, el placer de pasar dos semanas al lado de Luis Felipe, á quien tanto quiere? Es V. una niña muy disimulada.

—Yo?...

—No le ha dicho á V. Hartright galanterías?

—Muchas. Creo que es su carácter. Al principio engaña, pues parece muy serio y se la da de señor formal, luego me acostumbré á sus cosas, y es muy agradable y animado.

—Me figuro que su animación es sólo cuando está al lado de V., observó la condesa.

—Al lado mío? porque dice V. eso? Me ha dicho muchas veces que le gusto, que me encuentra *chic*, que me visto muy bien, pero eso no tiene importancia.

—Está V. tan acostumbrada á oirlo! exclamó el marqués.

—Es natural, si no me dicen galanterías ahora, cuando tengo diez y ocho años, quiere V. que aguarden á que sea vieja para decírmelas? .. Todas las muchachas que no son un espanta-pájaros se oyen llamar lindas.

—Y no te ha dicho Hartright nada más? preguntó Luisa.

—Qué sé yo! ya no me acuerdo! es muy posible! hemos hablado tantas veces en los días de Guadala y aquí! pero quien vá á fijar la atención en cuatro pamplinas de un señor que puede ser mi papá.

—No tanto, Filita. Tiene cuarenta y cinco años, no es un viejo.

Pues á mi me lo parece. No puede negarse que es fino y simpático, pero también bastante feo. Vamos, marquesa, que no resulta para el *rôle de soupirant*.

Luis Felipe prestó desde aquel momento mayor atención al diálogo, y sus ojos penetrantes se fijaron sobre el rostro móvil de Filita.

—Tú que sabes! dijo Inés.

—Si el pobre señor no ha pensado en tal cosa.

—Vamos á suponerlo, dijo Luisa, con su aire dogmático é imponente. Acércate, y oyéme con atención.

—Es peligroso quemar las naves antes de empezar el combate, añadió el ex-diplomático.

La señorita de Hilares se alejó del piano y se sentó á dos pasos de la marquesa Luisa.

—Qué piensas? preguntó en voz baja Inés á su marido

—No sé....

—En el caso de que Hartright se hubiese enamorado de tí, repuso Luisa, se te habría presentado un partido muy brillante, como quizás no hallarás otro. Tiene treinta mil duros de renta, es de buena familia, aunque no posea un título, y es además un perfecto caballero. Luis Felipe le ha tratado mucho y te garantiza sus buenas cualidades. Todos tus sueños de grandeza se realizarían con él, viajes á París, compras de alhajas, deliciosas *toilettes*. Con Hartright tendrías automóvil, brillantes, cuanto apetezcas. Tú me dirás ahora si hay en Hispalis muchos hombres solteros que puedan ofrecer otro tanto.

—Es tan joven aún... es tan bonita .. dijo Inés, puede esperar.

Enumeradas las ventajas que ofrecía el casamiento en la forma que acababa de hacerlo la marquesa madre, comprendía Inés que aquellas razones debían pesar extraordinariamente en la decisión

de Filita. Luis Felipe tenía motivo para considerar ganada la apuesta, pero ni siquiera pestañeaba.

—Puede esperar, contestó Luisa, volviéndose á su nuera; desde luego que no se quedará sin casarse, pero el caso no es el mismo tuyo. Tú eres hija única, y ellos son muchos hermanos, tu dote se aumentaba con herencias sucesivas, y la fortuna de su padre averturada en negocios puede crecer, pero podría disminuir. Lo que yo le digo, porque la quiero, es que otro partido como Hartright no se le presentará.

Las últimas palabras tuvieron cierta solemnidad. Hubo una pequeña pausa, durante la cual se hizo un trabajo de reflexión en el cerebro de Filita. Miradas y frases de Patrick volvieron á pasar por su memoria, y ahora tomaban un valor distinto del que entonces les había dado. Sus mejillas se cubrieron de un ligero tinte purpúreo. El marqués inmóvil y silencioso no cesaba de mirarla.

—Pero... es en serio... eso... es verdad?... articuló al fin la joven.

Inés tembló. Es muy distinto rechazar en nombre de sentimientos elevados la sombra de una transacción de conciencia, á verse frente á frente de la tentación, á tenerla delante y decir á una pregunta categórica del destino: — «No, no quiero» Aquel afán de lujo, aquella innata necesidad de brillar, todos los apetitos de grandeza en germen en toda alma femenina y desarrollados en la de Filita por el medio ambiente, en que había vivido desde su infancia, debían abogar por la causa de Hartright. Ella necesitaba el dinero para vivir, más que otra alguna, y era, como decían en Hispalis, una muñeca de lujo, una mujer para un millonario.

—De modo que Hartright .. está enamorado de mí .. dijo la joven. No es eso lo que V quiere decir?

—A tu pregunta, respondió sonriendo la marquesa madre, puede contestarte Luis Felipe. Qué dijo Hartright en el jardín? ..

—Dijo, añadió el marqués, contrariado visiblemente de tener que intervenir contra su voluntad en el diálogo, pues pensaba ser un simple espectador, que si Filita le aceptaba por marido se casaría con ella antes de fin de año. En cuanto á las condiciones del pretendiente, ya se las ha explicado á usted mamá. Yo no tengo nada que añadir.

—Dijo más, continuó la dueña de la casa, sin lo cual yo no hubiera iniciado esta conversación. Viendo á tu lado muchos pretendientes, entre ellos un artillero que no parecía desagradarte, nos rogó que en obsequio á su amistad diéramos este paso cerca de tí, y si nos parecía que su demanda iba á ser bien recibida, que se lo comunicásemos, para presentarla en el acto.

—Y V. no sabía que yo tengo novio? preguntó Filita, volviéndose con ímpetu hacia el marqués.

—Por lo mismo que lo sabía, me he abstenido de intervenir en este asunto.

—Y usted, Inés... qué piensa usted?... usted conoce á Alberto .. usted sabe lo que él me quiere...

—Hija mía, me pides un consejo muy difícil de dar. Si no te basta lo que te dice tu corazón, consulta con tu madre.

—Ustedes creen que mamá...

Y se detuvo desconcertada.

Indudablemente Filita estaba perpleja. Era la primera vez en su vida en que se veía obligada á pensar seriamente, á tomar una determinación.

Aquello era mucho más grave que escoger un sombrero, ó decidirse por la forma de un vestido. Su porvenir se iba á fijar quizás en aquel momento, y por grande que fuera su irreflexión, le era preciso resolverse. La marquesa Luisa tenía su aire más imponente, Inés, indecisa ante el problema planteado en aquel momento, parecía también incapaz de aconsejarla, la condesa de Infantes y Figueroa sonreían, como seguros de una respuesta afirmativa. En su azoramiento, la joven se volvió hacia Luis Felipe, pero este tenía un aspecto enigmático, los músculos de su fisonomía parecían tendidos en una expresión de análisis, y sus ojos eran en aquel instante de una profundidad insondable.

Hubo una pequeña pausa.

—Qué dirá mamá . si se lo cuento esta noche. . Ella no espera tal cosa de Hartright .. Qué me aconsejará mamá...

—Yo sé lo que dirá tu madre, exclamó la marquesa, segura de haber triunfado en su delicada misión, como no dudó un momento al aceptarla. Felisa tiene una inteligencia muy clara, mucho conocimiento del mundo, y no sólo se opone á tus relaciones con un hombre sin fortuna, sino que considerará una grandísima suerte el que Hartright se haya fijado en tí. Con la tuya, hija mía, serán ocho las bodas que se han concertado de poco tiempo á esta parte en la VILLA.

—Muy bien marquesa, exclamó don Juan Bautista, daría V. lecciones de diplomacia á un canciller del Imperio. No he visto mayor claridad en la exposición del asunto, ni modo más admirable de conducirse en una misión espinosa. Ahora termina

usted el alegato con ese golpe maestro que evita á esta niña una respuesta embarazosa. Ya sabía Hartright que haría V. honor á sus credenciales, cuando escogió tan distinguida embajadora.

— Pero, es que yo he dicho algo definitivo? preguntó Filita, confundida con las últimas palabras del ex-diplomático.

— Lo bastante para dar á entender que seguirás los consejos de los que te quieren, replicó la condesa viuda de Infantes. Todo lo que te ha dicho Luisa es indiscutible. La vida no es una novela, y si hoy no te agrada Hartright como galán, mañana verás que como marido era lo mejor que podías apetecer.

Pobre Alberto... Inés experimentó lástima del enamorado artillero, que aunque se consolase más tarde del desengaño sufrido, no dejaría de recibir una herida en su corazón y en su amor propio. Parecía querer tanto á Filita! qué triste era la vida... Por todas partes desengaño y amargura.

— De manera que tengo que contestar claramente, por que vá V. á trasmitir mi respuesta á Hartright? dijo la joven volviéndose á la marquesa madre. Haga el favor de decirle que no presente demanda ninguna, porque yo tengo novio, y además él no me gusta.

— Eso es una bravata infantil. Mañana me enviarás á decir otra cosa.

— Que no, marquesa, que no! Se engaña usted completamente. Inés conoce á Alberto, sabe lo que me quiere y lo que á mí me gusta y comprende muy bien que no haya tomado en serio la proposición de Hartright. Es que voy á casarme yo por el dinero?... A quién pudo ocurrírsele semejante cosa?...

Había tanta arrogancia, tanta sinceridad, un acento tan inimitable en las palabras de Filita, que no dejaban lugar á la menor duda. Luisa se mordió los labios, y Figueroa y Clara se miraron.

—Me había equivocado yo, dijo Inés interviniendo, cuando les aseguré esta mañana que Hartright tenía el asunto perdido? Estaba convencida de que Filita no dejaba á su novio, aunque se le presentase un partido brillante, como el que acaba ahora de despreciar.

—Hay tiempo para pensarlo, añadió la marquesa madre, pero desde luego por mi consejo no se declarará Hartright. No hablemos más de esto, y como no cambies de idea, es seguro que tarde ó temprano te arrepentirás.

Luisa experimentaba en aquel momento una violenta antipatía contra Filita, por hallar en ella una imprevista resistencia á una combinación á la que se prestó en bien de la joven y de su madre, y cediendo á su empeño en hacer matrimonios. El año anterior había concertado el de una señorita parienta lejana suya, que era casi una niña, con un viudo de cincuenta años y cuatro hijos, pero muy rico. Para ella era inexplicable el que Filita rehusase á Hartright, y desde luego no volvería á ocuparse más de su porvenir.

Filita comprendió que había ofendido á la dueña de la casa, sin que se explicase el motivo, y quedó un poco desconcertada. Sabía que la marquesa gozaba mucho cuando se casaba una de las señoritas que ella presentaba en sociedad, dándoles «un turno» como se decía en broma en Hispalis, y cuando la joven perdía por su culpa la oportunidad de casarse bien, la marquesa prescindía de ella

para el porvenir. Era un empeño inexplicable en la señora el de concertar matrimonios, pero Filita ni por un momento pensó en complacerla. Le parecía lógico que se hubiese ocupado en casar á Luis Felipe á su gusto, pero no que quisiera casarla á ella....

La condesa viuda de Infantes se despidió, comprendiendo que el tema de la conversación estaba agotado, y Filita, ya con el abrigo puesto, se volvió hacia el marqués, como buscando en él un aliado:

—Usted también está en contra mía, marqués?

—Yo en contra suya? nunca! Es usted completamente libre, y ni aun su madre tendría derecho para obligarla á aceptar á Patrick.

—Oh, eso desde luego. No es eso lo que le pregunto. Cómo voy yo á dejar á Alberto, á quien quiero tanto? ¿Cree V. que me arrepentiré, como dice su madre? Qué piensa V. de mí?

Obligado á responder categóricamente, el marqués se detuvo indeciso.

—Vamos! contésteme pronto, repuso Filita, que veía terminarse las despedidas, y á quien nunca impuso respeto el joven, qué piensa V. de mí?...

—No lo sé... me ha sorprendido V., y eso que creía conocerla bien. Inés vió en este asunto mucho más claro que yo. En cuanto al porvenir, es posible que en efecto se arrepienta usted.

—Eso quiere decir que no me casaré tampoco con Alberto.

—Exactamente.

—Pues si no me caso con Alberto, me casaré con otro que sea joven y guapo como él y á quien querré seguramente. He tenido tres novios, y todos porque me gustaban. Pero, casarme con un hom-

bre casi viejo y feo, nada más que por su dinero, marqués. . . esté V. seguro que eso no lo haré y nunca. Yo me casaré por amor ó no me casaré!

Luis Felipe se quedó mirándola un momento en silencio. Con que arranque había dicho aquella última frase!... era una Filita nueva, mostrando el fondo de un alma nada vulgar. La linda muñequita de salón, se había transformado en aquel instante en un tipo adorable de mujer, en un tipo que él había encontrado en las creaciones más deliciosas de *ingénues* del teatro moderno, pero que se le antojó siempre de una incontestable falsedad. Hoy, cuando todo tiene un precio en el mundo, Filita era una mujer que no se vendía, y acababa de probarlo rechazando un enlace ventajoso, la realización de todos sus sueños de lujo, por el amor de un oficial sin fortuna. Había perdido su apuesta en favor de Hartright pero no lo sentía, y por qué iba á sentirlo? Aca, baba de pasar un rato de emoción, como cuando presenciaba una lucha entre boxeadores, y veía de improviso declararse la victoria en favor del más débil. Al iniciarse la discusión, oyendo á su madre enumerar las ventajas de la alianza con Patrick, conociendo los atractivos que la vida del gran mundo tenía para la joven, no dudó de que el interés vencería al Amor, y se había equivocado.

Acercóse algo más á la joven y le contestó sonriendo, pero sin cesar de mirarla.

—Me ha sorprendido V. Me tengo por un hombre de mundo, y aunque joven, he visto hacerse muchas bodas como la que le han propuesto á usted esta noche, y es la primera vez en mi vida, Filita, que oigo á una mujer rehusar en el caso de usted. El amor no es de nuestros tiempos!

—Usted menos que nadie puede decir esa atrocidad, Inés le quiere con toda su alma y se casó con V. por amor.

—Por amor. . la inflexión que el marqués dió á estas palabras no dejaba adivinar si eran una duda, una negativa ó una afirmación.

Filita, al estrecharle la mano en el vestíbulo, notó que estaba fría. Qué había podido provocar la emoción del marqués?



IX

CONFIDENCIAS ESPONTÁNEAS

HABIA transcurrido una semana desde que la marquesa madre hizo á Filita la proposición de matrimonio con el rico Hartright, y la joven, por temor de hallarse de improviso con Patrick, que en su *rôle* de enamorado le imponía, y algo también por haber notado cierta frialdad en Luisa, se retraía de sus visitas á la VILLA, no habiendo estado en todo aquel espacio de tiempo más que una vez, y con su madre. La señora de Hilares ignoraba la demanda que hizo Hartright, por mediación de la marquesa madre, pues de lo contrario, sus razonamientos y súplicas para que no perdiese «su porvenir» habrían molestado grandemente á Filita, sin hacerla vacilar ni por un instante en su fidelidad á Alberto. La marquesa madre no dijo una palabra del incidente á la de Hilares, y como la vida, en realidad tan vacía de Filita, pero llena de tés, visitas y paseos, se prestaba fácilmente á ocupar mucho espacio de tiempo, la joven pudo, sin llamar

la atención de su madre, retraerse de aquella intimidad

El primer temor de Filita era infundado. Patrick, no bien supo por Luis Felipe, que se lo dijo solamente en las precisas palabras: «Filita no quiere casarse contigo», que sus pretensiones no serían bien acogidas, decidió abandonar á Hispalis, algo desanimado por el desengaño sufrido, y por ver el poco valor de su dinero para obtenerle la mujer que deseaba. Y sin embargo, cuantas otras, que él conocía bien, no hubieran rehusado su fortuna!... No tenía más que elegir, pero lejos de pensar en hacerlo así, renunciaba á sus planes de matrimonio, por que la linda rubia no le quería. Volvió á C... y de allí partió para Gibraltar, á tomar el vapor para el Havre, y distraerse un poco en París, ese Océano en el que se ahogan todas las tristezas, y disipan los ricos la bruma del hastío que les devora

Inés tenía bastante tacto para comprender los dos motivos que retraían á Filita de su asistencia á la VILLA. La presencia de Patrick se obvió pronto, con la marcha de éste, pero ella notaba la antipatía que la señorita de Hilares, solamente por no haberse plegado á su capricho, inspiraba repentinamente á Luisa. No se atrevía sin embargo á tomar decididamente partido por Filita cuando Luisa, en la intimidad de las comidas, y en presencia de la condesa de Infantes, ó de D. Juan Bautista Figueroa, que habían asistido á la entrevista memorable, la calificaba con algún adjetivo desdeñoso. En su casa, Inés hubiese inmediatamente restablecido la situación anterior, pues para ella Filita, lejos de perder por su renuncia de una posición brillante, había

ganado, había demostrado que tenía un corazón generoso, capaz de comprender que un matrimonio sin amor, era una cosa monstruosa, y que sólo la aberración de la vida moderna, con sus constantes exigencias de lujo, podía poner á los ojos de personas como Luisa, una venda tan tupida, que no viera esa verdad palmaria. Inés se olvidaba entonces de lo que ella misma había oído aconsejar á su madre, no con respecto á casarse por dinero (ella era bastante rica para prescindir de este detalle) sino á que ningún hombre, que no le igualase en rango social, podía considerarse nunca como un marido adecuado para ella. Y sin duda alguna, entre los hombres que ella trató en su larga vida de soltera, los hubo que tenían nobles corazones, claras inteligencias, depurado sentimiento del honor. Pero eran secretarios de embajada, aristócratas empobrecidos, simples *parvenus*, á los que su talento hizo escalar altos puestos políticos, y para estos, en el examen como pretendientes, ni siquiera se hacía el estudio de sus cualidades positivas, tanto pesaban en la balanza las negativas.

Luis Felipe fué quien propuso una tarde ir á buscar á Filita para invitarla á comer y luego al teatro, é Inés acogió la idea con júbilo, no sólo por que le agradaba mucho tener á la encantadora joven á su lado, sino porque viniendo la iniciativa de su marido, no había que temer ninguna molestia de parte de Luisa, que guardaba al marqués grandes consideraciones. Además, Luis Felipe había estado aburrido en esas noches, y aunque no lo manifestó por la más pequeña frase, ella, que tan bien le conocía, lo notó sin esforzarse. Era natural que en aquella casa, donde nadie reía, la risa de Filita, su

infantil alegría se echasen de menos. Luego, Luis Felipe, para hablarla de aquella visita, había empleado una fórmula, que la conmovió dulcemente, diciéndole:

—No te agradecería que fuésemos esta tarde á buscar á Filita?

El marqués, sabiendo lo que ella quería á su amiga, había pensado en que su ausencia podía disgustarla! La mirada con que la joven acogió la indicación de su marido, llena de dulce ternura, le mostró claramente lo que agradecía el que hubiese tenido en cuenta sus afectos para ejecutar alguna acción, por indiferente que fuese.

Eran las cinco de la tarde, cuando los marqueses llegaron á casa de los señores de Hilares. Los criados habían recibido la orden habitual en Hispali, cuando no se tenía día marcado ó se esperaba á alguien, de que no «estaban los señores en casa» solamente que aquella orden, no se refería nunca á Inés, y el criado, un poco cortado al ver á la marquesa acompañada á aquella hora por primera vez de su marido, no se decidió á rehusarles la entrada, aunque temiendo cometer una inconveniencia.

—Dispensa que te sorprenda, dijo Inés, besándola en las mejillas, no bien Filita se presentó en el gabinete, pero estamos lejos, ustedes no tienen teléfono, por esta incuria incomprensible de las familias de Hispali, y pensamos mejor venir nosotros y esperar á que te arreglases, para acompañarnos al paseo, á casa á comer, y luego al teatro. La compañía de zarzuela vale poco, pero en fin no hay otra cosa, y nos han dicho que va bastante gente conocida y se pasa bien.

Filita se excusó, no por necio despecho ajeno á su carácter, ni por darse «tono» con la marquesa. Estaba como les dijo «sin vestir» sin «peinar» y tardaría un siglo en arreglarse; si iba al paseo era imposible ir al teatro, pues no tendría tiempo de preparar dos *toilettes* tan distintas, ni de hacerse dos *coiffures* tan diferentes.

El aparente *déshabillé* de la joven consistía en una falda del año anterior de alpaca azul, y una blusa blanca, llena de calados, sin cuello, que dejaba ver por los huecos del encaje el cutis blanco de Filita. El peinado no tenía apenas bucles postizos, y mostraba la pequeñez de la cabeza, no aumentada por el bosque de *crépé* que ella metía debajo de sus cabellos rubios. Filita no había salido aquel día, no tenía plan de salir, ni pensó recibir á nadie en aquella «facha», y mucho menos al marqués, que estaba tan acostumbrado á ver mujeres *chic*, á admirar *toilettes*.. En el primer momento la confusión de la joven era tan grande, que si la hubiesen sorprendido en enaguas no sería mayor. Pero á los pocos instantes, habiéndole asegurado Inés que estaba monísima, que la blusa le sentaba á la perfección, y añadido Luis Felipe que para casa no había necesidad de «vestir» mucho, ya estaba tranquila y serena.

Tras nuevo diálogo entre las dos mujeres, se convino en que era imposible realizar el plan completo, y se renunció al paseo. Filita tocó el timbre para que avisasen á su madre que la marquesa tomaría el té con ellas, é Inés miró á su marido, temiendo que se marchase solo al paseo ó al Club, perdiendo aquellas horas que había pensado pasar á su lado. Luis Felipe, contra su temor, pareció

decidido á dedicarles la tarde (en realidad no tenía nada mejor en que emplear el tiempo), y se sentó á pocos pasos de ella. La señora de Hilares no tardó en presentarse en el gabinete, emocionada del «honor» que le hacía el marqués de tomar el té en su casa, y habiendo dado ya las órdenes oportunas para que este servicio se ejecutase con un poco más de cuidado que de costumbre. Filita hizo los honores con su habitual desembarazo, moviéndose con la gracia que daba tanto encanto á su cuerpo flexible y mostrando la sonrisa que pocas veces abandonaba su rostro juvenil. Su madre é Inés charlaban de modas y chismes de sociedad, iniciada la conversación por la señora de Hilares y seguida maquinalmente por Inés. Luis Felipe, después de mirar curiosamente algunas fotografías que había encima de las mesas, se entretenía en hojear un Album de postales.

—Aquí hay poca luz, venga V. acá, dijo Filita, llevándole hacia el cierro de cristales, muy ancho como en las casas antiguas de Hispalis, y que dominaba toda la calle. Verá V. mejor, y yo le iré explicando.

Añadió en voz baja:

—Alberto vá á pasar de un momento á otro, me escribió que vendría y por eso no he querido salir. Aquí estaremos perfectamente, le veré á él, y charlaré con V. Mamá, deleitada con Inés, no se apercibirá absolutamente de nada.

—Pero V. dispone de mí, como si yo fuera un chiquillo, ó un maniquí que se coloca en cualquier parte.

Filita se echó á reir. Para ella Luis Felipe no fué nunca un hombre que le impusiera respeto, y desde la primera vez logró inspirarle la simpatía que

por su reserva no inspiraba á nadie. La joven, en su inconsciencia, no se apercibía de ella. Naturalmente á sus ingenuas expansiones respondía en Luis Felipe un eco de espontaneidad que no tenían sus diálogos con las otras personas. Aquella criatura, tan sincera, fundía fácilmente al calor de sus francas palabras el hielo de la desconfianza, y el marqués que sabía que nada podía perder con ella, se abandonaba fácilmente cuando estaba á su lado á la impresión del momento. Era como la distensión que experimentan algunos hombres serios y reservados cuando juegan con los niños, y les entregan el reloj, cuyo mecanismo no pueden comprender, para que se entretengan un rato, observando la marcha de las manivelas, ú oyendo el acompasado tic-tac de la oculta maquinaria.

—Desde que desertó V. de la VILLA, dijo Luis Felipe, aquello está muy triste, nos habíamos acostumbrado todos á verla diariamente, y echamos de menos la alegría que esparce V. á su alrededor. Además, no veo en lo que la pretensión de Patrick, asunto en el que yo procedí lealmente, ha podido determinar á V. á retraerse de nuestra intimidad. Yo no acostumbro preguntar á nadie el porqué de sus acciones, pero á V., que es «una niña grande» y que por lo visto muchas veces sus acciones carecen de causa, me permito, tomándome una autoridad que no me compete, decirle que nos abandona V. sin razón.

—Tiene V. un modo de presentar las cosas... yo me creí que la marquesa ya no tenía simpatías por mí. Temí molestar...

—Mi madre tiene su círculo aparte, nosotros, Inés y yo, tenemos el nuestro. Como yo no me

permitiría hallar faltas en sus amigos, en las personas que á ellas le hacen grata la estancia en Hispalis, no creo que mi madre tenga la más ligera idea de que la presencia de V pueda ser inconveniente en la VILLA. Al contrario! V. nos distrae, V. anima aquella casa, que el carácter melancólico de Inés, y el mío poco expansivo, tienen envuelta en una bruma de fastidio.

Filita reía alegremente, reconstituía la escena de la proposición, preguntaba cómo había tomado Hartright «la cosa», y lograba con su petulancia infantil llevar al marqués á emitir juicios personales, á reír también como si tuviese veinte años. Hasta refirió dos anécdotas de su vida de colegial en Inglaterra, de aquellos estupendos *fagging*, iguales á nuestras novatadas, que han hecho famosos los nombres de Oxford y Cambridge. Y desfilaron ante Filita varias siluetas de profesores ingleses muy serios, metidos en sus corbatas disformes, y saturados de ciencia. El *young Spanish lord* había dejado un buen recuerdo entre aquellos compañeros de estudios, no solo por su aplicación, sino por la habilidad con que se distinguía en los *Sports*, y en el boxeo, resuelto á defenderse enérgicamente con sus puños, en aquellos combates que él llamaba «internacionales». Y el marqués le explicaba como, desde niño, aprendió á conocer la dura ley de la vida, el *Struggle for life*, que prepara á los hombres á todas las contingencias de la cohabitación en un mundo, en que digan lo que quieran los moralistas, siempre será de los fuertes. Fuerza física, que imponen los puños robustos, fuerza intelectual, no la que crea las obras de arte, (inútiles), sino la que domina las circunstancias, y se impone á las mul-

titudes y fuerza social, el dinero y el nombre, ese prestigio innegable de la raza, que persiste aún para las muchedumbres, incapaces de emanciparse por sí mismas de ese culto del pasado. Ese fetichismo continuaría aun hoy, apesar de la obra ciclópea que hicieron los revolucionarios del 89, y luego todos los del pasado siglo, si los mismos aristócratas, desatendiendo los más elementales principios para sostener la superioridad heredada, no se mezclasen con los otros, no prescindiesen de esa aureola con que debían rodearse, rompiendo el círculo mágico, que impone el respeto. El paraguas de Felipe Égalité, en las calles de París, abrió el camino á la república del 48, y las convivencias de los nobles con los plebeyos van poco á poco acortando las distancias, preparando el advenimiento de la tercera clase. Aun quedaba, sin embargo, verdadera aristocracia en aquella Inglaterra, austera, orgullosa, donde un noble escocés fué considerado suficiente alianza, por la sangre, para la nieta de la Reina Victoria. La Europa continental, en particular nuestra España, iba perdiendo el culto de los *Edelmänner*, (1) y por eso avanzaba la ola popular, roto el dique de la tradición, por necio abandono de los que debían defenderlo.

El marqués se había animado, al dialogar solo con ella, que no era en realidad más que hablar en monólogo, pero un monólogo con un auditorio benévolo, que si no comprende todo, porque

(1) Palabra alemana que significa «Noble», pero tan distinta del «gentilhomme» francés, como éste del «gentleman» y del equivalente español «hidalgo». La palabra alemana, hoy muy usada en las literaturas extranjeras, condensa el concepto del «Noble» de las otras tres palabras citadas.

muchas cosas se escapen á su campo de observación, asimílese, por la ley de la simpatía, la síntesis de las palabras pronunciadas. Filita entendía muy bien lo que el marqués quería decir, y aprobaba el que él, que estaba tan alto, no se prestase á tratar de igual á igual, á los hijos del arroyo.

—Oh, dijo la joven resumiendo sus impresiones, pero como V. hay pocos, colocados tan alto, con tan poderosos medios de imponer una superioridad real. En Hispalis tenemos nobles ... pero no son como V ... se dedican á fomentar sus fortunas, no saben gastar, son ganaderos, que alternan con los matadores de toros ... Como V. no he visto yo nunca ninguno

Luis Felipe se le quedó mirando un momento en silencio. Sus ojos habían perdido su expresión habitual, estaban fijos en ella, con cierta dulzura que los hacía parecer azules, no grises. Indudablemente la ausencia de la joven de la VILLA le había hecho comprender, en todo su valor, el encanto que emanaba de ella, y en aquel momento estaba gozando un placer muy puro, con verla y oirla. Como se aspira un pomo de esencias, para halagar con el goce que produce el perfume la voluptuosidad del olfato, Luis Felipe recreaba el oído con la voz de Filita, algo aguda en las notas altas, pero melodiosa en la media voz del aparte en que hablaban para no ser oído él por su esposa y la otra señora, y la vista en la contemplación de su cutis de niña, aterciopelado como las hojas de una camelia, en las líneas de su garganta y de su seno, apenas entrevisto bajo la indiscreción del encaje. La mano de Filita, al volver las hojas del album de postales, que había llevado al cierre como pretexto, tropezó con la

del marqués, que no llevaba guante, y la sensación del tacto, uniéndose á las otras sensaciones, hizo estremecer al joven. Cerró los ojos, sus labios se movieron ligeramente, y tuvo que hacer un esfuerzo para no retener aquella mano pequeña y suave, que por casualidad acababa de rozarle. Muchas veces, sin embargo, la había tenido antes entre sus manos y sacudido con el varonil *shake-hand* de los ingleses, pero la impresión de aquel instante fué distinta de lo acostumbrado.

— En que está V. pensando? preguntó con su habitual viveza Filita, que se apercibió de que el marqués tenía los ojos fijos en el suelo, y miraba la labor del mosaico con silenciosa abstracción.

— En una cosa, respondió él, levantando la vista hacia el rostro de la joven, que no tiene nada que ver con el tema anterior de nuestra conversación. Pensaba en que debía de haber venido á España mucho antes, atendiendo á las indicaciones de mamá, y luego, por natural consecuencia, que no habiendo venido antes, quizás fuera mejor que esta temporada familiar la hubiésemos pasado en Nice, Cannes, ó cualquier otro punto de los que á mamá le agradan, y donde en un Hotel *meublé*, de esos que tienen todo el *comfort* moderno, hubiéramos tenido el placer de estar en familia, y toda la independencia que la arquitectura moderna, inspirada en los ideales de la comodidad, puede proporcionarnos.

— Lo último no me agrada, porque entonces, yo no habría conocido á Inés ni á V. Pero en cuanto á haber venido antes á la VILLA, ha sido una verdadera lástima, marqués. Su madre le echaba mucho de menos, todas las primaveras le esperábamos; yo misma, mire V. que tontería, cuando

miraba el retrato del gabinete, me preguntaba:— Como estará el marqués con el pelo corto? y eso que había visto una fotografía en grupo, con otros *sportmen*, que encontró ella en un periódico, y nos le enseñó. Pero tenía V. la gorra puesta! Válgame Dios! por qué se me habrá ocurrido ahora esa tontería!

— Siga V. Hablaban ustedes mucho de mí?

— Ya lo creo, y ahora que está V. casado, se le puede decir todo. Las muchachas le aguardaban con gran interés, y las más bonitas y las más nobles ó ricas, contaban disputársele. Pero V. hizo muy bien, ninguna de las jóvenes que hay aquí, vale la cuarta parte que Inés. Para un hombre tan *chic*, como V, marqués, acostumbrado á la sociedad del gran mundo, nosotras no somos más que pobres provincianas!

— Había razones para que yo no quisiera venir á Hispalis.

— Lo comprendo perfectamente, contestó Filita. Tendría V. organizada su vida fuera, sus amigos, sus novias . .

— Yo no he tenido nunca novia. He vivido siempre alejado del círculo de las jóvenes solteras, dejando esa parte de la sociedad para cuando, queriendo continuar genealógicamente mi nombre, determinase casarme, y temiendo, permítame que se lo diga, no tanto la *frivolidad* de las señoritas, sino el afán acaparador de las madres. Las veía de lejos, como deliciosas figuras de porcelana, y jamás, sino muy superficialmente, traté algunas. Creía que me aburriría, y en eso, como en otras cosas, veo que me he equivocado.

Los ojos de Filita expresaron el mayor asombro. El marqués no había reconocido nunca un error personal, á ella le parecía un hombre de los que, pesándolo todo, y dominando la vida con su incontestable superioridad, no podría llegar nunca á pronunciar esa frase, que es el estribillo de todos los fracasados.

Luis Felipe estaba aquella tarde excepcionalmente expansivo. Su alma se estaba fundiendo en el ambiente de sinceridad que emanaba de Filita, comprendía que el temor que inspiraba su carácter á los otros, no lo sentía ella. Su interés no pesaba sobre él, con la gravitación poderosa del exigente amor de Inés, y seguro de que ella no le analizaba se quitó por un momento su máscara glacial. Su diálogo con la adorable niña podía ser sincero, espontáneo, porque ella á los pocos minutos ya no recordaría de lo que habían hablado, pero proporcionaba al alma del marqués el delicioso placer del abandono. Con todo el mundo estaba siempre en escena, con ella se sentía fuera del radio de luz de las bambalinas, y aflojaba un tanto los resortes de su voluntad, constantemente tendidos para sostener la altura del tipo social en que él había querido encarnarse. La atención con que Filita le escuchaba, aun sin perder de vista la calle, por la que paseaba Alberto, animaba á Luis Felipe á proseguir, y de pregunta en pregunta, llegó á hablar de sí mismo, de sus afecciones, de su vida pasada, como ni Luisa, ni Inés, le habían oído jamás.

—No puede V. figurarse, Filita, lo triste, lo horrible que es sentirse uno solo en el mundo, desconfiar de los que nos rodean, no ver en ellos, regu-larmente, más que gente asalariada ó parásitos, que

como los peces á los buques en alta mar, siguen la estela de los ricos, para recoger lo que nos sobra. Después de una niñez venturosa, esa fué mi adolescencia, esa ha sido mi juventud. Viví, imponiendo un freno constante á mis expansiones, sin afectos, sin amigos íntimos, de los que me alejaba mi carácter, hallando ante mí envidiosos ó adula-dores, nunca amigos. Si alguno pudo serlo mío, yo no le conocí. Los aristócratas tenemos muchas ventajas sociales, pero también la válvula abierta de una invencible desconfianza, por donde se escapan nuestras más delicadas ilusiones. Nunca sabemos cuándo se nos quiere por nosotros mismos, ó cuándo en el amor ó en la amistad hay sólo un móvil de interés. Soy huérfano desde muy joven, me faltó el cariño de mis padres, y tuve que vivir entre extraños, en tierra extranjera, concentrando toda mi vida en mí. No se extrañe V. de que tenga el carácter que tengo, ni de lo que muchos llaman mi reserva. He vivido desde niño moralmente «solo».

—No estaba V. solo ni entonces ni ahora, vive la marquesa.

Luis Felipe tuvo una sonrisa de una indefinible amargura, y prosiguió lentamente:

—Circunstancias de familia habían hecho imposible mi vida en la VILLA. Más tarde, pude volver y no quise, nada me llamaba aquí, estaba habituado á otra clase de existencia, tenía que terminar mi educación, que prepararme para las luchas sociales, elevarme moralmente hasta el ideal de un aristócrata de raza, ser digno del nombre que me legó mi padre. Vida puramente cerebral y volitiva. El corazón tomaba en ella muy poca parte. Una

triste y prematura experiencia me había hecho conocer que es el órgano más peligroso si le dejamos desarrollarse, que es el núcleo de las pasiones, y las pasiones, si no se dominan, hacen descender al hombre de su nivel en la escala de la humanidad. Ya que no podemos suprimirlas, obtener la impasibilidad olímpica, por lo menos, encaucémoslas, y habrémos conseguido mucho para ser felices. Si podemos, para la vida psíquica, no depender de otros, tanto mejor!... Es cruel, pero es muy seguro. Quizás fui demasiado lejos en mi disciplina voluntaria, quizás el rencor y la amargura me hicieron secar con la fuente del dolor el manantial de las alegrías, pero el daño ya está hecho, y no me arrepiento. Soy como soy

Pequeña pausa. Luis Felipe estaba ligeramente pálido, en sus ojos brillaban luces extrañas, indudablemente hacía años que no sentía como estaba sintiendo aquella tarde, en una especie de monólogo consciente. Y la mirada de Filita, dulce y fija con sorpresa en él, le animaba indirectamente á proseguir. Fermentos del orgullo, heces de pasadas tristezas, ecos de anhelos extinguidos se escapaban en aquellos instantes de sus labios. Prosiguió lentamente, algo abstraído, como si pensase en alto:

—Quizás, si yo me hubiese casado muy joven, diez años antes, con las ilusiones aun no completamente perdidas, viendo en el mundo otra cosa de lo que veo hoy, en que me parece nada más que una gigantesca arena para el torneo, en que luchan y vencen los fuertes, ó una feria de vanidades en que todo tiene su precio, ó un bazar en el que se subasta el placer, yo no sería hoy tal como soy. La suerte, ó mejor dicho Dios, no colocó «entonces» en mi

camino una mujer joven y bella, é ingénuo como usted, de las que se abandonan á sus sentimientos, sin cálculos mezquinos, almas puras que modifican por su irradiación luminosa la obscuridad en que viven las almas sombrías. Para muchos sé que mi carácter es un enigma, ven el efecto y no se remontan hasta la causa inicial, no á las pequeñas causas de educación en el extranjero y de nuestro ambiente social, tan poco adecuado á que se desarrollen gérmenes de ternura. Yo, cuando niño, tenía un corazón amante, ansia de ser amado, y de amar, y hubiera podido.... en otras circunstancias.... ó en otras condiciones de vida ... ser distinto de lo que soy, no le diré á usted que más dichoso, pero distinto. Me ví obligado á cambiar la orientación de mi existencia, en la época en que no está aun formado el carácter. Creemos ser los dueños de nuestro destino, y basta que se atravesase en la senda de los mejores cualquier cosa, un reptil, para desviar todo el curso de una vida. Ah!

La voz del marqués tuvo una vibración ronca nunca oída antes en sus labios, y parecía imposible que aquel sonido se hubiera producido en su garganta. Fué una mezcla de rabia, de dolor, de ahogada ternura, que hizo estremecer á Filita. La joven tuvo una intuición rapidísima de que Luis Felipe sufría en aquel momento la obsesión de recuerdos mortificantes, y quiso desviarle de aquellas imágenes que evocaba, y traerle á su presente feliz. Como el joven sufría el ascendiente de la ligereza de la señorita de Hilares, la gravedad del marqués se impuso á la linda muñeca.

— Usted tiene un grancorazón, marqués. Yo no puedo explicar bien lo que siento cuando le oigo,

como ahora, diciéndome cosas que no comprendo bien, pero que indudablemente le salen del fondo del alma. Quisiera decirle algo, y no sé lo que le diría. Usted no necesita consuelo. Usted es feliz, merece serlo, todo le sonrío en el mundo, es de los que no encuentran jamás, no diré superiores, pero ni siquiera rivales. Se me presenta V. cada día bajo un aspecto más simpático. Al principio no le conocí, no me dí cuenta de cómo era usted en realidad, hoy voy viendo que nadie aquí le conoce tampoco.

—Le inspiro á V. algún interés? Quiero decir, como amigo... como si fuera un hombre cualquiera, sin prestigios de raza .. tal como soy... Luis Felipe simplemente .. con mis cualidades y mis defectos .

—Después de Alberto, contestó la alocada criatura, no me gusta nadie en el mundo tanto como V. Palabra de honor.

El marqués se echó á reir, con una risa nerviosa, que desconcertó un poco á Filita. Se puso muy encarnada, y quiso explicar el sentido de sus palabras, sin acertar á desvirtuar su encantadora espontaneidad.

—Menos que Alberto, desde luego, y dispénseme esto, marqués. Para mí Alberto es un ser aparte, un conjunto de perfecciones, y la mayor de todas es lo muchísimo que me quiere. Es muy guapo, muy fino, muy *chic*, un perfecto modelo de hombre elegante, pero, sobre todo, es mi novio. Sé que á su lado seré dichosa, pasearemos juntos, iremos al teatro juntos, me vestiré para que él me encuentre más linda que todas las demás mujeres. Y siempre juntos, porque le advierto que soy celosa, y que quiero saber hasta lo que él piensa. Cuando nos reunimos, lo primero que hablamos es con-

tarme él lo que ha hecho en todo el día, desde que se desayuna. En fin, nuestra vida será una unión perfecta, de todos los instantes, que es el paraíso en la tierra

— Muy bonita frase.

— Es de Alberto. Si viera V., marqués, que bien escribe! No estaría bien que yo le mostrase sus cartas, pero tiene un talento que seduce, y sus cartas no son como las de otros novios que he tenido. Son muy largas, y están llenas de frases, como esas que le he dicho, y le han gustado. Las leo por lo menos tres veces, cuando tengo tiempo, en el día, si no por la noche, antes de meterlas en el paquete de las otras. Y me faltan las mejores, unas que le devolví cuando reñimos, y él las ha roto

Inés no había hallado nada de anormal en el largo coloquio de su marido con la señorita de Hilares. Filita le había hecho señas embozadas dándole á entender el porqué de permanecer en el cierro, y su intención de que su madre no se apercibiese de los paseos de Alberto por la calle, y se prestaba gustosa á favorecer á la simpática joven. Luis Felipe estaba vuelto de espaldas á ella, y no podía leer en su rostro las emociones de aquella tarde. Por el contrario, experimentaba el placer de verle á pocos pasos, y se libraba de tener que adivinar en qué ocuparía él las horas que mediarían entre el te y la comida. Filita, no bien pasó Alberto, haciendo señas que era la última vez, volvió á donde estaban Inés y su madre, y no se ocupó más de Luis Felipe. Luego se fué á su tocador, acompañada de Inés, escogió el traje para la noche, se peinó ella misma, con auxilio de la doncella, y al preguntarle Inés, no celosa (nada estaba

más lejos de su mente), sino siempre interesada por todo lo que se refería á su marido, cuál había sido el tema de su conversación con él, le contestó sinceramente que había hablado mucho de Alberto, y que el marqués la había hecho reír con anécdotas de su vida de colegial en Inglaterra, y diciéndole que nunca había tenido novia. Añadía la niña, que ella le ponderó entonces la superioridad de Inés, sobre todas las mujeres que él podía haber conocido antes, y que Luis Felipe había asentido. El joven le habló también de su constante preocupación al ver que los nobles de España no se ocupaban lo bastante de rodearse de prestigio, y haciendo un esfuerzo de memoria, recordó que le había dicho que una nieta de la reina Victoria se casó con un noble escocés.

Al otro día, ya no podría referir Filita la mitad de lo que estaba ahora relatando á Inés con la impresión fresca.



EVOCACIÓN DEL PASADO

Las cartas de su madre, y la correspondencia que conservaba con algunas de sus amigas, eran los lazos que unían á Inés á su pasado. Ellas le traían ecos de las fiestas del mundo elegante, anécdotas de sociedad, noticias de bodas ó muertes de personas que había conocido, y por animarse, por matar el tiempo, más que por que hallase en aquella correspondencia una distracción, respondía á menudo. Todo le parecía lejano, indeciso, imprevisible. Para ella, había comenzado una nueva vida el día que se casó, y teniendo ya un punto de vista distinto, los pequeños accidentes exteriores de la existencia, cambiaban por completo. Al recibir el parte de esponsales de una amiga, hija del secretario de la Legación de Austria en Roma, con quien tuvo bastante intimidad, pensó, no en el lujoso ajuar que llevaría la bella húngara, sino en «cómo sería su novio» el elegante y bizarro capitán Herr Munckazy, como marido. Al saber la nueva de la muerte de una amiga de su madre, separada hacía

diez años de su marido, aristócrata vicioso, que andaba siempre entre actrices y *demi-mondaines*, pensó que ya había descansado, y que allá en la otra vida, ese Dios, que dejaba sin consuelo las penas en este, le daría su merecida recompensa. Dios lo veía todo sin duda, y premiaría la resignación con que se sufriera en este mundo. Esto, en frío, era muy fácil de aceptar como consecuencia lógica de la moral católica, pero, con el corazón sangrando constantemente por una herida abierta, asida la mano al puñal que desgarraba nuestras carnes, sin querer soltar la adamasquinada empuñadura, era imposible hacerlo, no teniendo la tenaz energía de los mártires.

La religión calmaba á veces los estertores dolorosos del alma de Inés, pero no llegó nunca á consolarla. Ni sus lecturas ni sus devociones, ni la educación religiosa que le dieron durante su estancia de niña en un convento, como alumna interna, formaron una verdadera cristiana, ni asentaron sobre bases de granito los cimientos de aquella alma, que una pasión iba á combatir con empuje violentísimo. Inés oraba, con el rostro vuelto hacia el mundo, no hacia el cielo, pensando más en Luis Felipe que en el divino Crucificado, delante de cuya imagen sangrienta estaba puesta de rodillas en su oratorio.

Las cartas de su madre le traían algún lenitivo al ver cuan tiernamente era amada por ella, pero costábale gran trabajo el contestarlas. Tenían que ser largas y frecuentes, decir mucho y no decir nada. La embajadora sentía por Inés, desde pequeña, una verdadera adoración. Cuando niña fué su juguete, de doncella su muñeca, mejor y más lujosamente

vestida que las otras «muñecas del gran mundo» de mujer, ya realizado con su espléndido matrimonio todos sus ideales, era Inés su orgullo. Esposa intachable, quizás más por temperamento que por virtud, pues no amaba á su marido la embajadora, que se casó sin amor, vivió sin amor, y en aquella maternidad única, obtenida después de una peregrinación votiva, cuando llevando ya cinco años de matrimonio desconfiaba de alcanzarla, se fundieron todas sus afecciones. Al revés de su marido, que como todos los hombres ansiaba un varón, acogió con júbilo la nueva de que era una niña lo que Dios le concedía, como premio á su ardiente fé. El varón le hubiese perdido pronto en los colegios, en el torbellino del mundo, su hija le quedaría hasta que la casara y sería una verdadera prolongación de su propia juventud.

La embajadora tenía una clara percepción social, de lejos, para lo que no le interesaba directamente, pero en sus asuntos personales era de una acentuada miopía. Veía las cosas, no como eran, sino como ella quería que fuesen. Inés era su hija, ella la había formado sobre su propio modelo perfeccionado, y contemplaba con orgullo su obra, aquella «marquesa» que atravesaba por el mundo, envidiada de todos. Su hija había alcanzado la cúspide de la felicidad, Luis Felipe era un yerno del que ella hablaba siempre con marcada satisfacción, y sus frases, cuando le nombraba, ó hacía alusión al enlace de Inés, diciendo «el brillante matrimonio de mi hija» tenían un acento un poco enfático, llegando á constituir un ritornelo, el *leitmotiv* de su conversación cuando se hallaba entre sus amigas íntimas. Inés era el centro de su vida afectiva, y la

boda de Inés, el resultado de treinta años de ensueños comenzados al pie de su cuna.

Al principio, la joven no se había dado cuenta de la orientación que su madre imprimió á su vida, y se abandonaba como inconsciente materia, á la labor de la embajadora, sintiéndose amada, mimada. Tenía un carácter indeciso, fácilmente asequible á la sugestión, y trabajar sobre ella, era como para un escultor modelar el barro. De soltera, no reflexionó nunca, no se ocupó de mirar ni en su rededor, ni en otras clases sociales; tomaba la opinión hecha de su madre, y á los treinta años, cuando se casó, aun carecía de experiencia. Como todo había sido para ella un camino de rosas, creyó que la vida continuaría así, que ella, por el mero hecho de ser rica y noble, estaba inmune para el dolor, y que esas amarguras, que embargan la existencia de otras mujeres, no las pondría el destino, como heces, en el fondo de la copa dorada en que ella bebía, á sorbos, placeres y alegrías.

Inés recordaba ahora, cuando estaba á solas, y su imaginación, para huir del presente atormentador y del terrible porvenir, se complacía en evocar las imágenes del pasado dichoso, escenas y frases de su hogar, que entonces le parecían naturales, y ahora á la nueva luz de su experiencia dolorosamente adquirida, le probaban que en su hogar no había habido amor. Su padre había tenido ausencias de meses; una vez estuvo más de un año en la Legación de San Petersburgo, sin que jamás á su madre, que no le acompañó por el clima, se le ocurriese, ó lamentarse de aquella separación prolongada, ó pedirle que la acortase, cambiando de destino. Su padre parecía en su casa, el jefe de la

familia sin duda, pero no el hombre á quien se sacrifica todo, cuya ausencia ó presencia constituye, según la bella frase de los franceses, *la pluie et le beau temps*. Cuando estaba su padre allí, su presencia se consideraba agradable; si faltaba, apenas se le echaba de menos.

Inés había visitado con sus padres varias capitales europeas, contemplando, envuelta en pieles, el espléndido *Unter den Linden* de Berlín, lleno de gentes, para saludar al arrogante Kaiser Wilhelm, y recorrido en automóvil las calles neblinosas de la gigantesca Londres. Durante sus estancias en Roma, hicieron varios viajes á la Lombardia y el Veneto, recorrió á menudo las orillas de los lagos italianos, se internó por el gigantesco túnel del Simplon, en la montañosa Suiza admiró los paisajes eternamente nevados de Saint Moritz, mezclándose allí á la sociedad del gran mundo, que ha escogido recientemente esa parte de la poética Helvecia para sus reuniones internacionales. Y su imaginación iba evocando las fiestas, los bailes, los cotillones, todo aquel escenario grandioso, en que ella, por su fortuna y su situación social, había representado siempre primeros papeles.

Cualquiera imagen, que por casualidad atravesase su memoria, cuán lejana le parecía ahora! Desde que conoció á Luis Felipe, era como si hubiese puesto la planta en un mundo nuevo, y á la luz del sentimiento que la embargaba, objetos y seres perdían su formas acostumbradas, y tomaban distinto relieve. Había entrado en la órbita de un astro poderoso, y ya no era libre de sus movimientos: todo lo refería á él, pensamientos y sensaciones. De una existencia vacía, en que el corazón y el

cerebro apenas trabajaban, había pasado de improviso á una existencia demasiado plena, á una actividad exagerada del corazón, á una presión constante del cerebro, obstinado en penetrar lo impenetrable, en ahondar en el enigma que era para ella su marido, en investigar los medios de que pudiera servirse para conocer lo que él pensaba. Lejos de reaccionar, de procurar conformarse con lo existente, cada día estaba más hundida en aquella cima tenebrosa, en aquella auto-tortura, en que ella era á la vez, verdugo que revolvía el azote, y víctima de la horrible flagelación que imponían á su alma los celos. Buscaba, y al no hallar, lejos de tranquilizarse, insistía en la dolorosa búsqueda, como si el descubrimiento de algún hecho no debiese aumentar, en vez de disminuir su martirio.

Cuán dichosa había sido antes de conocerle, con qué sencilla alegría estrenaba entonces cualquier traje, sombrero ó alhaja, que debía causar la admiración de sus amigas! qué placer, al mirarse al espejo, y contemplar como se adaptaban las modas modernas á su esbelta figura! Hoy, aquella fuente de la vanidad, de donde fluyeron para ella tantos placeres, estaba agotada. Se vestía solamente para «él» y si por casualidad Luis Felipe no reparaba en su *toilette* (y el marqués era muy parco en estas demostraciones) en vano el espejo, sus amigas y el modisto célebre que hizo la confección, ensalzaban á Inés el efecto que producía su tocado. De aquí, que la presencia de Filita, su ingenuidad, sus simples preguntas, que hacían reparar al marqués muchas veces en los trajes que estrenaba Inés, le hiciesen tan grata á la bella joven.

Entre los hombres que habían pretendido su amor, hubo dos, que si entonces no dejaron impresión en su espíritu ligero, ahora, con su dolorosa experiencia, comprendía ella que pudieron hacerla feliz. Era uno, el hijo de un banquero de Madrid, que conoció en una temporada de campo, pasada por prescripción facultativa (estaba muy anémica) en Galicia, en las proximidades del palacio de Lourizan, y aspirando las brisas salobres de las anchas rias gallegas. Se trataron dos meses, se escribieron, á Inés le agradaba su figura y su conversación, pero no era un aristócrata de sangre, era cuando más, como dijo la embajadora, «un partido aceptable». Su padre les llamó entonces á Roma, y el incidente quedó terminado. Inés recordaba la despedida del joven, las cartas en que se quejaba porque ella cesó de escribirle, y encontraba ahora cruel lo que entonces le pareció lógico y razonable. Cómo podía casarse, ella, hija única, y de tan noble estirpe, con el hijo de un simple banquero, cuyo hijo mayor estaba enlazado con la hija de un rico industrial de la Coruña?

El otro era aun más lejano, un recuerdo de su primera juventud; había sido el primer amor de Inés, como todos sacrificado á sus sueños de ambición. Le conoció en Suiza, donde estaba con su madre y una *miss*, no tanto profesora, sino dama de compañía, pues Inés sabía ya idiomas, un poco de música, pintar mal á la acuarela y hacer encaje de Irlanda. Todo esto, el poder valsar con elegancia, servir el te, y hablar de *chiffons*, permitían suponer que su educación estaba terminada. Se conocieron en Lucerna, donde ellas estaban de temporada, y él en Vitznau, á dos horas de la bella capital suiza,

acompañando á su madre y á una hermana enferma. Era italiano, de familia distinguida, título pontificio, que llevaba su padre, desde el año 70, por servicios á la causa de Pío IX. Esbelto, arrogante, inteligente, el italiano hacía muy buen papel entre la colonia extranjera, y muchas jóvenes flirtearon con él. Inés hizo como todas, y poco á poco, á su vanidad satisfecha al verse preferida, se juntó otro sentimiento más dulce. El italiano, en un francés, que su acento hacía más melodioso, le habló de amor, é Inés, por inesperienza del coqueteo (aun no había cumplido diez y ocho años) no supo ocultarle lo que sentía, y quedaron arreglados. La embajadora se apercibió pronto, tomó informes indirectamente por la mujer del secretario de la Legación de Nápoles, á quien conocía, y de los informes resultó que, como fortuna, el italiano tenía poca, como noble de raza, su abuelo había sido un simple oficial de Marina á las órdenes de los Borbones, y por lo tanto, aquella «chiquillada» de Inés, debía terminarse en breve. Aguardó el tiempo que había dicho que permanecería en el Hotel, para que su marcha no pareciese una fuga, y partió, segura de concluir el asunto tan pronto cruzase la frontera.

La despedida de los dos enamorados se efectuó en uno de los vapores que recorren los lagos, contemplando la puesta del sol, que iba á ocultarse, tras de la cumbre nevada del Uhristock, cubriéndola de un color violeta. En el fondo aparecía el pintoresco pueblecillo de Flüelen, y la torre de su iglesia, que una vez vista, por su situación topográfica llega á formar parte integrante del paisaje, hasta quedar soldada en la retina, á la silueta

majestuosa de la montaña. Aun en la uniformidad de los paisajes suizos, Flüelen y la torre de su iglesia se recuerdan, como de todas las vistas de Venecia nos quedan grabadas en la memoria las líneas del *Ponte di Rialto*.

Los ojos negros del italiano se habían cubierto de una sombra húmeda, cuando la española le anunció que al día siguiente partirían, y la joven también lloró aquella noche en su cuarto. Cuán diferentes aquellas lágrimas de las que ahora vertía! Se secaron prontamente, no dejaron surco, y apenas tuvieron amargura. Guardó algún tiempo aquella memoria, y luego se desvaneció, dejándole un sentimiento de dulce tristeza, el eco que en su corazón, inclinado un poco al romanticismo, formaron luego el recuerdo del lugar, las frases ardientes del joven, y sus grandes ojos negros. Luego vinieron otros y otros, todos desairados, algunos tratados un poco de tiempo, como pretendientes que podrían aceptarse, y desdeñados cuando, de la información que hacía la embajadora, resultaban inferiores en rango y fortuna á su idolatrada hija.

Inés se complacía muchas veces, estando sola, en evocar su pasado, los tiempos que le parecían lejanísimos, en que fué bella, en que fué amada y pretendida. Si no hubiera sido ambiciosa, si no hubiera tenido la obsesión de hacer un matrimonio brillante, ella también pudo ser feliz. Seis meses antes, aun lo era, aun no había disipado la realidad el radiante espejismo de su existencia, una nube rosada cubría para ella el porvenir. Luis Felipe acababa de aparecer en su vida! Llegaba á la meta, por fin su ideal y el de su madre se hallaron encarnados en un hombre, que reunía todo lo

que ellas ambicionaban. El arrogante marqués, á los cuatro días de llegar á Baden, era considerado por la colonia extranjera como el mejor enlace matrimonial de la temporada en la *smart set* internacional que va á Baden, y las señoritas casaderas se le disputaban en los bailes y los tés del Gran Casino. Qué fácil fué todo el principio! Llegar, ver y vencer. La amistad, mejor dicho, conocimiento, que tenían la marquesa Luisa y la embajadora, la igualdad de posición social, y el ser de la misma nación, aproximó pronto á las dos damas, y una tarde, cuando ella había hablado con Luis Felipe tres veces, y bailado con él un vals, su madre, después de retirarse á su cuarto, y muy sonriente, con el orgullo retratado en el rostro, le había dicho:

—Te agrada el marqués? Has bailado con él la otra noche, ya te ví. Pronto se te declarará, no he querido decirte nada, hasta ultimar el asunto con Luisa. Ella también lo desea, como yo, y si como no puede menos de suceder, el marqués y tú os ponéis de acuerdo, este invierno te casarás con él.

Inés quedó sorprendida, deslumbrada. Rico, joven, noble, *sportman*, con un título propio! Qué más podía apetecer, cómo la envidiarían todas! Y como en un cinematógrafo desfilaron rápidamente los recuerdos, la compra del *trousseau*, las cartas de las amigas, el lujo de los regalos, la ceremonia nupcial, el viaje de novios...

La imaginación de Inés, aunque tomase un punto distinto de partida, tenía siempre el mismo punto de llegada: Luis Felipe, su desamor por ella, el horrible martirio comenzado desde la primera semana de su matrimonio. Era imposible decirle esto á su madre, pintarle la ruina de su espléndido

castillo, coronado por la ambición, probarle, como queriendo hacerla feliz, la había sacrificado cruelmente al Dios de la Vanidad, y lo que era más horrible, como ella no se adaptaba á lo que para otra, que no estuviese enamorada, podría constituir la dicha. Pero, la comprendería su madre? ella que no había amado, podría medir la extensión de su tormento, la horrible angustia de tenerle cerca y sentirle lejos? La revelación sería una crueldad inútil, que no haría más que destrozar el corazón de su madre, impotente para auxiliarla, incapaz de comprender ni á Luis Felipe; ni á su loca pasión. Para la embajadora, Luis Felipe, según se desprendía de sus cartas, era un «ideal», un hombre de quien toda mujer podía mostrarse orgullosa, un tipo socialmente tan noble y tan elevado, que era imposible hallarle en la sociedad superiores. El mérito del marqués se duplicaba para su madre política, por el hecho de que era «su yerno» el hombre por quien su hija había cambiado su apellido de soltera y ella se complacía en que, como todo lo suyo, el joven fuese *hors pair*.

Luis Felipe había mostrado, en las pocas ocasiones que tuvo de tratarla, grandes deferencias á la madre de Inés. El rango de la embajadora, su parentesco con ella, además de su habitual costumbre de ser atento con las damas, le imponían un respeto especial. Si no había afecto en sus palabras, porque él era naturalmente frío, había consideración y galantería, y para la embajadora era esto suficiente, en el grado social en que ambos se hallaban, para que la actitud de su yerno contribuyese á hacersele simpático. Luego, habían combinado reunirse en Ostende, para aquel verano, y Luis Felipe, á la carta

de Inés, aceptando el plan de su madre, había añadido una suya, manifestando el gusto con que vería aquella reunión de familia, pues teniendo que salir de la VILLA por el calor, y no pensando ir á París hasta Noviembre, la combinación no le contrariaba, y habiendo pasado Inés una temporada al lado de la madre de él, era justo pasar después otro tiempo al lado de ella.

Sería una locura amargar la alegría de aquellas semanas con una confesión á su madre de lo que ella sufría. Acusar á Luis Felipe! y con qué objeto? Para que su madre le manifestase la natural antipatía que, si se enteraba de que era desgraciada por causa de él, no podría menos de experimentar, y el marqués, lastimado de cualquier reticencia, abreviase la estancia en Ostende? Desvario, disparate. Si era imposible que su madre la comprendiese, si ella misma, si le hubiesen referido que la mujer del marqués era desgraciada, lo habría calificado de estúpida patraña! Si aquel martirio, sin motivo, sin término, aquel pasar constante de la rueda del Dolor sobre su corazón, entre otras cosas era absurdo. . Todos impotentes para remediar el mal, ella cada vez más desesperada, y su marido cada vez más indiferente. Un círculo de hierro, que se cerraba y la oprimía el corazón, sin permitirle, ni siquiera, reaccionar contra el sufrimiento, y querer, estando lejos de él, descansar de su observación dolorosa.

Una tarde, á los pocos días de la vuelta de Guadala, creyó morir. No habían hablado ni una sola palabra de Mad. de Lestang. Inés, que al principio había temido la explicación con su marido y que éste la tratase con la dureza de la noche en que la

dejó por única vez sola, yendo á dormir al pabellón del jardín, cuando vió que él no hacía la más pequeña alusión al incidente, que ni siquiera se mostraba ofendido ó airado, sintió nuevos celos, nuevas dudas mortales. Cómo había Luis Felipe, sin tener ni un reproche para ella, ahogado la cólera que brilló en sus ojos? Qué significaba aquella mansedumbre del hombre implacable, sino una culpabilidad cierta?

Eran la siete de la noche, iban á comer, y el criado presentó en una bandeja una carta, que habían traído del Hotel de Madrid, para el marqués. A Inés se le antojó que Luis Felipe abría el sobre con inusitada presteza, y aunque desde donde estaba sentada no pudo ver la letra, supuso que era de mujer, de la rival. Jamás ni ella con él, ni él con ella, se habían permitido la más pequeña intrusión en sus respectivas correspondencias. Luis Felipe había abierto la carta y la había leído impasible, manifestando luego que no podía comer en la casa, porque le esperaban en el Hotel. Inés creyó que iba á desmayarse, fijó en él sus ojos, dilatados por la angustia, y todo su rostro demudado, sus labios contraídos y silenciosos, dijeron al joven sus celos y la tortura que sufría, mucho mejor que hubiesen podido hacerlo las palabras. Imposible osar preguntarle, imposible ofenderle con una sospecha encubierta. El marqués la miró un momento, pareció adivinar lo que sentía, y con un ademán lleno de nobleza, haciendo como que desembarazaba su cartera de papeles y notas inútiles, rompió algunos, y arrojó sobre la mesa la carta que acababa de recibir y que efectivamente tenía el timbre del Hotel. Inés no respiraba, pero su angustia había cesado: una cita de amor no la dejaría él con

tanta indiferencia á merced de una indiscreción segura, y ahora lo que sentía era un alegría inmensa, como si se hubiese estado ahogando en un rio profundo y él le hubiera tendido la mano.

Al salir el joven, Inés no dejó de cerciorarse de que era efectivamente un hombre, un amigo de él, de quien muchas veces habían hablado, el que le aguardaba, y al siguiente día, con la presencia de este, verificó facilísimamente el empleo de las horas que el marqués había pasado fuera de su casa.

Estar siempre á merced de un incidente imprevisto, dudar de todo, desconfiar de todo, qué horrible martirio! Tal fué su vida desde que regresaron de Guadala, y tardó más de tres semanas en serenarse, pero á cada nueva alusión al viaje, ó por cualquier cosa, sus celos renacían. Aquella mujer parecía habérsela tragado la tierra, fué nada más que una aparición satánica, pero era «ella» en quien por primera vez se había encarnado la odiosa rival. Los libros, las novelas que á veces leía para entretenerse, las crónicas mundanas, evocaban á menudo, por ley de afinidades, los tormentos de Inés. La literatura contemporánea gira casi toda al rededor de ese polo, el «amor», é Inés, que iba buscando la distracción, que no la hallaba en la lectura de obras serias, porque no las había leído nunca, ni podía comprenderlas, se excitaba más con las lecturas de desdichas amorosas, con la descripción de traiciones imaginarias, con el acre sabor de los celos, que en algunos de aquellos libros conducían al crimen y al suicidio. Su corazón volvía á caer bajo la rueda de la tortura, sentía sus crueles dentelladas, y el médico, que veía repetirse las crisis de histerismo, ya casi no pres-

cribía, limitándose á recomendar calma y distracción.

El marqués continuaba inalterable su existencia agitada de *sportman*. Paseos á caballo, excursiones en automóvil, asaltos de armas con amigos, almuerzos á veces, de hombres solos, en el restaurant del Pasaje de Oriente. Su existencia era tan lisa como la superficie de una plancha de mármol, pero Inés comprendía muy bien que era «prácticamente posible», en el engranaje de aquella vida al parecer tan transparente, hallar tiempo para el delito. Cómo? dónde? cuándo? con quién? Esto era lo que ella quería saber y no acertaba á explicarse de qué manera lo conseguiría.

Otras veces, sin motivo, apoyada la cabeza en el ancho sillón de su gabinete, generalmente al oscurecer, cuando estaba sola, sus lágrimas corrían. El balcón entreabierto dejaba percibir el perfume de los azahares y la frescura del ambiente balsámico del jardín. Una dulce inercia apoderábase del alma de Inés, y vagos anhelos, extinguidos recuerdos, aspiraciones infinitas cristalizábanse en su ser, semi-consciente. Y brotaban las lágrimas, no á borbotones ni amargas, como en las horas terribles de sus crisis de celos, ni violentas, sino gotas de agua casi insípida que fluían de sus párpados sin quemarlos. Y así pasaba á veces una hora, en que la desventurada, ni dormida ni despierta, soñaba, en posibles dichas, si la vida no fuese como era, si se pudiera cambiar su curso, si el marqués, algún día, llegase á comprenderla y á amarla, si una maternidad posible colmase el vacío espantoso de su corazón y de su hogar .. y los reuniese á los dos junto á la cuna de un hijo...

XI

MADRE MÍA!

CORRIAN los primeros días del mes de Junio, y el calor se hacía sentir bastante en la VILLA, aunque ésta, por su situación en medio de jardines y tan próxima al río, gozaba de algunos grados menos de temperatura canicular que el resto de la población. Luis Felipe había condescendido, hacía una semana, en que se demorase la salida para Ostende, con objeto de reunirse allí con la embajadora, que con motivo de la marcha política de las relaciones de España y el Vaticano, no podría dejar á Roma, con su marido, hasta que se cerrasen las Cortes. Inés y Luisa, que también parecía muy contenta de tener al joven matrimonio á su lado, insistieron para obtener esta ampliación de la temporada de familia, y el marqués se mostró complaciente con ellas.

Por lo regular á la hora del te, que tomaban en el cenador del jardín, solía acompañarles Filita, reintegrada en parte de sus privilegios anteriores, por el afecto de la joven marquesa y la decidida

parcialidad de Luis Felipe. Luisa no había vuelto á hacer alusiones al asunto de la declaración de Hartright, trataba á la señorita de Hilares con deferencia, pero ésta comprendía bien que á la marcha de toda la familia de la VILLA (Luisa se quedaría en Karlsruhe para tomar los baños) y luego al regreso de esta, sola, para el invierno, su papel en la casa no sería el mismo que el de la temporada anterior. Luisa había indicado ya que traería de Ecija una parienta lejana suya, joven y bonita, que acababa de terminar su educación en las Ursulinas de Madrid, y pasaba el verano en el pueblo con sus padres. Era la futura favorita de la casa, y ya dos veces, Luisa y Clara, habían hablado de partidos posibles para ella.

Una tarde, en que hablaban de viajes, pidió Inés á su marido que para distraer á Filita sacase el Veróscopo, con las fotografías hechas por él. El marqués accedió gustoso, y por más de veinte minutos desfilaron ante los ojos de la joven, paisajes de la Suiza francesa é italiana, los bordes del Lemán, llenos de recuerdos, el Château de Chillon, cantado por Lord Byron, las pintorescas pequeñas bahías de Montreux, Vevey y Clarens, teniendo al frente las montañas de Saboya, cubiertas de nieve. Luego, al lado de un paisaje célebre, se veía á veces un grupo de turistas, amigos que habían acompañado al marqués, y que mostraban su silueta ampliada por el lente.

Una de las vistas era de Ginebra, en la isla de Jean Jacques Rousseau, y se destacaban dos figuras de mujeres, contemplando los cisnes que la rodean siempre, separados del lago por el alambrado metálico. Estaban ambas de perfil, mirando á la corriente

profunda y rapidísima del Rhône: pero con su levita corta y sus sombreros de moda, daban á conocer fácilmente que no debían ser transeuntes, sino quizás, amigas del marqués, colocadas expresamente allí para embellecer el conjunto de la fotografía. Para Inés, que vivía en un estado de sobreexcitación verdaderamente anormal, todo tenía sentido, todo podía examinarse, y obtener de este exámen las más estupendas conclusiones. Sus ojos fijos trataban de escudriñar aquellas figuras y compararlas con la imágen de la extranjera vista en la Catedral de Guadala. Sería una de ellas? Cómo apreciar en la fotografía un parecido problemático? Filita la ayudó inconscientemente, á disipar ó fijar sus vagas sospechas.

—Preciosa vista, marqués! y estas dos señoras son muy elegantes! las conocía V. ó estaban allí casualmente y V. las copió en el momento en que tomaba la vista? No hay como las francesas para llevar bien la *toilette!* Hasta en retratos, nos eclipsan á nosotras!

Inés prestó atención. Sabía que Luis Felipe no mentía nunca, y aguardaba su respuesta á la pregunta de Filita.

El marqués, que miraba á otra parte, fijó sus ojos en la vista que estaba entonces colocada, y á Inés le pareció que le contrariaba.

—Es la isla de Jean Jacques, dijo contestando á Filita, no recuerdo bien cuando tomé esta vista, pues he estado muchas veces en Ginebra. Efectivamente es bonita y pintoresca.

Inés quedó sumida en sus dudas. Insistiría Filita? Ella no se atrevía á interrogarle. La señorita de Hilares, con su volubilidad acostumbrada,

dejó el Veróscopo en aquel momento y empezó á hablar de París, y á hacer al marqués preguntas sobre los teatros, y que si era verdad que las jóvenes solteras no podían ir á ellos. Entonces, esperaba el estar casada para hacer el viaje, y recorrería los *boulevards* y el *Bois*, del brazo de su marido.

—De Alberto?... preguntó Luis Felipe, sonriendo maliciosamente.

—De Alberto! ... quién lo duda!

La vida de Inés era un verdadero suplicio, que había acabado por destruir completamente su salud. Cuando estaba con su marido, la constante observación de su rostro, de su actitud, de sus palabras, del eco de su voz, para deducir por todos estos detalles pequeños el estado del alma del marqués, en aquel momento, constituía un esfuerzo mental, que la dejaba rendida. Luego, comprobar las fechas de los acontecimientos á que él se refería en su conversación, retener los nombres de amigos que no conocía, para reconstruir el pasado de Luis Felipe, y siempre, sin osar preguntarle nada, sin parecer que su curiosidad indiscreta pretendiera violentar la confianza de él.

Cuando él salía, su imaginación auto-sugestionada se complacía en seguirle, en investigar el empleo que daba al tiempo, en examinar luego el empleo de las horas, si por casualidad decía que estuvo con algún amigo. Nunca le había hecho seguir, pues le repugnaba el espionaje, y temía que si lo llevara á cabo, el marqués lo descubriese, y lo considerase como una degradación personal, que no le perdonaría. Ella, cuando Luis Felipe salía solo, cerraba los ojos, y creía verle, como una

sonámbula, y le acompañaba por calles y plazas, en la imaginación, pero había tal persistencia en su memoria de la figura del hombre locamente amado, que le parecía tenerle delante. A este tormento psíquico se añadía luego el cansancio físico, causado por el *surmenage* de las fuerzas nerviosas, los fenómenos del Histerismo, las palpitaciones del corazón, que á veces parecía que iba á saltársele del pecho, y otras quedaba paralizado, haciendo afluir la sangre á su rostro palidísimo. Ella no se quejaba nunca con el marqués, ni de sus dolores morales, ni de sus sufrimientos físicos. Era su único orgullo. No quería deberle ni una caricia á un sentimiento de compasión.

Se apercibía Luis Felipe del estado verdaderamente patológico de Inés? ... Nadie podría decirlo. Continuaba con ella atento y deferente, pero igualmente reservado y frío. Sin embargo, en los últimos meses, sobre todo desde la vuelta de Guadala, se mostraba algo más deseoso de permanecer en casa á su lado, algo más expansivo por lo que se refería á su pasado, es decir á su pasado anecdótico, pues de sus sentimientos, amores ó amistades no hablaba jamás. Quizás contribuía á esto la presencia de Filita, que había adquirido recientemente gran intimidad con el marqués, y le interrogaba é insistía á veces, con su petulancia infantil, hasta agotar todos los detalles de la anécdota referida. Pero Inés encontraba natural que Luis Felipe simpatizase con la encantadora niña, á quien no se podía tratar sin tomarle un verdadero afecto. A pesar de sus diez y ocho años, tenía tanto candor, tan deliciosa espontaneidad en todo lo que hacía y decía, que era imposible no someterse á su

hechizo. Filita había llegado á formar parte de su existencia, y era el único rayo de sol que iluminaba la lujosa VILLA.

Una tarde, después de comer, y estando por casualidad solos, Luis Felipe manifestó á Inés, entregándole una carta de la embajadora dirigida á él (Inés había recibido otra, pero no había querido darse por entendida de su contenido), que ya se había cumplido el último plazo, y que el próximo jueves, y aquel día era sábado, saldrían para Ostende, vía París-Bruselas. La marquesa Luisa aprobó, pues la madre de Inés también saldría en esa fecha de Roma, y se verificaría la reunión de familia.

— Para Noviembre, dijo Luis Felipe, nos instalaremos definitivamente en París. Mi agente de negocios, y la persona competente á quien dejé encargada de nuestra casa, y de recoger y colocar los muebles y tapicerías que tú escogiste, me escriben que todo estará arreglado para esa fecha. Desde luego que faltarán muchos detalles de lujo y objetos de arte, pero eso lo veremos allí mejor, y puedes adquirir durante el viaje lo que te agrade.

Inés se limitó á asentir con la cabeza, pues cada vez que se trataba de la vuelta á París, sentía un dolor agudo en el corazón. París era inmenso, en París había vivido él casi siempre, en París estaban las mujeres que él había amado... en París viviría seguramente aquella Mad. de Les-tang, que había atravesado por su vida, envenenándola con su presencia y su recuerdo. . . Qué le aguardaba en París?

El marqués se apercibió sin duda de la contrariedad de la joven, pero tenía ya formado su plan, había retrasado el viaje, y no consideró oportuno volver á discutir aquel punto, ya resuelto definitivamente. Además, el calor haría pronto intolerable la permanencia en la VILLA, y era absurdo que Inés pretendiera regresar á Hispalis después de la temporada de verano. Así pues, cambió el tema de la conversación, que Luisa se apresuró á seguirle, y no bien terminaron los postres, se despidió para ir á tomar el café fuera con unos amigos, con los que estaba citado, según dijo.

La marquesa y Luisa pasaron al gabinete japonés, y tan pronto como el criado trajo el servicio, sobre rica bandeja de plata marcada con las armas é inicial de la familia, y se retiró, cuando Inés, incapaz de dominarse, dejó escapar un sollozo. Luisa la miró sorprendida, pues solo una vez, la tarde del jardín, había llorado la joven delante de ella. Sabía, es cierto, por indiscreción de Ketty y de su propia doncella, las crisis nerviosas de su nuera, pero las atribuía, como todos, á fenómenos histéricos, que irían desapareciendo con el adecuado tratamiento terapéutico que indicaba el médico, ó quizás consultando á algún especialista extranjero. Jamás, ni por un momento, pensó que la conducta de su hijo, que á ella le parecía un modelo de corrección, tuviera nada que ver con los males de Inés. Nunca había tenido una conversación verdaderamente íntima con ninguno de los dos, y por lo tanto, y siendo muy poco observadora, el llanto de Inés, que nada parecía motivar, la cogió de improviso.

Vaciló un momento en interrogarla, como si le pareciera indiscreto investigar la razón de aquellas lágrimas, y guardó silencio. Pero Inés no se calmaba, y perdido completamente el dominio de sí, enloquecida con la idea de la instalación en París, para dentro de muy pocos meses, no se daba cuenta de que no estaba sola, y sus mejillas se inundaban de lágrimas

— Pero Inés! ..

Luisa estaba de pié junto al piano, y su rostro, duro é imponente, tenía sin embargo, en aquel momento, una expresión de simpatía.

La joven marquesa se levantó bruscamente de su asiento, y con un movimiento irreflexivo se arrojó sobre Luisa, oprimiéndola entre sus brazos convulsos.

— Madre mía! madre mía!...

Quizás pensaba Inés, al prorrumpir en estas palabras, en su madre ausente, que pronto iba á ver, y que tanto la amaba, pero aquel nombre de Madre! proferido en aquellas circunstancias, y abrazándola con desesperación, parecía dirigido á Luisa, y la conmovió, penetrando la pesada coraza, que el propio desengaño sufrido, el egoismo innato, y la clase de vida que llevaba, tenían puesta al corazón de esta. Salió al vestíbulo para tocar el timbre (no quiso que viniera el criado y presenciara el estado de Inés), y dió la orden que no estaba en casa aquella noche, «absolutamente para nadie» ni para la condesa de Infantes, que casi siempre iba á acompañarla.

Volvió luego al gabinete, hizo sentar á Inés á su lado en el sofá, y hablándole con una voz, que quiso hacer dulce, le dijo:

—Ahora, que estarás más serena, á ver si puedes explicarme el por qué de este llanto, que á mi me parece inmotivado. Fuiste á la mesa tranquila, y nada de lo que allí se ha dicho ha podido mortificar te ni ofenderte.

—El viaje inmediato.... y luego nuestra instalación definitiva en París... balbuñó Inés

—El viaje debe alegrarte, pues vas á ver á tu madre, y así lo cree desde luego Luis Felipe. En cuanto á vivir en París, estaba resuelto desde que os casasteis, y Luis Felipe, que ha pasado en esa capital la mitad de su juventud, lo dijo así desde un principio. Además, tus padres irán á París con frecuencia, ustedes mismos viajarán, y con los medios de fortuna que tienen, la vida de París te se hará mucho más agradable que en ninguna otra población.

—Estaba tan contenta en la VILLA... al lado de usted.. .

Luisa pareció sorprenderse, pero dijo sin insistir:

—Volverás á la VILLA la primavera próxima, ó cuando Luis Felipe lo determine; el vivir en París no ha de impedirlo, y para mí también es una gran alegría el tenerle á él, y á tí, á mi lado

—Le quiere V. mucho? preguntó Inés con vehemencia

—Cómo puedes dudarlo? es mi único hijo. Mucho.

—Menos que yo! replicó Inés, y luego, en un torrente de palabras, con una excitación que sorprendió á Luisa, le narró la historia de su vida desde las primeras semanas de matrimonio, sin citar hechos concretos, pero produciendo sin

embargo una impresión de «realidad» dolorosa, que dejó estupefacta á su interlocutora. Inés estaba trasfigurada, y tenía en su sinceridad acentos verdaderamente trágicos, modulaciones y actitudes de cabeza, que le hubiera envidiado Sarah Bernardht. Sobrecogida de la fiebre de las confidencias, que se apodera frecuentemente de las personas á quienes su estado ó condición obligan á guardar un secreto, no se ocupaba en aquel momento de Luisa, y hablaba para sí misma, repitiendo cuánto y porqué amaba á su marido, y como la indiferencia de éste era un hierro que desgarraba su corazón.

El alma entera subía á sus labios, se mostraba con trágica grandeza, y si pudiera aplicarse á las cosas del espíritu la fraseología, que nos sirve para describir las acciones del cuerpo, podría decirse que en su dolor se acababa de desnudar delante de Luisa, mostrando sus heridas con sublime impudicia. Todo lo que su dignidad de esposa y su orgullo de mujer habían recatado recelosamente de los ojos y oídos de Luis Felipe, surgía ahora á borbotones de sus labios convulsos, y se condensaba en la expresión de aquella pasión dolorosa. Estaba pálida y sobreexcitada, y acabó por contagiar á la marquesa madre, cogida de improviso en el torbellino de aquellas confesiones, para las que no hallaba palabras que pudieran mitigar la amargura.

En el fondo, ella había acabado por comprender á Inés, y recordaba ahora los mil pequeños detalles que en su trato íntimo con su hijo la habían hecho sufrir, sin que su orgullo maternal quisiera darse por enterado de lo que calificaba de reserva, no de indiferencia. Era verdad! imposible estar cerca de Luis Felipe y amarle,

sin que apesar de su estremada cortesía, su carácter duro lastimase las delicadas fibras del corazón. Cómo no lo había visto antes? .. cómo pudo estar tan ciega para no apercebirse de que en la vida íntima, Luis Felipe debía producir una impresión de frialdad y aislamiento, que harían su presencia y su persona causa inicial de mil dolorosas emociones? .. Era su hijo, y sin embargo no podía ser parcial para él, y su simpatía iba á la dolorida esposa, que en aquellos momentos de abandono, y en su angustia, acababa de llamarla Madre mía!

Sin embargo, para poder intervenir en la situación delicadísima del joven matrimonio era preciso conocer bien los hechos, y para esto el momento aquel era el más oportuno, pues la confianza espontánea de Inés justificaba una pregunta, que por su índole íntima le costaba trabajo formular. Se decidió á pesar de todo, á hacerla, y cogiendo la mano de Inés, como para disminuir con la presión cariñosa el dolor que, quizás, iba á evocar con más fuerza, le dijo:

—Hija mía (era la primera vez que la llamaba así), me has desconcertado, y te aseguro que nada podía hacerme prever semejante situación á los pocos meses de vuestro matrimonio. Pero en fin! .. no quiero defender á Luis Felipe, sé Inés, que es frío, reservado, y veo que con esto te atormenta. Vamos, háblame francamente, tienes algún motivo «especial» que justifique tus celos?... has visto algo en él, en su correspondencia ó en su vida, que te permita suponer que tenga alguna pasión criminal? O es todo, como yo me figuro, exaltación tuya, exceso de amor tuyo, que dando toda tu alma, te parece

poco con lo que él te corresponde?... Luis Felipe, al hablarle yo en Baden por primera vez de tí, acogió la idea de vuestro matrimonio muy bien, lo que me hace suponer con fundamento que su corazón estaba absolutamente libre. No soy una madre capaz de imponer á mi hijo un matrimonio de conveniencia, y llevarle á ejecutarlo contra su voluntad, pero si yo lo fuera, Luis Felipe, que desde muy niño es dueño y señor de sus acciones, y á nadie da cuenta de ellas, es el hombre menos á propósito para dejarse imponer un enlace de familia. Yo nada veo ahora en su conducta que justifique tus celos.

Inés pensó hablar de Mad. de Lestang, interrogar á Luisa, para averiguar, quizás con la respuesta de ésta, si la conocía, en el caso que Mad. de Lestang fuera una dama ó una célebre aventurera, las relaciones que pudo haber entre el marqués y ella, pero no se atrevió. Como la noche del hotel de Guadala, en sus confidencias á Filita, se detuvo ante la denuncia de un hecho concreto, incapaz de acusar á Luis Felipe, y temerosa de que, si él llegara á saberlo, no la perdonaría jamás. Movi6 la cabeza lentamente, y respondió á Luisa, que no cesaba de mirarla:

—Yo no he dicho que tenga motivos para sospechar de su fidelidad, ni que él me haya ofendido nunca en nada. Su conducta, como V. dice bien, es intachable. Lo que digo, porque lo sé, porque lo siento, es que mi marido no me quiere!... Es porque quiere á otra? . . . no lo sé! Es porque yo valgo muy poco para inspirarle amor?... No lo sé! ... Es porque, como V. indica, su carácter es así, y por lo tanto me da de su amor, todo lo que él puede

darme? ... No lo sé! ... Sé nada más, que es horrible lo que me pasa, y que á esta situación, que dura todo lo que ha durado nuestro matrimonio, no le veo más solución que mi muerte! ...

Mucho rato tardó Inés en calmarse, y cuando se recogió á sus habitaciones, aun quedaban huellas rojizas en sus párpados y no se había borrado la expresión dolorosa que marcaba como un rictus, la línea de sus labios delgadísimos. Se quitó el vestido que había llevado en la comida y se puso una bata, muy suelta, muy elegante, una de las más lindas de su *trousseau* de novia. El tono rosa pálido armonizaba bien con su rostro marchito, los pliegues muy amplios y flotantes ocultaban la demacración de su cuerpo, y los ricos encajes cubrían con su blancura amarillenta, de viejos Malinnes, la delgadez de sus brazos. En el tocador estaba entreabierta la cincelada concha de plata, forrada en raso, en que descansaban por las noches las espléndidas joyas que ella usaba, y sus dedos abrían el broche del collar de perlas, que no se quitaba más que para dormir. Los espejos biselados reflejaban las ricas tapicerías, en los ángulos se veían objetos de arte, y en las paredes cuadritos de artistas acreditados, y todo, en el *bou toir* de Inés, hablaba de lujo, de elegancia y de *comfort*. Era uno de esos *étuis* en que la sociedad moderna encierra, como si fueran valiosas joyas, á las mujeres, que por su nacimiento y su fortuna cruzan la vida como reinas del gran mundo.

Todo allí era hermoso, elegante, espléndidamente rico, pero nada de aquello podía llenar el corazón de la mujer que lo poseía, y que, por circunstancias especiales de su existencia, había llegado

al punto en que lo exterior no influye ya nada sobre lo interior, y ansiaba una palabra de cariño. Por esta hubiera dado su palacio y su fortuna, su collar de perlas y su corona de marquesa! Oh! por qué no tenía veinte años, para empezar la vida de nuevo!

En el momento en que el reloj daba las doce, se oyó el ruido de las ruedas del carruaje, que conducía al marqués de regreso á la VILLA.





XII

SOLUCIÓN DEL PROBLEMA

LA serenidad habitual de Luisa acababa de sufrir un choque. Llevó hasta entonces una vida egoísta, que no entraba en contacto con la vida afectiva de los otros más que superficialmente, pues los grandes afectos de su corazón se habían resumido, desde mucho años antes, en el desprecio y el odio al marido venal y traidor, y el cariño á su hijo ausente y separado moralmente de ella, por una distancia mucho mayor que la de los kilómetros que marcaba el mapa, para sus distintos puntos de residencia. La entrevista con Inés trastornó sus ideas, no solo por lo que la sorprendió, pues jamás pudo atribuir como causa á los males de la joven la conducta de Luis Felipe para con ella, sino por el eco de ternura que aquel llamamiento desesperado, aquel Madre mía! hizo resonar en sus entrañas. Fué reminiscencia lejana de días felices, y modificó el plan que previamente se había trazado de no mediar nunca en las divergencias matrimoniales, que por cuestión de caracteres, ú otras cau-

sas, pudieran presentarse en el pervenir, en el enlace de Luis Felipe.

Había pasado dos días preocupada, pues aunque no quiso hacer ninguna promesa á Inés, ni ésta había solicitado su auxilio, le parecía que estaba moralmente obligada á intervenir en aquella situación delicadísima, vedada á personas extrañas, y en que solo la embajadora ó ella tenían derecho á mezclarse. Era además muy posible que Inés, al hallarse con su madre en Ostende, le franquease su corazón, ó que la embajadora en la vida íntima, y con su espíritu observador, descubriese ella misma el doloroso secreto. Entonces seguramente intervendría, y Luis Felipe la oiría de muy distinta manera que escucharía á su propia madre. De parte de la madre de Inés, las palabras, por mesuradas que fuesen, parecerían un reproche, una imposición: de parte de su madre, un consejo, tal vez una súplica. Dado el carácter del marqués, nada podía esperarse de él, lastimando su orgullo, y quizás mucho, hablando á la nobleza de su corazón.

Mientras más meditaba sobre la confesión de su nuera, más fácil le parecía á Luisa el resolver aquel conflicto entre dos almas tan diferentes. Todo era cuestión de caracteres, imposibilidad de Inés de adaptarse á las condiciones especialísimas de Luis Felipe. Aquellos celos ilusorios, aquellos fantasmas del pasado de su marido, que la obsedían hasta enloquecerla, podrían disiparse con una leal explicación entre ambos. Luis Felipe, (como había dicho á la joven) no había opuesto la menor objeción, cuando ella le habló de casarse, lo que probaba lógicamente que no había en su pasado ningún lazo difícil de romper, ninguna pasión que pudiera más

tarde arrastrarle fuera de su hogar. Cómo habría podido surgir este amor criminal, en los pocos meses que llevaban de casados, y limitando el tiempo, en los meses de Italia y París, pues en los de Hispalis, era hasta ridículo pensarlo!.. No, allí no había nada más que una equivocación lamentable, que destrozaba la vida de Inés.

Luisa creía poder estar segura de que Luis Felipe amaba á su esposa, y la frialdad que esta notaba en él era cuestión de temperamento y de educación, provenía de aquella exagerada reserva que afectaba el joven con todo el mundo, y de la que no prescindía, ni aun en la vida de familia. Cómo no amar á Inés, distinguida, simpática, cariñosa y bella, conforme á los cánones del gran mundo, que prefiere una figura esbelta y elegante, á las frescas mejillas y formas turgentes de las hermosuras populares? Con muy poco que pusiera Luis Felipe de su parte, con fundir su reserva en algo de ternura, quedaría solucionado el problema, é Inés sería dichosa! La más pequeña prueba del amor de su marido, inundaría su alma de luz!

Era forzoso provocar una explicación, y cuanto antes mejor. Faltaban tres días para emprender el viaje, y entonces sería mucho más difícil con las visitas, los cambios de hoteles, y todo el movimiento que representaba el trasladarse de Hispalis á Ostende. No: allí, en la VILLA, rodeados de objetos familiares, en aquella casa donde había trascurrido la vida del joven, durante su niñez y su adolescencia, era mucho más fácil. Oh, si ella pudiera, al llevarle á su gabinete, cogerle las manos y resucitar al niño expansivo y amante, que tantas veces cubrió el rostro maternal de besos y

lágrimas! Pero aquella época estaba lejos, muy lejos.

Hacia veinte años que el marqués salió de su casa, después de una entrevista violentísima con su madre. Luisa se estremeció al recordarlo, pues en realidad era la última vez que había hablado intimamente con él. Desde su marcha á Inglaterra, aunque le veía todos los veranos y pasaba con él los meses de vacaciones, jamás había mediado entre ambos, una sola confidencia. El adolescente no preguntaba nunca nada, parecía limitarse á responder, y aun en sus contestaciones se encerraba en vaguedades, decía poco más de lo que sabía la marquesa por los profesores, ó la persona que tenía encargada de ocuparse de él. Más tarde, el niño se hizo hombre, y el hombre, aun más retraído y frío que había sido el niño. Viajaba, escribía semanalmente á su madre cartas que podría ésta leer delante de extraños, pasaba un par de meses á su lado anualmente, y nada más. De su vida íntima, de sus amigos, de sus amores, de sus ilusiones, de sus planes para el porvenir, Luisa no sabía absolutamente nada. Su orgullo maternal se satisfacía con oír á todos pregonar las cualidades soberbias del marqués, pintarle como un modelo de aristócratas, pero su corazón sentía frío y angustia.

Más de una vez, recordando el extraordinario cambio que se había operado en él, se preguntó si su hijo la guardaba rencor. Pero no. Aquella reserva era efecto de su educación anglo-sajona, no producto de un corazón ulcerado por un recuerdo mortificante. Quería engañarse á si misma, y aceptaba la primera hipótesis, que no la lastimaba tanto. A los pocos años, cuando se separó judicial-

mente de su marido, dolorida corrió á Inglaterra, á buscar á su hijo y arrojarse en sus brazos, pidiendo á este amor el consuelo á su desventura. Luis Felipe palideció espantosamente al enterarse de la separación de los esposos, pero no quiso oír un detalle, no la dejó proseguir, ni la hizo el previsto reproche. Guardó un silencio angustioso, durante algunos minutos, y luego, en su voz natural, expresó la negativa de salir del colegio sin terminar sus estudios. Más adelante, muchos años después, la marquesa había intentado atraerle á la VILLA, renovar la intimidad de la adolescencia, pero inútilmente. Su hijo era para ella un extraño.

Había cambiado tanto!.. En frente de su retrato, pintado al óleo por Madrazo, se hacía más palpable la transformación, que parecía haber afectado más aun al alma que al cuerpo. El artista había retratado á Luis Felipe pocos meses antes de salir de su hogar, y era entonces un adolescente de trece años, blanco y sonrosado. El cabello, rubio y finísimo, le caía en bucles naturalmente rizados sobre los hombros, y los labios sonreían con esquisita dulzura. Tenía puesto un traje de terciopelo negro, un cuello de encajes antiguos, y su rostro atraía, no tanto por la corrección de las facciones, sino por la mirada luminosa y la expresión de seria y reflexiva ternura. Era el retrato que conocía Filita, y que había mirado mil veces con infantil curiosidad, antes que el marqués le fuera presentado.

Aquella imagen pintoresca era tan grata á la marquesa, porque le recordaba los días más felices de su vida. Luis Felipe había sido un niño estrechamente sensible y tierno y, casi tan alto como un hombre, se sentaba en las rodillas de su madre

y le apartaba el cabello de la frente, para besarla con delirio. Había perdido á su padre á los ocho años, y concentró todos los afectos de su corazón en Luisa. Le decía hasta el fondo de sus pensamientos, era más que un amor filial un culto idolátrico, pues para él todas las perfecciones físicas y morales estaban reunidas en su madre. Cómo se enorgullecía de llamarla delante de los criados «la señora marquesa» con tanto énfasis, como pudiera haber dicho «su majestad la reina!» Aun siendo mimado y voluntarioso, como hijo único, y rico y noble, nada era más fácil, al ayo ó á los profesores, que hacerle obedecer con sólo este argumento: «la marquesa lo quiere» ó «no disgustes á tu madre.»

Todo aquello había concluído en un día, en un solo momento. Al recordarlo, y esperándole para una entrevista que también podía ser decisiva en su vida, se estremecía ligeramente Luisa. Allí, en aquel mismo gabinete, tuvo lugar la dolorosa escena entre los dos. Ella le había ocultado hasta entonces su intención definitiva de contraer segundas nupcias, y Luis Felipe se había jactado de que aquella boda no se efectuaría con los parientes del marqués difunto, que acudieron también a él, para hacer desistir á Luisa de su disparatado matrimonio...

La semana antes de su boda, pocas horas antes de tomarse los dichos, la marquesa se lo comunicó á su hijo, con carácter de irrevocable. Confiaba mucho en su inmensa ternura, en su influencia sobre él para dominarle, para hacerle aceptar un extraño en el puesto de su padre. Luis Felipe, era aun un niño grande, que ella dirigía con la mirada. Cómo pensar que aquel niño, que no podía acostarse, sin

que su madre le besara en el lecho, y le cubriese con la manta, podría prescindir de ella?...

A las primeras palabras, Luis Felipe se había puesto palidísimo y demudado como un muerto, y Luisa comprendió que era más difícil de lo que creía someterle á sus deseos. Ni súplicas, ni explicaciones, ni órdenes vencieron su resistencia, y protestaba contra aquella boda, con la energía con que hubiera podido hacerlo un hombre.

—Porqué no le hice caso entonces?... exclamó Luisa en alta voz, sin darse cuenta de que formulaba sus pensamientos en palabras.

Agotadas las razones, Luis Felipe se había puesto de rodillas delante de ella, y con el rostro bañado en lágrimas, se había asido á su falda, suplicándole por última vez que no le arrojase de su lado, porque «estaba dispuesto á salir de España y no volver jamás si ella se casaba!». Cómo brillaron sus ojos, con que espantosa energía había pronunciado aquellas palabras! Al ademán negativo de su madre rechazándole, se había puesto de pié, se enjugó el rostro con el dorso de la mano, y le dijo con una voz metálica, que ella oía aun resonar en sus oídos:

—Entonces, basta. Ya no tiene V. hijo. Si mi ternura no le es suficiente, yo aprenderé á vivir sin cariño en el mundo, y nadie me hará sufrir jamás lo que ahora sufro!

Meditando sobre esta escena se preguntaba ahora Luisa, si ella no había cometido un delito concertando el matrimonio de Inés con su hijo, sin prevenirla del carácter del joven, y de este episodio trágico de su pasado. Si Luis Felipe era un hombre sin corazón, su mujer no podría menos de ser

desgraciada. Había hablado de todo en Baden, referente á fortuna y antecedentes genealógicos, pero no la previno de las condiciones del joven, dejándola hacer por si misma el estudio de su carácter. Sólo por Inés se hubiera impuesto Luisa la entrevista que iba á llevar á cabo, que si le parecía de muy felices resultados en cuanto á sus consecuencias, en cuanto á la forma de llevarla á cabo no dejaba de ser un poco violenta. Entre el marqués y su madre no existía intimidad alguna. La única vez que ya de hombre trataron un asunto íntimo fué en Baden, cuando le propuso que se casara con Inés. La oyó en silencio, pareció comprender la justicia de sus razones, y se había casado. En el fondo reconocía Luisa que á un amigo antiguo, ó á un tutor, le hubiese escuchado con la misma respetuosa atención.

Aguardaba hacía un rato. Aprovechando la oportunidad de que Inés salió á misa, envió recado á su hijo para que subiese á verla. Estaba decidida á terminar aquella mañana con su delicada misión, y resuelta á que la entrevista fuera íntima, abordando el asunto de frente, con absoluta franqueza, para obtener todas las ventajas del paso que daba. Del marqués no tenía que temer ningún acto desconsiderado, pues su cortesía, aun para los extraños, era proverbial, pero no se le ocultaba que la explicación iba á contrariarle grandemente. Sin embargo, era en absoluto precisa.

El marqués estaba en el pabellón del jardín, tirando al florete con el profesor de armas. El era uno de los más notables aficionados, le encantaba el deporte de la espada, como el arma de los caballeros, y lo hacía además por ejercicio físico, para

conservar la fuerza y la elasticidad de sus miembros. Cuando no salía á caballo por la mañana, mandaba á buscar al profesor de armas y tiraba con él media hora seguida, sin cansarse. Después pasaba á la ducha, y Luisa, por no alterar sus costumbres, había dicho al *valet* que cuando el marqués terminase de vestirse, subiera á hablar con ella.

El reloj daba las diez cuando Luis Felipe llamaba á la puerta del gabinete: ella misma le abrió y volvió á cerrar sin afectación. El marqués se sentó en una silla baja, á dos pasos de su madre, y esperó. Estaba todo vestido de lanilla blanca, camisa de color, y zapatos de piel de Rusia. El almuerzo se hacía en la VILLA sin ceremonia, y aquella tarde pensaba salir en automóvil con dos amigos para un pueblo próximo. Se pondría después el guarda-polvo, la gorra y las gafas, y ya estaba vestido para la excursión.

La marquesa entró inmediatamente en materia, y después de saludarle, le dijo:

—Luis Felipe, te he mandado á llamar, porque quiero hablarte de cosas delicadas y muy íntimas, y cuento con tu sinceridad y tu buen corazón.

—A todo lo que V. crea que deba preguntarme, podré yo responder.

Luisa se acercó, y poniéndole una mano en el hombro, le dijo:

—Mirame! . . . en otro tiempo, cuando eras un niño, y te sentabas sobre mis rodillas, antes de que hablases leía yo en tus ojos tus respuestas. Hoy... no sé. Has cambiado tanto!

—Hoy soy un hombre, y en efecto, he cambiado. Sin embargo, por orgullo no miento nunca. Pregunte V. lo que quiera.

—Sabes tú por qué es desgraciada tu mujer?... podrias explicármelo?

—Me permite V. preguntárle á mi vez repetuamente, qué motivo de queja ha presentado Inés contra mí? Cuando lo sepa podré contestar mejor.

La mirada de sus ojos grises se había hecho muy dura, y Luisa comprendió que había escogido un mal camino para empezar.

—Inés no se ha quejado de nada é ignora esta entrevista. Yo creo que no tiene ningún motivo serio para sufrir, y sin embargo es desgraciada. Esto lo veo yo, y lo ven muchos; cómo no lo ves tú? . . . Cuál puede ser la causa de sus lágrimas frecuentes, de esa tensión nerviosa, que va minando su salud? porqué ha variado tanto en pocos meses? Antes tenia un carácter alegre, ahora.. .

El marqués quedó un momento sin responder, vacilando entre rehuir la explicación, ó conceder á su madre el derecho de intervenir en sus asuntos íntimos. Al fin pareció decidirse.

—Hablaremos de esto mamá, ya que V. lo quiere, pero le ruego que sea por última vez. Yo sentiría muchísimo que de mis palabras pareciera desprenderse un reproche contra V., que concertó nuestra boda, ó contra Inés.

—Un reproche contra mi? interrogó altivamente la marquesa. Por qué causa? . . . eres tú también desgraciado?

—Yo desgraciado? ... (el marqués se detuvo, quizás midiendo la extensión de las palabras que iba á proferir, y luego prosiguió con voz firme y serena). Cómo podría serlo?... con mi carácter, con mi educación, mi fortuna y mi título, con el género de vida que llevo, tan conforme á mis gustos,

estaría loco si me considerase desgraciado! ... Soy feliz.

—Entonces...

—Usted dice que Inés es desgraciada, y yo no me considero responsable de su desventura. Nuestro matrimonio lo arreglaron V. y la madre de ella, y fué una boda de razón, algo así como un enlace entre príncipes. Ni se habló de amor, ni había para qué. Se contaron las fortunas, se hojeó el árbol genealógico de cada uno, y se vió que éramos socialmente iguales. Ella quería un marido rico, una corona de marquesa, yo una mujer de mi rango, rica y perfectamente educada. Firmé un contrato, cuyas condiciones he cumplido con rigurosa lealtad. Por mi parte, no tengo ninguna queja de mi mujer, la considero digna de llevar mi nombre, y es bastante agraciada para justificar mi elección entre otras, y no tan bella, que atraiga los elogios. Tiene buena edad y creía que estaría libre de caprichos juveniles, y perfectamente de acuerdo conmigo en comprender cuál era nuestra situación respectiva, el uno *vis á vis* del otro. Se confundían nuestro destinos, pero sin abdicar yo de ninguno de mis derechos á la independencia. Quedaba obligado á evitar el escándalo, á guardarle todas las consideraciones que ella merecía, pero á nada más.

—Eso fué al principio, y no digo que tomada la cuestión desde ese punto de vista, me parezcas culpable: pero ha ocurrido lo que era natural que ocurriese, tu mujer se ha enamorado de tí, con todo el entusiasmo de una pasión primera... como tú mereces, (añadió con ternura) y tu indiferencia la hiere y la lastima.

Hubo una pequeña pausa, y el marqués, con una vaga é indefinible sonrisa, respondió trascurridos algunos minutos.

—Mi mujer no se ha enamorado de mí, porque el amor no es de nuestros tiempos, ni de nuestra clase social, y mucho menos entre marido y mujer. En el amor no entra el cálculo, ni la ambición, ni la vanidad satisfecha. En el caso rarísimo de que una mujer se enamore, es como Filita, en la primavera de la vida, y despreciando la fortuna, no buscándola. Ya la oyó V. cuando se negó á casarse con Hartright. Tenga V. la seguridad de que Inés no habría rehusado en el caso de ella, y seguramente si yo fuera pobre, ó llevase un apellido vulgar, no se habría casado conmigo.

—Es afirmar lo que no sabes.

—Cree V. que á Inés no le han sobrado los pretendientes? .. Y entre todos ellos, no ha habido ninguno que le haya agradado?... Si hubiera querido casarse por amor, habría cumplido treinta años soltera?.. Buscaba un matrimonio ventajoso, un título y una fortuna igual á la suya, y lo encontró. Si yo hubiera jugado su dote, si mis fincas estuviesen hipotecadas, tendría derecho á quejarse, á decir que la habían engañado. Ahora que ha hecho un matrimonio de conveniencia, que es marquesa, que no se empeñe en cambiar el curso natural de los acontecimientos, en disfrazar las cosas con otros nombres, y que lejos de llamarse desgraciada, se considere feliz como yo.

—Parece mentira, Luis Felipe, que estés al lado de ella, que la veas sufrir por tí y que no te convenzas de que te quiere! ... No te han querido otras mujeres? por qué no ha de quererte Inés? Ah! Luis

Felipe. tú no entiendes nada de amor, y yo, por mi desgracia, sí le conozco!....

A aquel grito involuntario que la sinceridad arrancaba á su madre, el joven se estremeció. Una sombra odiosa se interpuso entre los dos, y se pasó la mano por la frente para ahuyentarla. Allí, en aquel mismo gabinete, veinte años antes, le había hablado también de la fuerza irresistible del amor!

Luisa se había repuesto, y á la mirada que brilló en los ojos de Luis Felipe, descubriendo una dolorosa emoción, comprendió que él no había olvidado. Hubo cinco minutos de silencio, que los dos llenaron de preguntas y respuestas mentales, y al cabo de ellos la marquesa se levantó, se inclinó sobre su hijo y le besó con ternura en la frente. En aquel instante no se acordaba ya de Inés, y abogaba indirectamente por su propia causa.

Al recibir la caricia maternal, al sentir aquellos labios sobre su rostro, el joven no había hecho un movimiento, y á la marquesa le pareció que había besado una estatua. Esperó un momento á que él le devolviese aquella demostración de ternura, á que por lo menos con una palabra le manifestase que volvía á ser para ella el hijo cariñoso que fué en su niñez, pero él permaneció inmóvil. Entonces comprendió mejor lo que sufría Inés.

— Es tan duro para mí como para ella, pensó tristemente. El día que salió de mi casa perdí á mi hijo.

Se volvió á sentar y aunque algo desalentada, repuso sin embargo:

— No nos ocupemos más de investigar las causas. Con razón ó sin ella, Inés es desgraciada. ¿Es todo alucinación de su mente, ó has dado tú algún

motivo para sus celos? Quiero oír de tus labios la verdad!

—¿Qué ha dicho ella? ¿Habló del incidente de nuestro viaje á Guadala?

—No sé nada. ¿Pasó algo allí?

—Si V. se empeña en que sigamos hablando de esto.... hay asuntos de conversación que ni aun con usted me gusta tratar.

—Refiéreme lo ocurrido.

Luis Felipe dijo entonces, no sin hacerse alguna violencia por obedecerla, que en París, y siendo soltero, había tenido una intriga amorosa con Madame de Lestang, y que la había amado más que á otras. Mad. de Lestang no era una aventurera, se salvaron las apariencias y se evitó el escándalo. Extinguida la pasión, quedó sin embargo en su alma cierto rescoldo que le hizo evitar el hallarse otra vez con ella, durante los dos meses que pasó allí con Inés. En Guadala la encontró de improviso visitando la catedral. Se reconocieron, y ella le envió una tarjeta que le entregó un chiquillo á la puerta de la iglesia, y en la que escribió solamente con lápiz el nombre del hotel en que paraba. Era imposible negarse á ir, y fué á verla en pleno día, celebrando con ella la entrevista en el patio del hotel, y casi en alta voz, sin más que hablar en francés. Mad. de Lestang estaba haciendo un viaje de placer, é iba para Tánger, debiendo tomar el vapor en Gibraltar. Se separaron como amigos, y ella le conocía demasiado bien para haber esperado otra cosa, sabiendo que estaba en el hotel con la marquesa.

—Y.... después? .. interrogó Luisa.

—No he vuelto á saber de ella,

A otra pregunta de su madre, refirió que Inés había descubierto, ignoraba cómo, que Mad. de Lestang le había citado, y envió al hotel al novio de Filita, para cerciorarse de la verdad de sus sospechas. Inés, á fuerza de observarle, de interpretar sus miradas, la inflexión de su voz había llegado á tener casi una percepción hipnótica, y sin descender á registrar carteras y bolsillos de abrigos, ejercía una vigilancia celosa sobre él. De aquel estado auto-sugestivo, que el médico no se explicaba, provenían sus llantos extemporáneos, sus crisis de nervios. La noche en que adquirió la certeza de que él había tenido una entrevista con Mad. de Lestang, tuvo calentura, se puso mala durante la comida, y á no ser por la serenidad de él y el hábito que tenía de ocultar sus emociones, hubiera ocurrido una escena que diese pábulo á que Filita y los Hartright se enterasen de aquel incidente, y tuviesen ocasión de murmurar.

—Ya sabe usted, dijo resumiendo, que nada me lastima tanto en mi dignidad como que el mundo tenga que ocuparse de mis acciones. Los hombres tenemos todas nuestras debilidades, pero los de las clases elevadas estamos aun más obligados que los otros á ocultarlas.

—Me has presentado la cuestión desde un punto de vista distinto, y no tengo argumentos para discutir contigo. Pero sé que tu corazón es noble y generoso, y te mostrarás indulgente con la debilidad de Inés. Ya sabes positivamente el motivo de sus lágrimas, en tu mano está el que no continúe sufriendo. En el fondo la quieres, vas á prometerme que serás un poco más cariñoso con ella?... Dices que tu indiferencia la mata.

Luis Felipe guardó algunos momentos de silencio, como si reflexionara, y al fin contestó lentamente:

—No puedo prometerle á V. nada. Es una hipocresía indigna de mi carácter, y además completamente innecesaria. Inés acabará con el tiempo por habituarse á mi modo de ser, y será lo mejor. Es romántica, un defecto que no le conocí de soltera y que entre otros inconvenientes tiene el de ser ridículo. A los pocos días de casados, se empeñó en dar conmigo un paseo en góndola á la luz de la luna, por los canales solitarios de Venecia, y me llevó más de una hora con las manos cogidas. Un día, estando para salir, hallé abierto sobre la mesa el *Raphaël*, de Lamartine, y precisamente estaba allí una lámina de dos amantes en el bote. Cree V. que yo puedo prestarme á esas tonterías?

—Así es que mi intervención será completamente inútil? .. Un poco de dulzura le haría tanto bien, Luis Felipe!

—Permítame V. que le diga respetuosamente, que no vé usted claro en la cuestión. Hay en el fondo de lo que V. califica de «ternura» de Inés, mucho amor propio. Ha estado acostumbrada á mandar en su casa, ha sido una niña mimada, sus ancianos padres se desvivían por adivinar y satisfacer sus caprichos. Si yo me plegase un poco nada más á sus exigencias, sería abdicando de muchos de mis derechos. Quién sabe en el porvenir lo que ocurrirá? Necesito toda mi libertad de acción, y el día que tenga un capricho podré satisfacerlo sin lastimarla groseramente. Crea V. que le guardo todas las consideraciones que merece, y si es desgraciada, es porque se empeña en serlo. Otra sería dichosa

en su lugar, y ella misma con el tiempo se acostumbrará.

La marquesa comprendió que era inútil insistir. Reconocía la soberbia y la tenacidad de su propio carácter, exageradas en su hijo por un egoísmo monstruoso. Acababa de tocar á un muro de granito, y era natural que se viese rechazada por su dureza. Al mismo tiempo, la lógica incontestable de las palabras de Luis Felipe, había borrado gran parte de la impresión que le produjeron las lágrimas de Inés. ¿Per qué no se conformaba ésta con todos los bienes que la suerte le ofrecía? Era joven, rica, marquesa, y muchas la envidiaban. ¿En que existencia falta una llaga secreta que mana sangre? Luis Felipe había dicho una verdad, tan incontestable como cruel: Inés se acostumbraría.

Hubo una larga pausa, y el marqués comprendió que la entrevista había terminado. Se puso de pié, y ni uno de los músculos de su fisonomía acusaba las distintas emociones que conmovieron su alma durante aquella hora, en que había tocado á su pasado, á su presente y á su porvenir.

— Bajamos al jardín? . . preguntó á su madre

La marquesa respondió que fuese solo, que ella tenía que escribir una carta. Luis Felipe salió sin besarla. Luisa le siguió con la vista, apartó los ojos de él para fijarlos en su retrato, y comparando al hombre con el niño de los rizos de oro y la mirada luminosa, murmuró tristemente:

—Cómo ha cambiado!...

FIN

Obras de Carmela Eulate Sanjurjo

PERFILES DE MUJERES. (Cuentos).

BOCETOS DE NOVELA.

CHIOPÍN. (Estudio biográfico).

MARÍA ANTONIETA Y MADAME ROLAND. (Paralelo
histórico).

LA MUÑECA. (Novela, con un prólogo de D. Manuel
Zeno Gandia).

LA FAMILIA DE ROBREDO. (Novela).

DESILUCIÓN. (Novela).

EN PREPARACIÓN

LA MUJER EN LA HISTORIA.

CONFLICTO DE ALMAS. (Novela).